

JORGE SABORIDO

# HISTORIA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA



## CAPÍTULO III

# Los bolcheviques en el poder

Los sucesos de octubre tuvieron variadas repercusiones sobre la sociedad rusa. Para muchos de sus habitantes, la toma del poder por parte de los bolcheviques generó un sentimiento de alegría, porque pensaban que empezaba a surgir un nuevo mundo en donde la justicia y la igualdad iban a triunfar sobre la explotación y la arbitrariedad. A los ojos de un gran número de obreros y soldados, así como de algunos sectores del campesinado, el gobierno de los soviets aseguraba la libertad y el acceso a la tierra, la destrucción de las viejas clases privilegiadas y el triunfo de los trabajadores. La apuesta era sin duda riesgosa, sobre todo por los problemas que ocasionaba la guerra y la latente amenaza contrarrevolucionaria, pero muchos pensaban que valía la pena.

Esta visión de la situación se contraponía sin duda a otra que tenían sectores militantes del socialismo no enrolados en el Partido Bolchevique, quienes veían en el operativo realizado por los hombres de Lenin la hábil maniobra de una minoría audaz sin mandato alguno, que había usurpado el poder aprovechando la debilidad del Gobierno Provisional. Para ellos, la convocatoria a la Asamblea Constituyente marcaría sin duda el fin de esta «aventura», protagonizada además por un dirigente seriamente sospechado de estar en connivencia con el enemigo alemán. Si los sucesos se encarrilaban, entonces podía empezar a pensarse en un verdadero gobierno democrático de la clase trabajadora y del campesinado, en condiciones de enfrentar con éxito los desafíos del momento. El gran problema de estos grupos, que se venía manifestando desde meses atrás, residía en que en ciertos temas cruciales que exigían decisiones inmediatas, como el de la continuidad o no de la guerra, existían posiciones divergentes, de difícil conciliación en un momento en que la sociedad reclamaba un rumbo definido. Por otra parte, había también sectores moderados dentro de la dirigencia de esos partidos que estaban dispuestos a continuar impulsando una política de coalición con los partidos burgueses como camino para enfrentar la crisis.

Finalmente, para una parte significativa de la población —sobre todo en el ámbito urbano—, lo que había ocurrido era un episodio más de una situación política que se había deteriorado de manera progresiva en los últi-

mos meses, y la toma del Palacio de Invierno, acompañada de la conformación de un nuevo gobierno encabezado por Lenin con participación exclusiva de los bolcheviques, no parecía nada demasiado diferente ni tampoco auguraba una modificación en un escenario caracterizado por una debacle económica y una enorme tensión social. Los testimonios referentes a que la vida cotidiana en Petrogrado siguió desarrollándose durante un tiempo sin mayores cambios —como si lo ocurrido fuera una cuestión que no los afectaba de manera directa— daban cuenta de una realidad extremadamente compleja, en la que nada estaba definido. John Reed, el más famoso de los cronistas de la revolución, describía así la situación de Petrogrado el 26 de octubre:

en apariencia, todo estaba tranquilo; cientos de miles de personas se levantaban como todos los días y se dirigían a sus trabajos. En Petrogrado funcionaban los tranvías, las tiendas y los restaurantes estaban abiertos, los teatros daban funciones, se anunciaba una exposición de pintura<sup>1</sup>.

## La revolución en marcha

Incentivado por una situación marcada por la provisionalidad, el *Sovnarkom* mostró una inusitada voluntad de impulsar transformaciones desde el poder<sup>2</sup>. Desde el triunfo de octubre hasta el 1º de enero de 1918 fueron promulgados 116 decretos, sobre temáticas tan variadas como el control obrero, la creación del Consejo Supremo de la Economía Nacional, la abolición de la pena de muerte, la nacionalización de la banca, la enseñanza laica, gratuita y universal, la legalización del divorcio o la reforma del alfabeto.

Sin embargo, el control de la situación por parte de quienes estaban al frente del gobierno no era una tarea fácil. En principio, los víveres en la capital sólo alcanzaban para unos pocos días; además, la reacción de los funcionarios de la burocracia estatal, conscientes de la debilidad de las bases del gobierno bolchevique, fue de oposición sistemática<sup>3</sup>. Se necesitaron varias semanas para normalizar la situación, lo que incluyó la cesantía e incluso la prisión de los más recalcitrantes, y su reemplazo por quienes desde cargos inferiores estuvieran dispuestos a apoyar a los bolcheviques.

La posición de quienes ejercían el poder estaba atravesada por una mezcla de utopía y realismo: se planificaba como si el triunfo de la revolución fuese definitivo, pero también se tenía en cuenta la circunstancia de que lo que ocurría en Rusia debía ser el punto de partida de la revolución mundial. Es conocido el pronunciamiento de Trotsky, comisario de Asuntos Exterio-

res, respecto de este tema: confiado en que el triunfo del proletariado a nivel internacional iba a transformar en irrelevantes las relaciones entre los Estados afirmó que su tarea iba a consistir en «lanzar una pocas proclamas revolucionarias a los pueblos del mundo y luego cerrar el negocio».

En esas primeras semanas también se puso en marcha un proceso de enorme significación futura, el control del poder por parte del *Sovnarkom*, desplazando al Congreso de los Soviets. La consigna «Todo el poder a los Soviets» se tradujo en la práctica en una frase hueca; progresivamente el Consejo de Comisarios del Pueblo comenzó a gobernar por decreto como práctica habitual. El Comité Ejecutivo de los Soviets se convirtió progresivamente en un organismo de segunda importancia, al tiempo que los comités de fábrica comenzaron a transformarse en órganos administrativos al servicio del gobierno, más que en instituciones realmente representativas. Se trataba de un deslizamiento que podía ser justificado por la dramática coyuntura que se estaba viviendo, pero que a la vista de la orientación del accionar político de Lenin y de su percepción de la realidad se inscribía sin contradicciones en una línea que tenía su origen ya lejano en el *Qué hacer*. La «vanguardia» era la que tenía que ejercer el poder en nombre de la clase obrera, aun en contra de ella misma. Esa hegemonía del partido se manifestó de manera explícita con posterioridad: en ocasión del X Congreso del Partido Comunista (ése fue el nombre que adoptó el Partido Bolchevique desde marzo de 1918) realizado en marzo de 1921, Lenin expresó con absoluta claridad que: «Nuestro Partido es el que ejerce el gobierno y las resoluciones que adopte el Congreso del Partido serán obligatorias para toda la República». No era sin duda nada parecido a una concentración de poder en manos de una persona: el objetivo de Lenin era plasmar un proyecto revolucionario en el que creía ciegamente y para cuya concreción se sentía el único capacitado.

En el proceso de acumulación de poder, los bolcheviques avanzaron de manera rápida sobre la libertad de prensa: entre las disposiciones de los primeros días se incluía un decreto que otorgaba al gobierno el derecho de sancionar a las publicaciones que resistieran o se negaran a reconocer a las nuevas autoridades. Pocos días más tarde, otro decreto establecía el monopolio estatal sobre la publicidad, lo que contribuyó a debilitar las bases financieras de la prensa opositora.

Al principio, las medidas represivas de los bolcheviques no parecieron más efectivas que las del Gobierno Provisional —los periódicos que se cerraban reaparecían casi inmediatamente con otro nombre—, pero la confiscación de imprentas determinó que muchas publicaciones se vieran imposibilitadas de salir a la calle. El mantenimiento de la libertad de prensa era visto como «una imperdonable capitulación a los deseos del capital».

De cualquier manera, el ejercicio del poder por parte de los bolcheviques en el corto plazo estaba afectado por el hecho de que, unos días antes de ser derrocado, el gobierno de Kerensky finalmente había convocado a elecciones generales para la conformación de una Asamblea Constituyente. Ante la existencia de esta disposición, que respondía a una demanda generalizada de los partidos políticos durante los meses anteriores —incluyendo a los mismos bolcheviques—, Lenin sostenía que en ese momento la convocatoria resultaba un compromiso poco conveniente, que ponía en peligro la permanencia de los bolcheviques en el poder. Su argumento era que la Asamblea Constituyente constituía la más alta forma de democracia dentro de una república burguesa pero los soviets, en tanto organización de los obreros, campesinos y soldados, constituyan una forma superior de democracia, la única capaz de asegurar el paso al socialismo. No obstante, consideraba también que era peor intentar frenar el proceso electoral, en el que los otros partidos de izquierda (y de derecha) confiaban para modificar la situación de hegemonía bolchevique, y en pos de ese objetivo se habían embarcado en una activa campaña.

El resultado de las elecciones, que se extendieron desde el 12 hasta el 26 de noviembre, es considerado un elemento fundamental para pulsar la situación de Rusia en el momento en que se produjo la revolución. Avala esta postura el hecho de que las elecciones han sido consideradas una manifestación razonablemente libre del sentir de la población. Se trató de comicios en los cuales votaron hombres y mujeres mayores de 20 años y la participación electoral fue elevada, teniendo en cuenta las circunstancias generadas por la guerra<sup>4</sup>.

Los comicios justificaron la inquietud que tenía Lenin respecto de los resultados. Los socialistas revolucionarios obtuvieron el 40% del total, unos 17 millones de votos, frente a 10 millones, el 24%, de los bolcheviques. Los estudios realizados sobre la distribución del voto afirman que los vencedores reclutaron la mayor parte de sus adherentes entre los sectores campesinos, mientras que en las ciudades importantes los bolcheviques fueron los triunfadores. Traducido a bancas de la Asamblea Constituyente, el resultado fue aún peor para los bolcheviques, ya que de los 703 escaños, los SR obtuvieron 419, lo que les aseguraba la mayoría absoluta, mientras que los bolcheviques, incluso con el aporte de 40 diputados provenientes de los socialistas revolucionarios de izquierda, apenas llegaban a 208 escaños<sup>5</sup>.

La situación resultaba crucial para quienes ejercían el poder: aunque el apoyo alcanzado por los bolcheviques en los núcleos urbanos —el 45% del total de los votos en Petrogrado, el 48% en Moscú— era importante, el problema residía en que en el campo el dominio de los socialistas revolucionarios era abrumador, a pesar de que la política implementada por el gobierno respondía a sus demandas.

De cualquier manera, los planes de Lenin en relación con la Asamblea Constituyente se orientaron hacia la búsqueda de la estrategia adecuada para inutilizarla; en la medida de que los bolcheviques no habían tomado el poder en representación de toda la población sino en nombre de la clase obrera, podían argumentar que su partido había sido el más votado por los trabajadores. Los partidos de la oposición, por su parte, veían en ella la oportunidad de desalojar a los bolcheviques: se organizó una Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente y un número significativo de manifestantes salió a la calle para apoyar la apertura de las sesiones, pero tropas del gobierno fueron encargadas de la represión, que totalizó diez muertos y una cantidad indeterminada de heridos.

El pulso fue ganado por los bolcheviques, que disponían del monopolio de los instrumentos de poder, desde la policía al ejército. La Asamblea finalmente se constituyó el 5 de enero de 1918, y la mayoría no bolchevique, aun bajo amenazas físicas, comenzó a denunciar el accionar de quienes se habían apropiado del poder en forma ilegal, por lo que la situación se tornó intolerable para el gobierno. Cuando los asambleístas llegaron el segundo día para continuar sus deliberaciones se encontraron con que el Palacio de Táuride, sede de la reunión, estaba cerrado y los soldados les impedían la entrada. El decreto de disolución redactado por el mismo Lenin establecía que

toda renuncia a la plenitud del poder de los Soviets, toda renuncia a la República Soviética conquistada por el pueblo, en provecho del parlamentarismo burgués y de la Asamblea Constituyente, constituirían hoy un retroceso y el hundimiento de toda la revolución obrera y campesina de octubre<sup>6</sup>.

La idea de que en un período revolucionario la voluntad de la mayoría no necesariamente cuenta, ya había sido expuesta por Lenin en un artículo escrito en julio de 1917, en el que también enfatizaba que «la cuestión de la Asamblea Constituyente está subordinada a la cuestión de la marcha y el desenlace de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado», por lo que surgía con claridad que si, como él sostenía, la clase obrera había tomado el poder a través del Partido Bolchevique, reconocer la existencia de la Asamblea Constituyente en las nuevas condiciones era una decisión equivocada y peligrosa.

La disolución fue presentada como la victoria del pueblo explotado sobre la burguesía, la pequeña burguesía y sus representantes políticos. En el curso de estos acontecimientos se procedió también a prohibir por decreto las actividades del Partido Kadete, acusado de querer derrocar al poder revolucionario. Se avanzó asimismo sobre la libertad política, restringiendo la actividad opositora. Los cargos utilizados para fundamentar la prohibición y el cierre de la prensa partidaria eran tan poco concretos como para poder acusar de contrarrevolucionario a cualquier partido que no fuera el bolchevi-

que. Las cárceles se llenaron de «enemigos del pueblo», hasta el punto de que algunos delincuentes comunes fueron liberados para disponer de más espacio. De esta forma se concretó un primer objetivo de los bolcheviques: la exclusión de las clases altas de la sociedad tradicional y la exclusión de la burguesía de la participación política.

Simultáneamente, se intensificaron los ataques a la prensa, un proceso que, con vaivenes originados por la situación interna y por el impacto internacional de los acontecimientos de Rusia, se desarrolló hasta mediados de 1918. A partir de ese momento desapareció la prensa independiente, incluido el periódico de Máximo Gorky, *Novaia zhizn*, al que ni siquiera su relación con Lenin sirvió para salvarlo<sup>7</sup>. A los pocos días de concretada la toma del poder, Gorky ya había comenzado a lanzar ataques durísimos desde su periódico. Allí, por ejemplo, afirmó que «Lenin y los compañeros de armas creen que pueden cometer cualquier crimen». En particular, su opinión sobre éste era lapidaria:

la clase obrera no puede entender que Lenin sólo está realizando una experiencia con su piel y con su sangre. Lenin no es un mago omnipotente, sino un frío embaucador que no está dispuesto a ahorrar sangre del proletariado<sup>8</sup>.

Asimismo, en esos momentos de incertidumbre se adoptó otra medida de enorme importancia para el futuro, como fue la creación por decreto del 7 de diciembre de la *Cheka*, nombre con el que se popularizó la Comisión Extraordinaria para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje, el nuevo organismo de seguridad. A su frente se colocó a uno de los bolcheviques más duros, el polaco Félix Dzerzhinski. La *Cheka* se convirtió rápidamente en la institución clave en la implantación del «terror» bolchevique, y ya desde sus primeros pasos mostró sus particulares características: no hubo un decreto que estableciera su organización; sólo figuraba en las actas secretas del *Sovnarkom*, y aunque de hecho estaba subordinada a él, en la práctica actuó casi como un órgano parapolicial, liberado de cualquier dirección política concreta. Si, por una parte, el II Congreso de los Soviets había abolido sin debate la pena de muerte —se restableció en junio de 1918—, como contrapartida la *Cheka* procedía a fusilar sin dar cuenta prácticamente a nadie. Su responsable definía así sus funciones y métodos: «la *Cheka* debe defender la revolución y vencer al enemigo, aunque su espada caiga ocasionalmente sobre cabezas inocentes». Por supuesto, en estas condiciones la arbitrariedad era habitual: casi cualquiera podía ser arrestado y casi cualquier actitud podía ser considerada comportamiento «contrarrevolucionario», desde el comercio privado hasta el retraso en el trabajo, pasando por la embriaguez o provocar disturbios en la vida pública. Conformada por una estructura que llegó a ocupar alrededor de 250.000 personas durante la época de la Guerra Civil, contribuyó a asegurar la supervivencia del régimen durante

esos años difíciles, pero el precio en términos humanos fue enorme: nadie ha podido determinar las cifras exactas de personas reprimidas y asesinadas por la *Cheka*, pero sin duda fueron cientos de miles<sup>9</sup>.

La desaparición de las instituciones democráticas tuvo una gran repercusión en los ámbitos socialistas dentro y fuera de Rusia. El estrecho vínculo que desde hacía mucho tiempo los socialistas establecían entre socialismo y democracia aparecía ahora cortado en nombre de la «dictadura del proletariado». Marx había hecho referencia ocasional a esta situación excepcional como tránsito hacia el comunismo, pero sin duda fue Lenin en *El Estado y la Revolución*, obra publicada en 1917, quien lo desarrolló como una etapa concreta en la que su función era la de reprimir desde el poder los intentos contrarrevolucionarios.

En el interior del país la gama de reacciones fue muy amplia, pero en el campo socialista internacional la impresión fue profunda y mayoritariamente negativa. Para citar sólo un ejemplo, la dirigente polaca Rosa Luxemburgo, defensora siempre de posiciones radicales dentro de la Segunda Internacional, también se manifestó claramente en contra de las prácticas autoritarias implementadas por Lenin. En un famoso texto escrito a fines de 1918, en el que saludaba el advenimiento de la revolución en Rusia, sin embargo entre otras consideraciones afirmaba:

sin elecciones generales, sin plena libertad de prensa y de reunión, sin un contraste libre de pareceres, la vida desaparece de todas las instituciones públicas, se convierte en una mera apariencia de vida, en la que el único elemento que permanece activo es la burocracia<sup>10</sup>.

Mientras tanto, en la calles de las ciudades rusas las tensiones se manifestaron bajo la forma de un incremento de la violencia, que se volcó en contra de los burgueses y aristócratas y de los símbolos de su poder. Junto a los revolucionarios bolcheviques, que ciertamente constituyan una minoría, se movió una muchedumbre que protagonizó durante varias semanas sucesos delictivos que fueron el resultado de una situación incontrolable por parte de las nuevas autoridades. Sólo hacia finales del año, pudo restablecerse completamente la calma en las calles de las principales ciudades.

Por otra parte, la igualación social fue un proceso que se desarrolló avalado por las autoridades, y los hasta muy poco tiempo atrás integrantes de las clases dominantes vieron cómo sus privilegios desaparecían y sus propiedades eran amenazadas. Muchos dirigentes bolcheviques defendieron la idea de que el sistema legal debía ser utilizado como un arma del terror de masas y procedieron en consecuencia.

## El tratado de Brest-Litovsk

El principal problema para los bolcheviques era sin ninguna duda el de la guerra. No por casualidad el primer decreto promulgado por los revolucionarios de Octubre había sido el de la paz. El llamamiento incluía un desafío al funcionamiento tradicional de la sociedad internacional, que se basaba en los gobiernos; postulaba en cambio una relación de «nuevo tipo», protagonizada por los pueblos. Por supuesto, todas las negociaciones que se iniciaron en esos momentos estaban supeditadas a las expectativas que generaba entre los bolcheviques el estallido de la revolución en Occidente, la casi certeza que tenían Lenin y los suyos respecto del futuro inmediato.

Las tratativas realizadas con Alemania tuvieron como primer resultado la firma a los pocos días de un armisticio en el que se establecía un *statu quo* territorial. Trotsky fue quien encabezó la delegación rusa; se trataba de una negociación dura, en la que entre sus tareas estaba la de «hacer tiempo» y aguardar lo que ocurría en la retaguardia de los países en guerra. Durante los primeros días, las maniobras dilatorias dieron algún resultado pero con rapidez los alemanes perdieron la paciencia y comenzaron a presionar. La idea era que finalmente su estrategia de apoyo a los bolcheviques estaba dando resultados positivos: un tratado de paz con Rusia les iba a permitir trasladar tropas hacia el frente occidental, y en los meses siguientes el alto mando alemán pensaba que podía entonces hacerse un último esfuerzo para inclinar la balanza de manera definitiva en su favor. Además de eso, el notable desequilibrio de fuerzas que existía en favor de Alemania frente al desarticulado Ejército Russo les iba a permitir obtener una importante porción del territorio del antiguo Imperio zarista en carácter de posesión colonial.

En los primeros días de enero los alemanes lanzaron un ultimátum con sus exigencias: Polonia, Lituania, Bielorrusia y la mitad de Letonia debían permanecer en sus manos, y los rusos tenían un plazo de diez días para contestar. Por otra parte, el alto mando también estaba en negociaciones con los nacionalistas ucranianos, la mayor parte de los cuales preferían la subordinación económica a Alemania a la dependencia de Petrogrado.

La propuesta alemana dividió a los dirigentes bolcheviques: Lenin defendió desde un principio la postura de firmar el tratado en las condiciones dictadas por los enemigos —para él lo primordial era salvar la revolución— conformando lo que se definió como la «teoría de la tregua». De este modo tomó distancia respecto de las posiciones sostenidas antes del triunfo de octubre, mostrando cautela respecto de impulsar una «guerra santa» destinada a llevar la revolución fuera de las fronteras de Rusia; en esta postura tuvo el apoyo de dirigentes moderados del partido como Zinóviev y Kámenov. Por su parte, una mayoría, liderada por el joven Nicolai Bujarin, que lideró en esos días la llamada Izquierda Comunista<sup>11</sup>, se mostró decidida a

iniciar una guerra revolucionaria contra el Imperio Alemán; se pensaba que así se favorecía el alzamiento revolucionario en Occidente. Desde la perspectiva de estos dirigentes de posturas radicales, justamente la situación internacional a principios de 1918 hacía pensar que la revolución socialista una vez iniciada se iba a extender por el mundo de forma incontenible. Por lo tanto, la idea de una paz separada constituía «una herida devastadora» para las posibilidades de la revolución. Finalmente, había una tercera posición, más sofisticada, cuyo principal defensor era Trotsky, quien planteaba una posición intermedia resumida en la expresión «ni paz ni guerra», que significaba dejar de luchar sin firmar el tratado.

Las discusiones en el Comité Central fueron duras: frente a las amenazas del gobierno alemán, la mayoría dispuesta a desencadenar la guerra era importante, por lo que Lenin, a pesar de pensar que la idea de Trotsky era un «ejemplo de teatralidad en política internacional», optó por apoyarla como mal menor, logrando imponer una resolución que la adoptaba como posición oficial. Por lo tanto, Trotsky retornó a Brest-Litovsk con esa consigna, lo que implicaba además prolongar las conversaciones todo lo que fuera posible. Tras tres semanas sin definición, los alemanes, fortalecidos por el tratado de paz firmado por separado con la *Rada* ucraniana, pusieron como tope para la firma del acuerdo la fecha del 10 de febrero. Ante esa situación, Trotsky anunció que Rusia reconocía la derrota y declaraba su intención de no seguir combatiendo, pero al mismo tiempo se negaba a aceptar los términos del vencedor para acabar con la guerra.

Una vez asimilada la respuesta de los bolcheviques, que sin duda constituyía una ruptura respecto de las prácticas usuales dentro de las relaciones internacionales, los alemanes decidieron lo que era previsible: dado que el armisticio había concluido y las tratativas se cerraron sin resultado positivo, seguían en guerra con Rusia y entonces anunciaron la reanudación de las hostilidades para el día 18 de febrero. Ante la proximidad del desastre, nuevamente el Comité Central votó en contra de Lenin pero ahora a favor de una nueva propuesta de Trotsky que consistió en esperar para firmar el acuerdo a que la ofensiva alemana fuera un hecho, y no surgiera como respuesta una oposición revolucionaria contra ésta en el pueblo alemán. Todavía las discusiones se prolongaron un día más, mientras los alemanes reiniiciaban su avance sobre territorio ruso, hasta que Lenin logró, con el apoyo a último momento de Trotsky, que se aceptaran los términos impuestos por Alemania. El tratado fue finalmente firmado el 3 de marzo: de acuerdo a sus términos, Rusia renunció a la mayor parte de sus territorios en el continente europeo. Polonia, Finlandia, Estonia y Lituania recibieron una independencia nominal bajo protección alemana. Asimismo, las tropas soviéticas tenían que ser evacuadas de Ucrania. En total, se entregaron 780.000 kilómetros cuadrados; el 34% de la población (56 millones de personas); el 32%

de las tierras de cultivo; el 54% de las empresas industriales y el 89% de las minas de carbón; del Imperio zarista en Europa quedaban sólo vestigios.

Las consecuencias políticas de la firma del tratado fueron también significativas. La situación estuvo a punto de generar una escisión dentro del partido: los integrantes de la Izquierda Comunista, encabezados por Bujarin, se retiraron inicialmente del Comité Central y del *Sovnarkom*, mostrando, a pesar de que al poco tiempo retornaron, que había un descontento amplio respecto del rumbo global de la revolución. A su vez, también los socialistas revolucionarios de izquierda se retiraron del gobierno, en este caso de manera definitiva, porque argumentaban que si no se firmaba el tratado y se concretaba la invasión alemana iban a producirse levantamientos campesinos espontáneos.

Sin embargo, de las discusiones emergió también la imagen de un Lenin reforzado en sus posiciones, caracterizadas por el realismo, por lo menos en cuanto a que en las condiciones dadas era imposible resistir a la invasión alemana y simultáneamente mantenerse en el poder. Compartía la visión de la izquierda del partido en el tema de la revolución mundial pero tenía claro que lo fundamental en ese momento era preservar los logros alcanzados por los bolcheviques.

En el curso de la crisis, ante el peligro de que Petrogrado fuera ocupada por los alemanes se decidió el traslado de la capital a Moscú, lo que para muchos fue el símbolo del apartamiento de Rusia respecto de Europa Occidental, y también el comienzo del fin de la «revolución permanente». Aunque durante dos o tres años más Lenin siguió pensando (y operando) sería y esperanzadamente en la posibilidad de exportar el socialismo, lo cierto es que un análisis desapasionado muestra que luego de Brest-Litovsk las bases de la doctrina que luego se denominó «socialismo en un solo país» estaban sentadas: Por otra parte, la mudanza, realizada en secreto en la noche del 10 de marzo, daba cuenta del aislamiento del gobierno, ya que se quería evitar que se enteraran los obreros de Petrogrado e intentaran impedirla.

La firma del Tratado de Brest-Litovsk tuvo otras repercusiones de importancia, una de las cuales fue la presencia de los anteriores aliados de la Entente en territorio ruso. El gobierno soviético había consumado de hecho su ruptura con estos países al repudiar la deuda externa del Imperio zarista. En el mismo mes de marzo de 1918, franceses e ingleses enviaron tropas al puerto de Murmansk en el Océano Ártico, y más tarde al de Arcángel situado en el Mar Blanco; el objetivo inmediato era defender el material de guerra acumulado allí desde 1916 contra la posible amenaza alemana, pero evidentemente podía constituir —y la realidad lo corroboró— la cabeza de puente de fuerzas de apoyo a quienes en el interior empezaron a actuar en contra del régimen bolchevique. No obstante, también es cierto que en los momentos previos a la firma del tratado hubo algunas operaciones por parte

de Francia destinadas a la organización de las fuerzas militares bolcheviques; de esta manera se trataba de intentar un acercamiento real que llevara a éstos a continuar la guerra, o por lo menos a no incrementar su vinculación con los alemanes. En abril los japoneses enviaron un contingente a Vladivostok, sobre todo con el objetivo de establecer su presencia en el extremo oriental de Rusia, y pensando en una futura anexión.

La toma de conciencia respecto de su debilidad exterior condujo a Lenin a la puesta en marcha de una política coyuntural de acercamiento a Alemania, y a la decisión de arbitrar los medios necesarios destinados a la conformación de un ejército regular.

La reanudación de relaciones con el Reich tuvo un componente oficial, que incluyó el intercambio protocolar de embajadores, pero también otro aspecto menos conocido: en la medida de que a un sector significativo del gobierno de Alemania le interesaba mantener a los bolcheviques en el poder, le suministró ayuda monetaria para contribuir a evitar su derrumbamiento, amenazado como consecuencia del caos posrevolucionario; se trataba de la continuidad de la conocida relación que se había iniciado durante la guerra. Una carta de Lenin de agosto de 1918, hecha pública tras la apertura de los archivos soviéticos, muestra el conocimiento que tenía de los aportes alemanes: dirigiéndose a Y. A. Berzin, representante político bolchevique en Berna, le pidió que continuara con la publicación y distribución de material de propaganda dado que «los Berlineses van a mandar algún dinero más: si el envío se demora, sírvase informarme formalmente»<sup>12</sup>.

A su vez, los revolucionarios instalaron su embajada en Berlín para neutralizar a quienes en el gobierno y el Ejército Alemán querían acabar con ellos, y también para impulsar el accionar de la izquierda alemana de cara a la concreción de la revolución que los bolcheviques consideraban como fundamental para su propia supervivencia.

Una vez alcanzado el poder, los bolcheviques se vieron en la necesidad de crear una organización militar destinada a la defensa del régimen soviético frente a la «contrarrevolución armada». Para Lenin y sus camaradas se trataba de una situación para la cual no tenían preparación política ni ideológica, de allí que frente a una realidad en la cual la permanencia en el poder no estaba asegurada, los planteos de democratización del ejército y de transferencia del poder a los comités de soldados utilizados durante el período del Gobierno Provisional fueron cediendo paso a posiciones más ortodoxas. Las ideas utópicas de crear un ejército voluntario de obreros y campesinos se frustraron, y luego de la firma del decreto del 28 de enero de 1918 por el cual se creaba el Ejército Rojo, se procedió un par de meses más tarde a designar a León Trotsky comisario de Guerra encargado de la organización de una fuerza destinada a enfrentar las amenazas interiores y exte-

riores. Para ello recurrió a ex oficiales zaristas en condición de «especialistas militares»<sup>13</sup>, introdujo el servicio militar obligatorio, inició un proceso de centralización organizativa, y designó comisarios políticos para el control de los oficiales. Se conformó así una fuerza en condiciones de asegurar el triunfo de la revolución.

## La Guerra Civil

Desde el mismo momento en que se efectivizó la toma del poder por parte de los bolcheviques, los sectores civiles y militares que guardaban lealtad al zarismo, así como también grupos que se oponían a la «aventura» de Lenin y los suyos, estuvieron dispuestos a actuar para acabar con ellos. Existe una corriente historiográfica que insiste en el argumento de que la guerra civil comenzó en el mismo mes de octubre de 1917; para quienes la sostienen, la fase inicial del enfrentamiento se prolongó hasta marzo-abril de 1918, y consistió sobre todo en la represión por parte de los bolcheviques de alzamientos de diferentes grupos cosacos organizados en la zona de los Urales y en la región del Don<sup>14</sup>.

En el tema de las reacciones de oposición a lo acontecido en octubre, las previsiones de Lénin se mostraron erróneas: muy poco tiempo antes de estallar la guerra civil sostenía que la tarea de terminar con la resistencia «de los explotadores» a la revolución había culminado en febrero de 1918; sólo esperaba «una breve lucha contra los restos de las tropas contrarrevolucionarias».

Existe un consenso bastante amplio en la actualidad respecto de la idea de que la guerra civil propiamente dicha se desencadenó más tarde, a lo que se agrega el planteo de que es más preciso hablar de que existieron dos guerras civiles distintas: 1) la que se inició en mayo de 1918 con el accionar de la Legión Checa, que permitió a grupos opositores a los bolcheviques como los socialistas revolucionarios disponer de una fuerza militar para enfrentarlos, y culmina hacia fines de 1918; 2) la guerra civil entre los Rojos y los Blancos —la etapa «convencional» de la guerra civil— que abarcó desde los últimos meses de 1918 hasta finales de 1920. Quedan fuera de esta caracterización los numerosos y masivos (aunque descoordinados) alzamientos campesinos que emergieron como un desafío para los bolcheviques<sup>15</sup>.

El problema ocasionado por la Legión Checa fue una demostración de la inestable posición de quienes habían tomado el poder en octubre de 1917. Se trataba de una organización militar creada por nacionalistas checos que trabajaban en el interior de Rusia como aliados, la que además se vio engrosada por la llegada de prisioneros checos y eslovacos, hasta conformar una

fuerza de alrededor de 35.000 hombres. Cuando se produjeron los acontecimientos de Brest-Litovsk, los integrantes de la Legión planearon continuar su lucha como parte de las fuerzas checas que combatían en Francia, para lo cual decidieron salir de Rusia por Vladivostok pasando a los Estados Unidos y de allí retornar a Europa. Consiguieron permiso para viajar armados en el Ferrocarril Transiberiano pero en el trayecto se produjeron incidentes con los soviets de las localidades que atravesaba el tren que los transportaba; los que culminaron a fines de mayo en enfrentamientos que mostraron la debilidad y mala organización de las milicias bolcheviques. Su éxito militar fue considerable: en un lapso de no más de cuatro meses pasaron a controlar un vasto territorio situado al este del Volga.

Ante la reacción del gobierno central, los hombres de la Legión —cuya mayoría aparentemente simpatizaba con posiciones socialistas— terminaron transformándose en una fuerza temible que apoyó en algunas regiones a quienes, desde un arco político amplio que iba desde sectores liberales hasta socialistas revolucionarios, intentaban derrocar a los bolcheviques. El caso de Samara, ciudad situada en la región del Volga, es el más relevante, ya que el gobierno que se instaló allí, el Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente (*Komuch*), era una organización liderada por los socialistas revolucionarios con intenciones de establecer un ámbito político alternativo al poder bolchevique. De hecho la Legión se mantuvo operando en territorio ruso hasta que en octubre de 1918 el Congreso Nacional Checoslovaco anunció en París la independencia del país, tras lo cual sus integrantes se marcharon abandonando a sus aliados. En ese mismo mes cayó Samara en manos del Ejército Rojo, aunque ya el *Komuch* había delegado sus poderes en el Gobierno Provisional de Rusia, único breve intento —sólo duró alrededor de ocho semanas— de crear un gobierno civil antibolchevique.

Los primeros meses de la revolución también dieron lugar a un incremento de otras formas de oposición interior al gobierno de los bolcheviques, originadas en el desbarajuste económico que afectó al conjunto de la sociedad rusa. Los testimonios respecto de este último son abundantes: la desertión masiva que antecedió a la desmovilización; los repartos de tierra que llevaron a cabo espontáneamente los campesinos; la desorganización productiva que se verificó como consecuencia de una situación en la cual la mayor parte de los empresarios desaparecieron de la escena; los enormes problemas que se manifestaron en el sistema de transportes; la pérdida de control por parte del Estado de vastas extensiones de territorio, fueron todos elementos que contribuyeron a que el deterioro de la situación alcanzara niveles muy superiores a las ya críticas circunstancias que se habían vivido durante la guerra. El hambre arrasó las ciudades, contribuyendo más que ningún otro factor a socavar el precario apoyo que tenían los bolcheviques.

La respuesta de éstos frente a un problema de tamaña magnitud fue, luego de marchas y contramarchas, la puesta en marcha de una política de requisiciones masivas de grano, acompañada de un intento de restaurar la autoridad en el campo. Para implementar esta estrategia los bolcheviques contaron con apoyos provenientes sobre todo de soldados licenciados que retornaban a su aldea, a los que se adoctrinaba para enfrentar a los campesinos propietarios de extensiones de tierra de alguna importancia. La actitud de Lenin en este tema es conocida a partir de algunos documentos que han salido a la luz como consecuencia de la apertura de archivos realizada en la década de 1990. Uno de ellos transcribe las directivas que envió a camaradas de la región de Penza en relación con el tratamiento que debía darse a los campesinos ricos:

- 1.- Hay que colgar (a la vista del pueblo) a un centenar de kulaks conocidos, hombres ricos, chupasangre;
- 2.- Publicar sus nombres;
- 3.- Expropiarles todo el grano;
- 4.- Toman rehenes<sup>16</sup>.

En ese escenario, marcado por la violencia ejercida desde el poder, se produjo una reacción particularmente dramática: a la vista de la negación de los bolcheviques a abrir cauces a alguna forma de representación democrática, se produjo el retorno de la acción directa por parte de sectores de los socialistas revolucionarios. Un militante de este partido de apellido Blumkin asesinó en julio de 1918 al conde Von Mirbach, embajador de Alemania, y en esa fecha se desencadenó un alzamiento en el que participaron militantes socialistas revolucionarios, algunos soldados e incluso un destacamento rebelde de la *Cheka* perteneciente a los SR de izquierda. El intento fue conjurado sin mayores dificultades pero la situación seguía siendo inestable. A fines del mes de agosto, en ocasión de una reunión obrera realizada en una fábrica, una joven militante socialista revolucionaria, Fanny Kaplan, atentó contra Lenin hiriéndolo de bala en el omóplato y el cuello. Atrapada inmediatamente, declaró que la idea había sido solamente suya; en su confesión escribió que «hace ya tiempo que decidí matar a Lenin; lo considero un traidor a la revolución». A pesar de esto, con el tiempo surgieron dudas respecto de la autoría y las motivaciones del atentado, pero la manera de resolver el asunto fue concluyente: la acusada fue fusilada el 3 de septiembre sin proceso, mostrando los niveles de arbitrariedad que estaba alcanzando la represión bolchevique.

En esos meses de 1918 se concretaron otras manifestaciones de esa estrategia destinada a consolidar una política de terror, incluso antes de que oficialmente se implantara el «terror rojo», lo que ocurrió el 5 de septiembre, muy poco después del atentado contra Lenin. Sin duda, el acontecimiento de mayor repercusión internacional se produjo en el mes de julio: el asesinato

de la familia real —el zar, su mujer y los cinco hijos del matrimonio— que estaba detenida en la zona de los Urales. La información oficial la dio el Comité Central sosteniendo que el Soviet de Iekaterimburgo, al descubrir la existencia de un amplio complot destinado a rescatar a Nicolás II, había ordenado su ejecución en la noche de 16 al 17 de julio. El debate que ha generado posteriormente el asesinato se centró sobre todo en averiguar si la decisión del fusilamiento había partido de las altas esferas del partido. Si bien está claro que Lenin a lo largo de su vida había mostrado de mil maneras diferentes su odio al último monarca de la dinastía Romanov, lo está algo menos, aunque hay indicios significativos, respecto de si efectivamente fue él quien en esos momentos de peligro —la Legión Checa estaba a pocos kilómetros de donde se alojaba la familia real— dictó la orden de matarlos a todos o si, simplemente, una vez producido el hecho se limitó a avalar lo actuado. De cualquier manera, parece plausible sostener que una operación de esa importancia no pudo haber sido organizada y ejecutada por militantes de segundo orden operando por su cuenta, por lo que Lenin o algún otro dirigente importante dieron la orden o manifestaron su aprobación al magnicidio<sup>17</sup>.

La implantación del «terror rojo» sin duda tiene su lógica en las pautas de comportamiento de Lenin y los bolcheviques frente a las amenazas que se cernían sobre su gobierno, y las manifestaciones de odio y vandalismo que venían de las clases subalternas constituyeron la base a partir de las cuales se instauró la violencia oficial. En una ocasión, cuando se discutía en Moscú la posibilidad de someter a los acusados a alguna forma de justicia por medio de tribunales, un obrero opinó de esta manera contundente: «yo me metería en la casa e iría directamente a ver qué hay en los calderos: si lo que hay es carne, se trata de un enemigo del pueblo y es necesario llevarlo al paredón».

El período más característico de la Guerra Civil fue, como se ha indicado, el que enfrentó al Ejército Rojo con los llamados «generales Blancos», grupo de oficiales zaristas con mando de tropa que a partir de los últimos meses de 1918 se transformaron en un serio peligro para los bolcheviques. Por supuesto, habría que agregar la intervención extranjera, que se manifestó no sólo en la ocupación de territorio —en algún momento de 1918 había en territorio del antiguo Imperio zarista tropas de por lo menos ocho países— sino también en el apoyo monetario y en la entrega de material bélico a los grupos contrarrevolucionarios, que se desarrolló a partir de la finalización de las hostilidades en Europa.

El enfrentamiento se desarrolló en todo el territorio del Imperio, desde el Báltico hasta el Pacífico, pero las tres principales áreas de lucha estuvieron en el sur —la región del Don, Ucrania, el norte del Cáucaso—, en el este

—la zona del Volga, los Urales y Siberia—, y en el noroeste —la región del Báltico y Polonia.

A los efectos de su estudio, podemos identificar tres períodos diferentes: el primero, que abarca hasta noviembre de 1918 y se superpone con el episodio de la Legión Checa, fue el de organización de los campos hostiles, de la primera ola de intervención extranjera y de la conformación de grupos armados independientes. El segundo se extiende desde noviembre de 1918 hasta fines de 1919, y fue el momento en que el general Anton Ivanovich Denikin en el sur, el almirante Alexander Kolchak en Siberia y el general Nikolai Yudenich en la región del Báltico pusieron en peligro la supervivencia del Estado soviético; sin embargo, no más allá del mes de noviembre de 1919 fueron derrotados. El tercero se extiende durante un año largo a partir de principios de 1920, y está caracterizado por el abatimiento de lo que quedaba de las fuerzas antibolcheviques. Las últimas tropas Blancas, comandadas por el general Peter Wrangel —sucesor de Denikin— abandonaron el territorio, junto con las francesas y británicas, hacia fines de 1920, y la Guerra Civil finalizó a principios de 1921 con la conquista de Georgia y el tratado de paz con Polonia.

Durante los meses centrales de 1919 se produjeron las acciones decisivas en los distintos frentes, involucrando a centenares de miles de soldados regulares; los avances iniciales de los Blancos hicieron pensar a muchos que su victoria estaba próxima. En algún momento, las tropas del general Denikin llegaron a estar a menos de 400 kilómetros de Moscú, y las de Yudenich a no más de 30 kilómetros de Petrogrado. La campaña de este último estuvo a punto de alcanzar el éxito a mediados de octubre de 1919, contando sus tropas con el apoyo británico. Sin embargo, en el instante decisivo Yudenich mostró toda la incapacidad de los Blancos para alcanzar el éxito: ante la posibilidad de asegurar el triunfo contando con el apoyo del ejército finlandés —una parte del cual estaba situado frente a Petrogrado—, se negó a aceptar la condición impuesta por el gobierno del flamante Estado de Finlandia para intervenir: el reconocimiento de su independencia, algo que ya habían hecho los bolcheviques y varias potencias occidentales. La idea de que había que restaurar el Imperio zarista privó a los Blancos de un éxito posible.

Sin embargo, en vísperas de su ofensiva y ante la posibilidad de la victoria, Yudenich lanzó una declaración afirmando que su gobierno representaba a las diferentes clases de la sociedad, que repudiaba el zarismo, y garantizaba los derechos de los campesinos a la tierra y la jornada de ocho horas a los trabajadores. Pero ya era tarde, la idea bolchevique de defender Petrogrado hasta «la última gota de sangre» tuvo éxito; finalmente, el gobierno se organizó y rechazó el ataque.

Las razones del triunfo del Ejército Rojo son varias: por una parte, contaban con una dirección unificada, mientras que los Blancos constituían ejércitos que actuaban a gran distancia unos de otros, sin ninguna coordi-

nación. Además, el Ejército Rojo disponía de mayor armamento, contaba con una gran ventaja en cuanto a la posibilidad de reclutamiento —ocupaban la zona más densamente poblada— y, en definitiva, conformó un ejército mucho más numeroso y étnicamente homogéneo. El manejo de la propaganda por parte del gobierno también cumplió su parte y, finalmente, es preciso destacar que salvo el pronunciamiento citado de Yudenich, los Blancos carecieron de un proyecto político en condiciones de suscitar el apoyo de las poblaciones que estaban bajo su control. Por el contrario, el «Terror Blanco» —represión contra los campesinos, *pogroms* antijudíos— resultó un factor decisivo, ya que volcó a favor de los bolcheviques el apoyo de campesinos que huían de los saqueos de los cosacos al servicio de los «Blancos» y terminaron considerando a los Rojos un mal menor.

Uno de los temas más controvertidos en relación con la Guerra Civil es el de la intervención extranjera. Si bien hay importantes diferencias en los matices, existe una coincidencia básica respecto de que si no fuera por la asistencia militar recibida por los Blancos, su derrota se hubiera producido mucho antes. Una vez realizada esta afirmación, se puede avanzar en dos más: 1) no existió una acción concertada entre los países que intervinieron en Rusia; 2) excepto el caso de Gran Bretaña, no hubo gobierno extranjero que se propusiera seriamente derrocar a los comunistas.

En la etapa de la Guerra Civil anterior a la finalización de las hostilidades en Europa, el propósito de los países de la Entente fue el de reactivar el frente oriental, con la ayuda de los bolcheviques si ello fuera posible, sin su participación si fuese necesario. Para ello recurrieron al espionaje, la propaganda y el apoyo a quienes suponían que podían actuar a favor de sus objetivos. Una vez producido el derrumamiento de Alemania y sus aliados, la intervención perdió ese carácter: muy poco tiempo más tarde los Estados Unidos y Francia se retiraron; Japón se mantuvo un tiempo más debido a que tenía la aspiración de aprovechar el caos interior de Rusia para apoderarse de las provincias marítimas situadas en el extremo oriental; finalmente, sólo quedó Gran Bretaña apoyando a los ejércitos Blancos. Su ayuda consistió sobre todo en pertrechos militares e instructores, siendo su principal beneficiario el almirante Kolchak; en alguna ocasión, tropas de combate británicas atacaron objetivos navales Rojos, y también operaron tanques.

El impacto de la Guerra Civil sobre el régimen fue enorme, y en muchos aspectos condicionó de manera significativa su evolución. Por una parte, dio por tierra con las ilusiones de quienes pensaban que la revolución podía abrir rápidamente el camino hacia el «reino de la igualdad»: el salvajismo de la confrontación, que tuvo mucho de lucha de clases o de reacción de corte nacionalista, pero también de simple anarquía incontrrollable protagoni-

nizada por campesinos que se levantaron contra lo que entendían era la opresión secular del Estado, mostró hasta qué niveles llegaba el atraso de amplios sectores de la sociedad rusa. Pero, además, sirvió para acentuar las tendencias autoritarias que caracterizaban a Lenin y a los bolcheviques: quienes habían protagonizado la Revolución de Octubre estaban dispuestos a remodelar la sociedad de acuerdo a sus ideas, y cuanto más compleja se presentaba la tarea en mayor medida se reclamaba disciplina, a pesar de que las marchas y contramarchas daban cuenta de que lo que sobre todo dominaba era la improvisación.

La evaluación de las pérdidas humanas producidas por la Guerra Civil parte de una caracterización que no puede discutirse: en esos años hubo un cataclismo social; la vida cotidiana se brutalizó hasta extremos inimaginables.

Los cálculos relativos a la evolución de la población simplemente asustan: la población de Rusia entre 1917 y 1922 disminuyó alrededor de 12,7 millones de personas, de los que sólo una parte corresponde estrictamente a la Guerra Civil. Las pérdidas experimentadas por las fuerzas soviéticas se calculan en alrededor de 1.200.000, las que se elevan a 2.500.000-3.200.000 muertos, si se suman las bajas sufridas por los Blancos. A estas cifras habría que agregar alrededor de 2.000.000 de víctimas de enfermedades —tifus, viruela— lo que dio lugar a que Lenin en algún momento advirtiera que «o los piojos vencen al socialismo o el socialismo derrota a los piojos».

La finalización de la Guerra Civil planteó una serie de problemas nuevos también en el terreno económico para quienes ejercían el poder. Al haber triunfado, dejaban de justificarse las duras medidas económicas que se habían impuesto sobre la sociedad en los tres años anteriores (ver apartado siguiente) con el argumento de que eran imprescindibles para apuntalar el esfuerzo bélico. Cuando el Ejército Rojo fue desmovilizado, los soldados que retornaban del servicio militar se encontraron con que no había trabajo ni en las industrias devastadas ni en el campo, por lo que muchos se volcaron al bandejaje.

Para hacer aún más dramática la situación, en el tránsito del año 1920 a 1921 hubo un invierno extremadamente duro: murieron 22 millones de cabezas de ganado y 10 millones de personas vivieron al borde de la inanición; se calcula que el número total de muertos por hambre y enfermedades trepó hasta los 6 millones. La amplia represión ejercida por el gobierno agravó aún más la situación, produciendo víctimas en cantidad inusual. Así nos aproximamos a la cifra de más de 12 millones y medio de muertos que se baraja en la actualidad.

## El control obrero y el comunismo de guerra

Los años de la Guerra Civil constituyeron sin duda un desafío superlativo para quienes debieron encarar de manera simultánea la formación de un ejército, el abastecimiento a una población hambreada y la construcción de un Estado socialista.

Los primeros meses de la revolución estuvieron caracterizados por el «control obrero» de la producción a través de los comités de fábrica y, como se ha visto, por la masiva ocupación de tierras por parte de los campesinos, que se las repartieron sin que interviniieran las autoridades. Asimismo, se procedió a la nacionalización de la banca, la cancelación de la deuda interna, el repudio de la deuda externa y la subordinación de las cooperativas de consumo al control estatal<sup>18</sup>.

La legislación promulgada por los bolcheviques respondía a unas líneas ideológicas bien definidas, en las cuales la oposición frontal al mercado constitúa uno de los principios fundamentales; sin embargo, la gravedad de la situación determinó que muchas de las cuestiones cotidianas se enfrentaran con criterios pragmáticos que tomaban distancia respecto a formulaciones utópicas que el mismo Lenin había enunciado poco tiempo antes. Por ejemplo, en *El Estado y la Revolución*, afirmaba que:

Nosotros, los trabajadores, organizaremos sobre la base de lo que el capitalismo ya ha creado (...). Reduciremos el papel de los funcionarios públicos al de meros realizadores de instrucciones, de «capataces y contables» responsables y revocables.

En la práctica, las decisiones del *Sovmarkom* se orientaron hacia el control centralizado de las palancas principales de la economía, enfrentadas a una realidad en la que el campo tendía justamente hacia la situación inversa, la disgregación de las grandes propiedades en manos de campesinos que se repartían las tierras. El Consejo Supremo de la Economía Nacional, en particular, fue el organismo destinado a concretar los objetivos de planificación y coordinación del conjunto de la economía. Creado a principios de diciembre de 1917, estaba dotado de poder para confiscar, requisar y secuestrar, para crear *trusts* en las diferentes ramas de la industria, y asimismo para emitir órdenes de cumplimiento obligatorio para cualquier organismo del Estado.

Los resultados económicos de esos primeros meses no se conocen al detalle en términos cuantitativos, pero no existen dudas respecto a que éstos pueden resumirse en una frase: la producción se derrumbó. Para algunos autores esto se debió casi exclusivamente al accionar de los comités de

fábrica, que en muchas ocasiones operaban de manera irresponsable, mientras que otros investigadores, sin dejar de tener en cuenta ese factor, también han destacado el sabotaje que llevaron a cabo muchos de los antiguos propietarios y la importancia de la desintegración experimentada por el conjunto de la economía en esos primeros meses.

Ante la escasez de alimentos, en las ciudades se impuso un racionamiento estricto que, por ejemplo, en el mes de agosto de 1918 disponía que la categoría de ciudadanos con un trabajo más exigente recibiera una ración de cien gramos de pan por día. A esta situación también habría que agregar la casi total desaparición de empresarios y personal técnico, engullidos por el vértigo de la revolución, lo que contribuía a hacer más difícil la tarea en las fábricas. El mantenimiento de los bolcheviques en el poder, asediados por los peligros internos y externos, exigía la adopción de medidas drásticas en todos los aspectos, y así nació el «comunismo de guerra».

Con este nombre se designa el período comprendido entre mediados de 1918 y marzo de 1921: consistió en una serie de medidas que se orientaban hacia las requisas de grano para asegurar el abastecimiento de las ciudades, el control estatal de la producción y distribución de bienes, la casi desaparición del comercio privado, la nacionalización de casi todos los establecimientos industriales de alguna importancia y el reemplazo parcial pero progresivo de los intercambios en dinero por el trueque<sup>19</sup>.

El desarrollo de estas prácticas fue, nuevamente, el resultado de la convergencia de dos factores: un conjunto de presupuestos ideológicos —anticapitalismo, visión positiva de la planificación, valoración negativa de los mecanismos de mercado— y la emergencia generada por la guerra; podría afirmarse que ésta le dio un ímpetu adicional y una justificación. Las conclusiones a las que llevaba esta mirada sobre la realidad pueden percibirse, por ejemplo, en el análisis del estallido hiperinflacionario que se verificó en esos momentos. Rusia lo experimentó igual que otros países como Hungría, Polonia, y más tarde Alemania, pero economistas bolcheviques lo interpretaron como un avance en el camino hacia el comunismo, momento en el que la moneda iba a desaparecer.

En el pensamiento de Lenin estaba presente el modelo económico aplicado por el gobierno alemán durante la guerra, al que agregaba una presión sobre el sector privado hasta reducirlo al mínimo. El programa del partido, elaborado en 1919, constituía en el terreno económico la expresión de lo que conformaba el «comunismo de guerra», e incluía afirmaciones tan rotundas en esa línea como «el inevitable reemplazo del comercio por la distribución planificada», o la necesidad de aplicar las medidas más radicales «para preparar la abolición del dinero». Al mismo tiempo se destacaba la necesidad de impulsar la utilización de los elementos tecnológicos más avanzados,

imprescindibles para acceder a una estructura productiva en condiciones de asegurar la satisfacción de las necesidades de la sociedad.

La implementación del comunismo de guerra fue acompañada del uso de la fuerza en gran escala en perjuicio del campesinado, a los efectos de disponer de alimentos para los habitantes de las ciudades. Estableciendo una diferenciación social entre los campesinos, destinada a ganar apoyos y a combatir en teoría contra los campesinos ricos (*kulaki*), de hecho la emprendió con todos aquellos que se oponían a las requisas. Se asistió sin duda a una verdadera guerra en contra del campesinado, en la que destaca- mientos armados de la Guardia Roja y soldados a sueldo registraban con bruta- lidad las aldeas «en busca de pan».

Las consecuencias de este accionar brutal, atravesado en algunas regiones por los enfrentamientos de índole nacional a los que nos referimos en el apartado siguiente, fueron dramáticas para el conjunto de la economía. Los cam- pesinos, cualesquiera fueran sus diferencias, se unieron para enfrentar al «ene- migo» externo: su reacción consistió en reducir la superficie cultivada, a partir de la premisa —no totalmente realista— de que cuanto menores fueran los excedentes menos era lo que el Estado les iba a sacar. Se ha calculado que en 1919 la cosecha fue de alrededor del 60% de los niveles anteriores a la guerra.

Los informes disponibles muestran —como se ha comentado— la exis- tencia de un fenómeno hiperinflacionario espectacular: entre octubre de 1917 y el mismo mes de 1921 los precios se multiplicaron aproximadamente por 12.000. Una emisión monetaria descontrolada destinada —a falta de otros recursos— a financiar la Guerra Civil, combinada con una notable escasez de bienes de consumo, fueron las principales causas de esta subida de los precios.

El impacto de los enfrentamientos sobre la actividad industrial fue tam- bién brutal: las limitadas estadísticas disponibles marcan una caída de la producción hasta no más del 20% de los valores correspondientes al último año de paz, luego de experimentar un crecimiento en los tres primeros años de la guerra (cuadro N° 1, en página siguiente).

La mayor parte de la población, golpeada además en muchas zonas por el desastre de una guerra civil destructiva, vivió los años del comunismo de guerra como una pesadilla. Si lo dicho es válido para los campesinos, someti- dos continuamente a las requisiciones de granos, lo es más aún para los habitantes de las ciudades, en donde el hambre hizo estragos. En conse- cuencia, una vez derrotados los enemigos debía producirse alguna modifi- cación en el escenario económico, ya que la disconformidad no se limitaba a quienes carecían de fervor revolucionario.

CUADRO N° 1  
Índice de producción industrial bruta  
(1913 = 100)

AÑO	ÍNDICE
1913	100
1914	100
1915	103
1916	109
1917	76
1918	43
1919	23
1920	20

Fuente: Elaboración propia a partir de Davies, Harrison y Wheatcroft (1994).

### La cuestión nacional y la creación de la Unión Soviética

El estallido de la revolución tuvo consecuencias en casi todos los ámbitos: superando fácilmente los intentos de Lenin de controlar la situación «desde arriba», el antiguo Imperio zarista se desintegró con rapidez; los protagonistas se despreocuparon por la modalidad específica a través de la cual ejercían su derecho a la autodeterminación; simplemente se limitaron a concretar en los hechos su voluntad de separarse.

El juicio de Rosa Luxemburgo respecto de la política adoptada por Lenin con relación a la cuestión nacional es muy duro, aunque también peca de algo exagerado:

Está claro que Lenin y sus amigos esperaban que al transformarse en campeones de la libertad hasta el punto de abogar por la «separación» harían de Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, los países bálticos, el Cáucaso, etcétera, fieles aliados de la Revolución Rusa. Pero sucedió exactamente lo contrario. Una tras otra, estas «naciones» utilizaron la libertad reciente- mente adquirida para aliarse con el imperialismo alemán como enemigos mortales de la Revolución Rusa y, bajo la protección de Alemania, llevar dentro de la misma Rusia el estandarte de la contrarrevolución<sup>20</sup>.

Desde luego, el sentimiento nacionalista era extremadamente variable entre las principales nacionalidades no rusas, así como lo era también su estructura social. Estas situaciones en muchos casos poco comparables deter-

minaron que se verificaran procesos particulares en cada ámbito, en algunos de los cuales se concretó además la presencia de potencias extranjeras apuntalando estas posiciones.

Las principales realidades que culminaron en separación se verificaron en Polonia, Finlandia y los Países Bálticos, y aun cuando constituyen casos diferentes, están vinculados por el hecho de la importancia de la intervención alemana.

Como consecuencia de la guerra y la ocupación por parte de las tropas del Reich, la zona de Polonia que formaba parte del Imperio zarista estaba prácticamente en una situación de independencia en el momento de la Revolución de Octubre. Cuando se produjo la debacle de los alemanes, los polacos, liderados por el mariscal Joseph Pilsudski —un ex socialista convertido en nacionalista—, decidieron aprovechar la situación para conformar un extenso Estado ocupando tierras que excedían incluso los territorios del antiguo reino de Polonia despedazado en el siglo XVIII. Avalados por las tratativas realizadas en Versalles, que establecieron los límites de la nueva nación, Pilsudski fue más allá e invadió Ucrania en abril de 1920. Sin embargo, el exitoso contraataque del Ejército Rojo condujo a su expulsión y a la posibilidad de continuar el avance penetrando en territorio polaco. En ese momento se le planteó a Lenin y a los bolcheviques una disyuntiva respecto de la continuidad o no del ataque. La idea de la posibilidad de exportar la revolución los llevó a ordenar la invasión de Polonia pensando en el apoyo de la clase obrera de este país. La reacción nacionalista de los polacos —que no veían en el Ejército Rojo al aliado de clase sino al tradicional opresor ruso— condujo a un desastre militar que obligó a los bolcheviques a retirarse de Polonia, a solicitar la paz y a firmar el Tratado de Riga, pero también a reconocer que la revolución de la clase obrera más allá de las fronteras del antiguo Imperio zarista no era una posibilidad tan real.

En Finlandia la situación se presentó diferente pero tuvo una solución parecida. Durante los meses que el poder estuvo en manos del Gobierno Provisional, éste le reconoció una amplia autonomía y la socialdemocracia finlandesa impulsó una ley por la que se reconocía la soberanía de la Dieta. En un principio, el *Sovnarkom* reconoció la independencia del país, encarnada en un gobierno de corte nacionalista que había asumido el poder como consecuencia del hundimiento de la monarquía zarista. El recién formado Ejército Finlandés al mando del general Karl Mannerheim comenzó el desarme de las tropas rusas. Ante el temor de perder los beneficios obtenidos en 1917, y con el apoyo de Lenin, que impulsaba la incorporación de Finlandia a la Rusia revolucionaria, los bolcheviques finlandeses se alzaron para concretar ese objetivo. Pero el intento fracasó, aunque se llegó a proclamar en marzo de 1918 una «República Socialista de los Trabajadores de Finlandia». Se pro-

dujo entonces una sangrienta guerra civil en la que las clases medias y altas y el campesinado libre apoyaron a los «Blancos» nacionalistas, mientras que los obreros y los campesinos sin tierras defendieron la causa bolchevique. Con la ayuda alemana, los nacionalistas lograron imponerse, dando lugar al surgimiento de una nueva nación independiente, que pronto fue reconocida por el gobierno de Moscú.

En Estonia, y sobre todo en Letonia, el movimiento bolchevique era muy importante, pero en ambos casos fueron las tropas del Reich las que colocaron a los nacionalistas en el poder, y tras la finalización de la guerra, el apoyo de Gran Bretaña impidió que Lenin pudiera pensar en la reconquista de esos territorios. Por otra parte, sin duda el principio de autodeterminación impulsado por Lenin había adquirido enorme influencia y legitimidad.

La situación de Ucrania era bien diferente. Se trataba de un amplio territorio repartido entre el Imperio ruso y el Imperio Austro-Húngaro, con una población mayoritariamente campesina, en la cual se había desarrollado un aprovechamiento individual de la tierra, con una clase propietaria de origen ruso o polaco, y una escasa burguesía comercial, sobre todo judía.

Cuando se produjo el estallido de la revolución en 1917 emergió un importante movimiento nacionalista que lideró la *Rada*, el Consejo Central Ucraniano, el que ante la falta de respuesta del Gobierno Provisional de Petrogrado amplió sus demandas de autonomía, hasta reclamar la independencia tras el triunfo de los bolcheviques. Las elecciones a la Asamblea Constituyente arrojaron allí una amplia mayoría para los partidos nacionalistas, circunstancia que sirvió para impulsar las políticas independentistas. Los campesinos, por su parte, si bien tendieron a apoyar a quienes hablaban su mismo idioma, planteaban sus demandas de reforma agraria como prioritarias y manifestaron un fuerte sentimiento de rechazo respecto de toda intromisión estatal. La Guerra Civil en Ucrania fue entonces una lucha con varios contendientes: los nacionalistas ucranianos, los bolcheviques, el movimiento campesino, las tropas Blancas lideradas por Denikin, los alemanes y los polacos. La complejidad de los acontecimientos que se desarrollaron en los dos años y medio siguientes pueden resumirse diciendo que hubo por lo menos ocho diferentes tipos de gobierno, ninguno de los cuales pudo consolidarse ni obtener el apoyo de la mayoría de la población. Esta inestabilidad puede explicarse por la multiplicidad de fuerzas involucradas en los conflictos de la región pero también por las divisiones de intereses existentes entre la misma población; es lógico que los alemanes y los Blancos de Denikin carecieran de un apoyo importante entre la población nativa, pero no lo es tanto que los nacionalistas, liderados por Simon Petliura, tampoco lograran el sustento necesario para estabilizar su gobierno. La razón

fundamental residió en la incapacidad mostrada por los nacionalistas —dirigentes fundamentalmente urbanos— para atraerse a la población campesina al no impulsar una política agraria que apuntara hacia el reparto de tierras. Se explica así el apoyo entusiasta de amplios sectores campesinos al accionar del líder anarquista Nestor Makhno quien, a la inversa, no pudo a su vez sentar las bases de un gobierno estable como consecuencia de su casi nula presencia fuera del ámbito campesino (véase apartado «Las rebeliones antibolcheviques»). No obstante, su movilidad y capacidad de reclutamiento lo llevaron a estar en condiciones de desafiar a los diferentes gobiernos hasta el fin de la Guerra Civil.

En ese escenario caótico, los bolcheviques se vieron enfrentados no sólo a una realidad política y militar en la que eran minoritarios sino también al hecho de que existían fuertes disidencias internas respecto de la estrategia a adoptar frente a un movimiento nacionalista de tal envergadura. Un sector importante de los bolcheviques ucranianos, encabezados por Piatakov, se manifestó en contra de la autodeterminación, oponiéndose de manera frontal a Lenin. Nadie expresó de manera más rotunda que Rosa Luxemburgo la posición de los marxistas contrarios a las concepciones nacionalistas:

en vez de prevenir al proletariado de los países limítrofes de que todas las formas de separatismo son simples trampas burguesas, no hicieron más que confundir con su consigna a la masas de esos países y entregarlas a la demagogia de las clases burguesas.

En el VIII Congreso del partido, celebrado en marzo de 1919, finalmente se manifestó con claridad la posición que desnudaba toda la táctica empleada por Lenin: no es válida la concesión de la autodeterminación si ésta no redundá en beneficio de los trabajadores.

Cuando a fines de 1920 finalizó la Guerra Civil y fue doblegada la resistencia de los campesinos de Makhno, los bolcheviques pudieron pensar recién entonces en la manera de organizar el futuro de Ucrania. Para ello Lenin contó con el apoyo de Nikolai Skripnik, uno de los fundadores del Partido Comunista Ucraniano. Se consolidaron entonces las posiciones favorables al establecimiento de un acuerdo global entre Rusia y Ucrania que concediera una serie de competencias a las autoridades de esta última. El acuerdo se plasmó en el tratado firmado a fines de diciembre de 1920, estableciendo una unión económica y militar entre ambas naciones, al tiempo que se reconocía a Ucrania como una república soberana e independiente. Las competencias que conservaba esta república eran amplias, pero se manifestaban contradicciones flagrantes que mostraron la necesidad de establecer un nuevo marco legal, el que finalmente se estableció con la creación en 1923 de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

La situación de Bielorrusia fue también particular. Se trataba de un territorio ocupado por una población campesina cuyo porcentaje de analfabetismo era de alrededor del 75%, con una escasa población urbana de origen ruso, judío y polaco. En consecuencia, el sentimiento nacionalista estaba muy poco desarrollado. El progreso de la revolución estuvo directamente vinculado con las líneas de combate del enfrentamiento ruso-alemán: los soldados rusos cumplieron un papel fundamental en el surgimiento de los primeros soviets y en el establecimiento de un gobierno soviético en Minsk después de la Revolución de Octubre. Los campesinos permanecieron fuera de la lucha política que se desarrolló en las ciudades, y en las elecciones para la Asamblea Constituyente los bolcheviques obtuvieron el 60% de los votos (en parte gracias a los soldados) mientras que el Partido Socialista Bielorruso (*Hromada*) no consiguió obtener un solo representante. En los meses siguientes, la lucha entre nacionalistas y bolcheviques continuó hasta que en marzo de 1918 el Tratado de Brest-Litovsk obligó al retiro de éstos, mientras que los alemanes apoyaron a los nacionalistas. Los campesinos, que se habían apoderado de toda la tierra que fueron capaces desde los meses finales de 1917, resistieron la ocupación alemana y se volcaron en apoyo de los comunistas. Cuando los alemanes se retiraron al final de la guerra, se formó la República Socialista Soviética de Bielorrusia que se orientó en un sentido prorruso, hasta firmar en 1921 un tratado de similares características al negociado con los ucranianos.

Después de los acontecimientos de 1917, los pueblos instalados en Transcaucasia se encontraron en una situación desesperada, y la salida que encontraron inicialmente para evitar el caos y/o la ocupación enemiga fue la creación de una República Federativa de Transcaucasia independiente. Sin embargo, ante la convergencia en la región del Ejército Rojo, la Entente y las fuerzas de Turquía y Alemania, georgianos, azeríes y armenios escogieron caminos diferentes, procediendo rápidamente a la disolución de la república recién creada. El principal objetivo era la autodefensa, y en el contexto del retroceso de Rusia y el avance turco-alemán, ésta tomó rápidamente una dimensión étnica. Los bolcheviques tuvieron inicialmente poca incidencia en la región, salvo en la ciudad de Bakú (Azerbaiyán), donde la larga tradición combativa de la clase obrera ocupada en la industria del petróleo condujo a que allí se proclamara la adhesión al régimen soviético.

Cuando la Rusia bolchevique finalizó su participación en la guerra, Georgia se vio favorecida por el apoyo de Alemania, y luego por los ingleses; los azeríes por la protección de los turcos, y los armenios por la presencia de las tropas del general Blanco Denikin, quien sin embargo se mostró absolutamente insensible a las demandas nacionalistas. De esta manera se establecieron tres repúblicas independientes, liberadas de la presión soviética por la acción extranjera.

Los alemanes, los turcos y los Blancos fueron derrotados, y los ingleses se retiraron, con lo cual las tres repúblicas quedaron abiertas a la influencia de la Rusia soviética. A lo largo de 1920, debilitadas por conflictos internos y por enfrentamientos en las fronteras, se reintegraron a Rusia a través de la técnica que Lenin ya había probado en Finlandia, aunque allí sin éxito: invasión militar acompañada con un golpe interno propiciado por los bolcheviques locales. Tanto en Azerbaiyán como en Armenia los resultados fueron positivos, acabando con los intentos nacionalistas allí existentes.

El balance global que se puede realizar hacia 1921 muestra que en aquellos casos en donde la situación internacional lo permitió, Lenin logró reconquistar una parte significativa de los territorios del Imperio sobre la base de diferentes estrategias que condujeron finalmente al establecimiento de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Sin embargo, la excepción de Georgia da cuenta de sus verdaderos objetivos, que era el de asegurar el triunfo de la revolución por los medios que fueran necesarios. Allí, a diferencia de lo ocurrido en Armenia y Azerbaiyán, se estableció un gobierno menchevique, prolongando la influencia que este partido tenía allí. Con su política agraria, los mencheviques lograron un importante apoyo campesino, y mantuvieron además una democracia pluripartidista. De cualquier manera, luego de una tarea de agitación por parte de los bolcheviques en el interior del territorio, en febrero de 1921 el Ejército Rojo invadió Georgia y logró el éxito tras algo más de un mes de fuertes enfrentamientos. Lenin dudaba acerca de la oportunidad de la invasión e insistió en que la política de ocupación debía ser cauta; se estaba en las vísperas de la puesta en marcha de la Nueva Política Económica y sostenía que «era imperativo desarrollar una política especial de concesiones hacia los intelectuales y los pequeños comerciantes de Georgia». Incluso en algún momento pensó en un compromiso con los mencheviques, pero esto no fue posible porque Stalin, desde su cargo de comisario de las Nacionalidades, planteó como objetivo instalar en su tierra natal un régimen estrechamente controlado desde Moscú, por lo que maniobró para impulsar la invasión, actitud que lo llevó a enfrentarse con Lenin.

Merece un comentario la situación de los más de quince millones de musulmanes que residían en el territorio del antiguo Imperio ruso en 1917. Entre estos pueblos, las distinciones estaban mal definidas: más que identificarse con una nación o un grupo étnico, sus lealtades se dirigían inicialmente al clan o a la tribu, a su líder dinástico o, en un sentido más general, como vimos, hacia el Islam. La diferencia más clara se manifestaba entre los pueblos sedentarios del oeste y los nómadas del este.

A partir de la conquista de Kazán en 1552 por parte del zar Iván IV se produjo una progresiva hegemonía de los rusos sobre los pueblos musulmanes y, como bien se ha dicho, «en ninguna parte como en estas tierras se

podía apreciar de manera más concreta la naturaleza del Imperio zarista, donde un puñado de gobernantes rusos ejercía el poder sobre áreas pobladas de musulmanes».

La política zarista hacia los pueblos musulmanes fue inconsistente: en algunos períodos se atacaron las instituciones religiosas y se abrogaron los derechos de los musulmanes cerrando mezquitas y confiscando sus tierras. En otros, como durante el reinado de Catalina II, se garantizaron sus derechos, liberándolos de ciertos tributos, e incluso se les permitió construir alguna mezquita.

En el tránsito entre el siglo XIX y el XX en el mundo musulmán se desarrolló un movimiento reformista cuyo objetivo fundamental era incorporar los valores modernizadores de Occidente manteniendo sus tradiciones culturales. Cuando se desencadenaron los acontecimientos de 1917, la vida política en el mundo ruso-musulmán adquirió gran intensidad, y se perfilaron tres tendencias bien diferenciadas: 1) a la derecha se encontraban los grupos religiosos ortodoxos, acompañados de los sectores ricos de la comunidad musulmana, provenientes en general del Turkestán. Sus ideas sociales y políticas eran conservadoras, compartiendo algunos rasgos con los octubrelistas rusos. En la medida en que la ortodoxia estaba fuertemente arraigada en la conciencia popular, su número era importante; 2) un sector liberal, occidentalizado, vinculado ideológicamente con los kadetes, aunque la actitud de éstos hacia el Imperio Otomano los llevó a un distanciamiento; 3) a la izquierda se encontraban los intelectuales, que se habían occidentalizado y levantaban las banderas del socialismo.

A las pocas semanas de la Revolución de Febrero se constituyó el Movimiento de los Musulmanes Rusos, con el objetivo de unir a todos los ex súbditos del Imperio zarista sobre la base de la identidad religiosa. El movimiento desde el principio estuvo liderado por los grupos liberales y convocó a un Congreso general a realizarse en Moscú destinado a impulsar la secularización y democratización de los musulmanes. El intento, reforzado durante un nuevo Congreso celebrado en julio, parecía avanzar en el sentido de crear una rudimentaria administración religiosa y cultural musulmana; simultáneamente, se produjo el despertar del nacionalismo, que trascendió, como es habitual, desde los sectores intelectuales hasta alcanzar progresivamente a los estratos más bajos de la población.

Cuando se produjo el triunfo bolchevique, las regiones habitadas por musulmanes se separaron unas de otras. El proceso posterior estuvo caracterizado por el control progresivo del amplio territorio de Asia Central por parte de los rusos, que impusieron su hegemonía sobre el conjunto de la población. Sin embargo, esta operación fue acompañada de un reconocimiento de las reivindicaciones de los grupos locales, abriendo paso al establecimiento de organismos nacionales autónomos. Entonces, por una parte, el gobierno sovié-

tico destruyó toda institución que pudiera poner en peligro su monopolio del poder pero a la vez impulsó una política de concesiones que lo acercó a los grupos nacionalistas sentando las bases para la conformación de las repúblicas musulmanas, que tuvieron su primera concreción en 1924 con el establecimiento de las repúblicas de Uzbekistán y Turkmenistán.

En resumen: un balance de los primeros cuatro años transcurridos desde la revolución, dejó como saldo una parcial reconstrucción territorial del Imperio de los zares: los avatares de la política internacional y el vacío de poder que se produjo en los primeros momentos después de la Revolución de Octubre determinaron que Finlandia, el territorio polaco y los Estados bálticos se constituyeran como naciones independientes<sup>21</sup>. En otros ámbitos, el gobierno bolchevique procedió a establecer firmemente su control. Por supuesto, el principio de autodeterminación de los pueblos quedó enterrado en la convulsionada realidad de esos años, aunque el resultado final, la firma del tratado de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas en julio de 1923, fue paradójicamente presentado como la prueba de la justezza de la estrategia de Lenin: «una política nacionalista en la forma pero socialista en el fondo».

## La fundación de la Tercera Internacional

Si bien el Tratado de Brest-Litovsk constituyó un factor de importancia en el aislamiento respecto de Occidente, las acciones posteriores de Lenin y los suyos estuvieron orientadas por la idea de que la Revolución de Octubre era el primer paso hacia el triunfo de la revolución mundial. Esa convicción, sumada al rechazo que manifestaba respecto de la actuación de la II Internacional con motivo del estallido de la guerra en 1914, los llevó a buscar la manera de ampliar la influencia internacional de la experiencia bolchevique, incluso en una situación tan difícil para la supervivencia del régimen como la Guerra Civil.

Por otra parte, el fin de la guerra en Occidente tuvo como consecuencia el surgimiento de conflictos sociales y revueltas políticas en algunos países, fundamentalmente en Alemania y Hungría, lo que parecía dar la razón a las posturas bolcheviques respecto de las posibilidades de expansión de la revolución.

Con ese panorama, en enero de 1919 se envió desde Moscú una invitación-manifiesto encabezada por un llamamiento titulado «A los proletarios del mundo entero», para la realización de una conferencia internacional comunista, dirigida a los partidos y organizaciones que habían adoptado el «punto de vista de la dictadura del proletariado bajo la forma del poder de los Soviets». Estas invitaciones estaban dirigidas a grupos europeos, norteamericanos y de Japón, excluyendo al mundo colonial.

Lenin estaba involucrado en el proyecto y redactó un texto titulado *Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*, en el que explicitaba uno de los elementos fundamentales de su pensamiento: la idea de que no podía hablarse de «democracia en general» o de «dictadura en general» al margen o por encima de las clases. De esta manera, enfrentándose con las concepciones socialistas que condenaban la dictadura soviética, afirmaba que «en ningún país capitalista civilizado existe la “democracia en general”, sino que sólo existe una democracia burguesa, y no se trata de la “dictadura en general”, sino de la dictadura de la clase oprimida». A partir de esa idea proponía la elaboración de una resolución en la que se enfatizara la existencia de los soviets como herramienta fundamental para el triunfo de la revolución.

La reunión se realizó en Moscú entre el 2 y el 6 de marzo de 1919 y en ella estuvieron presentes 33 delegados (28 europeos) con derecho a voto, y 15 sólo con voz. Los participantes eran en su mayoría residentes en Rusia, emigrados políticos que no podían ser considerados representativos del socialismo de su país de origen. Además, varios representaban a países que habían formado parte del Imperio ruso a los que se reconocía como repúblicas soviéticas, tales como Ucrania, Bielorrusia, Armenia y Georgia. La única excepción de importancia fue Hugo Eberlein, portavoz de los espartaquistas alemanes<sup>22</sup>, que venía con el encargo explícito de oponerse a la creación de una III Internacional en la que el peso de los bolcheviques rusos sería sin duda desmesurado. Pero no tuvo éxito: la reunión se convirtió en el I Congreso de la Internacional Comunista. En el discurso más importante, Lenin se manifestó a favor de la expansión del modelo ruso como camino exitoso para el triunfo revolucionario, descartando todo compromiso con la burguesía y el parlamentarismo.

A pesar de su casi nula representatividad, las expectativas favorables existentes en Europa respecto de un estallido revolucionario hicieron que las repercusiones del Congreso fueran importantes, produciéndose en los meses siguientes la constitución de partidos comunistas en varios países europeos y americanos. El movimiento obrero internacional se dividió entre comunistas comprometidos con la revolución y socialistas reformistas que criticaban con dureza la experiencia soviética, y esa división se hizo más profunda con el paso del tiempo.

Cuando en julio del año siguiente se reunió nuevamente en Moscú el II Congreso de la nueva organización, no se escapaba al análisis de cualquier observador que la situación en Europa no había evolucionado en el sentido previsto por Lenin, sino que se estaba decantando hacia el fin de las esperanzas revolucionarias. Sin embargo, la ofensiva que estaba llevando a cabo en ese momento el Ejército Rojo en Polonia todavía mantenía las expectativas de algunos dirigentes, Lenin entre ellos. De allí que una de las tareas

que se habían propuesto los organizadores, el establecimiento de las pautas de afiliación a la nueva Internacional, se resolviera imponiendo una serie de duras condiciones —nada menos que veintiuna— entre las cuales se incluían la unión entre la acción legal y la ilegal, el carácter comunista de la agitación y propaganda, «el apoyo sin reservas a la República Soviética», «la depuración de los dirigentes reformistas», y «el reconocimiento del carácter obligatorio de las decisiones de la Internacional Comunista». La idea principal era la de disponer de una organización unida y homogénea. A las reuniones acudieron en esta ocasión más de 200 delegados, provenientes en muchos casos de los recién creados partidos comunistas occidentales, o de escisiones del socialismo cuyos dirigentes estaban dispuestos a apoyar una revolución mundial.

## Los desafíos internos

Las reacciones de los trabajadores frente a las exigencias que surgieron desde el poder durante el comunismo de guerra mostraron de manera inequívoca la creciente distancia que se fue estableciendo entre quienes gobernaban en nombre de la clase obrera y la clase obrera «real». Hasta mediados de 1918 los mencheviques y socialistas revolucionarios libraron una lucha política dentro de los soviets canalizando el descontento ante una situación económica en continuo deterioro, pero tras la implantación del «terror rojo», su actividad se vio enormemente reducida y la militancia a lo largo y ancho del país tomó decisiones diferentes —incluida en algunos casos la toma de las armas contra los bolcheviques— que mostraban la existencia de posiciones muy divergentes<sup>23</sup>.

La necesidad de impulsar el desarrollo industrial como condición imprescindible para la supervivencia de la revolución condujo justamente al «productivismo», esto es, a la implementación por parte del *Sovnarkom* de todo tipo de medidas, incluso coercitivas, destinadas a incrementar la producción. Lejos de las ilusiones que se elaboraban para «el día después» de la toma del poder, caracterizadas por el reemplazo de las clases explotadoras por las clases hasta ayer oprimidas, y de los utópicos proyectos que se elaboraron desde diferentes ámbitos intelectuales, se reconstruyó la autoridad a la manera capitalista, en un proceso paralelo al ya citado de la incorporación de oficiales zaristas al ejército en calidad de «especialistas».

La nueva situación determinó entonces que los soviets dejaran progresivamente de ser instituciones representativas para convertirse en órganos administrativos destinados a asegurar el cumplimiento de las órdenes que emanaban del gobierno. Se requería entonces el control por parte de las auto-

ridades, por lo que las elecciones fueron con frecuencia pospuestas para frenar las crecientes manifestaciones de descontento.

Esta visión de la realidad incluía también a las otras agrupaciones de izquierda. En el lenguaje de Lenin, todos los partidos socialistas no bolcheviques fueron descalificados a partir del uso de expresiones como «pequeño burgueses» o «antisoviéticos». La cultura política bolchevique —fuentemente enraizada en la dirigencia— hacía de todo adversario un enemigo. Por esta razón, la actitud respecto de la oposición, luego de un cierto aflojamiento durante la Guerra Civil, se fue haciendo más y más represiva. Tras la detención de miles de militantes mencheviques, en abril de 1921 Lenin declaró: «el lugar para los mencheviques y los socialistas revolucionarios es la cárcel».

Puede afirmarse que el impacto de la Guerra Civil sumado a las condiciones económicas y sociales de Rusia no favorecían la construcción de un Estado democrático, pero los bolcheviques a lo largo de su gestión actuaron de manera sistemática desalentando todos los esfuerzos realizados desde abajo para impulsar formas de autogobierno, al tiempo que mostraron tolerancia cero respecto de cualquier visión disidente. No son sólo las penurias materiales y el impacto de la Guerra Civil los factores que explican la pérdida de poder por parte de los obreros, sino también las mismas políticas que implementaron los bolcheviques. Los trabajadores dependían del Estado, que además debía triunfar en la guerra a cualquier costo; en esas circunstancias, dos ideales entraban en conflicto: por una parte, muchos trabajadores combatían por el ideal democrático del autogobierno tanto en economía como en política, como también lo hacían, a su manera, millones de campesinos; por otra, Lenin y otros dirigentes desconfiaban del pluralismo político y en su lugar defendían el ideal «productivista» de una economía altamente eficiente que estuviera en condiciones de eliminar las escaseces e impulsar el desarrollo, objetivos que ellos pensaban que podían lograrse sólo mediante la disciplina y la eventual militarización. El período de guerra no era sin duda el momento ideal para experimentar en nuevas formas de organización y administración, por lo que los ideales democráticos fueron derrotados, no sin lucha, por métodos más autoritarios. Los comunistas se convirtieron en los conductores de una economía de escasez y de un Estado autoritario que se proclamó heredero de la revolución, dejando por el camino las aspiraciones igualitarias de muchos de quienes habían luchado en 1917.

Con la eliminación de los otros partidos, prácticamente toda la política se concentró en el interior del Partido Comunista. Durante los primeros cinco años de ejercicio del poder los congresos fueron un ámbito de discusión en el que se expresaba el accionar de las diferentes facciones. Como se ha venido analizando, en temas tan cruciales como el desencadenamiento de la insurrección armada en octubre —a la que se opusieron dirigentes importantes

como Zinóviev o Kámenev—, o las negociaciones de paz con los alemanes —que fueron cuestionadas por una Izquierda Comunista que luego desapareció de la escena— se manifestaron profundas diferencias entre la dirigencia, lo que desmiente la idea, muy difundida por la historiografía, de que los bolcheviques constituían un partido monológico, disciplinado y altamente centralizado. Sin embargo, es cierto que éste estuvo atravesado por prácticas manipulatorias dentro de las cuales Lenin se movía con absoluta comodidad.

A medida que la Guerra Civil se fue desarrollando, se perfilaron dos corrientes de oposición: los «Centralistas Democráticos» y la «Oposición Obrera»<sup>24</sup>. Los primeros eran defensores del principio colegiado, al que consideraban un factor fundamental para prevenir la burocratización. Asimismo estaban en contra de la utilización de «expertos» en tareas de gestión desplazando a los trabajadores, y también denunciaban la pérdida de poder y representatividad de los soviets. En su polémico texto *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, publicado en mayo de 1918, Lenin se pronunciaba a favor de la obediencia al partido y en contra de quienes abogaban por una mayor presencia de los trabajadores en el poder.

Justamente, la Oposición Obrera (OO), una agrupación constituida en 1920, defendía la presencia de los sindicatos en el manejo del conjunto de la estructura económica por medio de un congreso de trabajadores. Para quienes militaban en esta corriente, los trabajadores no debían ser subordinados a las instituciones estatales sino que su tarea sería la de organizar la industria y los procesos productivos. La OO se enfrentó con la postura oficial de Lenin en el X Congreso del Partido Comunista realizado en marzo de 1921: éste proponía la transformación de los sindicatos en «escuelas de comunismo» en las que los militantes formaran y movilizaran a las masas de trabajadores. Su triunfo fue acompañado del impulso que dio a una resolución de enorme trascendencia, por la que se disponía «la disolución, sin excepción, de todos los grupos que habían formado parte de una postura otra, prohibiendo en adelante la existencia de las facciones». Si bien los principios de libre discusión fueron reafirmados, el Congreso votó afirmativamente esta prohibición de las facciones, que incluía la posibilidad de expulsar del partido a quienes se acusara de «faccionismo».

El reforzamiento de las posiciones autoritarias residía, en lo profundo, en prácticas que existían dentro del partido desde su origen, pero en lo inmediato se vinculaba con los hábitos provenientes de la Guerra Civil y con los supuestos (o reales) temores respecto de la contrarrevolución y del accionar de la «pequeña burguesía» (el campesinado); la combinación de estos factores condujo a un distanciamiento respecto de tendencias más democráticas y descentralizadoras.

## Las rebeliones antibolcheviques

Durante la Guerra Civil y después, cuando los Ejércitos Blancos dejaron de ser un peligro, reaparecieron los impulsos revolucionarios, fundamentalmente en el campo. Una cantidad de revueltas y rebeliones, grandes y pequeñas, estallaron en casi todo el territorio ruso<sup>25</sup>.

Las áreas situadas fuera del control bolchevique —la periferia del antiguo Imperio zarista— constituyen interesantes ejemplos respecto de cómo se desarrollaron los acontecimientos sin la influencia de los triunfadores de Octubre.

En el clima creado por la Guerra Civil, la principal argumentación de los bolcheviques para reclamar legitimidad era que se trataban de los únicos que estaban en condiciones de evitar la victoria de la contrarrevolución. El «Ejército Insurgente» al mando de Nestor Makhno sin embargo parece demostrar que había más de un método de lucha para enfrentar el retorno al pasado<sup>26</sup>. Su base de masas era el campesinado proveniente del este de Ucrania, pertrechado con un abundante stock de armas proveniente de la guerra de 1914. El alzamiento fue acompañado de la ocupación de tierras y de la asunción de las funciones de administración de la tierra y de gobierno local. Era un movimiento campesino que entregó el poder a los campesinos. Llegó a constituir una fuerza armada de más de 30.000 hombres, en la que se respetaba el principio electivo (y revocable) en la designación de los oficiales.

Las razones del éxito del movimiento de Makhno estriban en que en la zona donde se desarrolló no existían fuerzas políticas en condiciones de pelear contra las tropas Blancas. Al mantener una estrecha relación con la población local, podían realizar operaciones sorpresivas y luego desaparecer. En cambio, su propuesta económico-política —cooperativas, soviets— no fue la vía apropiada para atraer el apoyo de los trabajadores urbanos.

Una de las claves que explicaron la supervivencia del movimiento *makhnovista* residió en el enfrentamiento entre el Ejército Rojo y los Blancos. Mientras existiera el desafío contrarrevolucionario en la región, los bolcheviques tuvieron que tolerarlo, ya que necesitaban su apoyo. Una vez vencidos los Blancos, desde el gobierno se plantearon como objetivo la liquidación de los rebeldes: en noviembre de 1920, con el pretexto de que estaba preparando un alzamiento de los *kulaki*, Makhno fue declarado fuera de la ley; luego de una larga persecución huyó a Rumania y el movimiento liderado por él en unos meses desapareció del escenario sin dejar rastros visibles.

El alzamiento campesino que se produjo en la provincia de Tambov comenzó en agosto de 1920 y se prolongó hasta junio del año siguiente, aunque algunos grupos aislados continuaron una resistencia esporádica. Su líder principal, Alexander Antonov, fue finalmente fusilado el 24 de junio de 1922<sup>27</sup>.

En el momento más favorable de la rebelión amplias zonas agrarias de la provincia estuvieron bajo el control de los rebeldes y el movimiento sólo fue vencido tras el envío de tropas por parte del gobierno.

El origen inmediato de la revuelta fue la reacción de los campesinos ante las demandas planteadas por los brigadistas gubernamentales que requisaban granos. La represión que se desató contra los campesinos puso en marcha la reacción antibolchevique, compuesta por alrededor de 500 hombres a cuyo frente se encontraba Antonov.

La rebelión tuvo tres componentes: 1) la agrupación armada liderada por Antonov; 2) la organización política centrada en la Unión de Campesinos; 3) el activismo campesino espontáneo.

Antonov era considerado convencionalmente un socialista revolucionario, denominación amplia que cubría el espectro de militantes radicales en una provincia en la que antes de la guerra no existían agrupaciones bolcheviques ni mencheviques. Era un «revolucionario profesional» que consideraba a la violencia como un componente de su estrategia política. La represión de la Cheka contra los socialistas revolucionarios de izquierda y el «terror» desencadenado por el gobierno en la segunda mitad de 1918 lo llevaron a pasar a la clandestinidad. Durante la Guerra Civil, su accionar en contra del gobierno bolchevique fue limitado —estuvo involucrado en actos terroristas en pequeña escala— pero una vez derrotadas las fuerzas del general Denikin en la región, su actividad se desplegó en un frente más amplio y llegó a contar con alrededor de 20.000 hombres a su servicio.

El programa de la Unión de Campesinos fue dado a conocer en mayo de 1920 y en sus puntos principales postulaba lo siguiente: 1) ruptura con el régimen soviético y convocatoria a una nueva Asamblea Constituyente; 2) control de las grandes empresas por parte del Estado así como el mantenimiento de la tierra en manos de los campesinos, tal como lo habían dispuesto los bolcheviques en octubre de 1917; 3) impulso al crecimiento de las pequeñas empresas y el aumento de la eficiencia de las explotaciones agrarias, a través de la concesión de créditos por parte del Estado; 4) defensa de las libertades civiles básicas y accionar activo estatal en la educación.

La derrota de Antonov era inevitable: no sólo se trataba de un movimiento campesino localizado sino que las fuerzas de represión lo superaban ampliamente en número de hombres y armamento. Pero además, cuando el gobierno brindó la posibilidad de que los campesinos vendieran libremente su cosecha tras el pago de un impuesto en especie, idea principal de la Nueva Política Económica (véase más adelante) quitó a los rebeldes uno de sus argumentos principales, lo que sin duda aflojó los vínculos entre los grupos armados y los campesinos que los apoyaban.

## Kronstadt

Hasta fines de 1920, a pesar de la gravedad de la situación y del incremento de las protestas, Lenin todavía defendía la política económica del comunismo de guerra. Sin embargo, como consecuencia de una realidad cada vez más dura, en la que los objetivos del gobierno no sintonizaban con las expectativas de los trabajadores, núcleos importantes de éstos se apartaron aún más del Partido Comunista, y en febrero de 1921 se produjeron una serie de huelgas en demanda de alimentos, ropa y el retorno a la democracia soviética de 1917. Éstas finalizaron a principios de marzo, luego de que el gobierno desactivara la protesta realizando algunas concesiones económicas, pero su repercusión atravesó el golfo de Finlandia, llegando hasta la base naval de Kronstadt.

Se concretó allí el mayor desafío que debió afrontar el régimen bolchevique, y el que terminó de decidir un cambio en la política económica<sup>28</sup>. El motín de marineros de la base naval de Kronstadt estalló en los últimos días de febrero de 1921. Se trataba de protagonistas importantes de la revolución que demandaban rectificaciones en el gobierno, generando apoyo y simpatía entre grupos anarquistas y socialistas democráticos. Desde el triunfo de octubre, en Kronstadt gobernó hasta mediados del año 1918 un soviet compuesto de una amplia coalición de partidos de extrema izquierda. De allí en adelante los bolcheviques se encargaron de apartar a los representantes de los otros partidos y transformaron al soviet en un órgano burocrático dependiente del gobierno central.

Si bien los marineros pelearon contra los Blancos en la Guerra Civil, había un descontento creciente, que se manifestó cuando llegaron a la base las noticias de las huelgas de febrero en Petrogrado.

Para el régimen, el alzamiento de Kronstadt era un enorme desafío: Lenin pensaba que la rebelión revitalizaría las posiciones de los Blancos, por lo que había que usar la fuerza para acabar con ella. Pero más allá de eso, las demandas de los marineros aparecían como la conciencia de los revolucionarios. El programa de la Comuna de Kronstadt constituía el retorno a los ideales de octubre de 1917: su consigna «todo el poder a los Soviets, no a los partidos» sintonizaba con los planteos que defendía la Oposición Obrera, lo mismo que cuando reclamaban que la gestión de los asuntos económicos dejara de estar en manos del Estado para pasar a manos de los trabajadores organizados en cooperativas libres. Su reivindicación de libertad también se vinculaba con las demandas de los movimientos campesinos y reclamaba nuevas elecciones en los soviets y en el gobierno. En suma: quienes prodrújeron el alzamiento de Kronstadt eran revolucionarios desilusionados con la «dictadura de los bolcheviques». No obstante, su idea de la democracia no era la de reivindicar iguales derechos y libertades para todos los

ciudadanos sino que se refería a la democracia de «clase»: libertad para trabajadores y campesinos, no para propietarios. Por supuesto, en un movimiento espontáneo, con rasgos «primitivos», no escaseaban las contradicciones —oposición entre el campo y la ciudad, referencias antisemitas— pero de ninguna manera podían ser calificados de cómplices de los Blancos, como los acusaron los bolcheviques.

Socialistas revolucionarios y anarquistas se volcaron en apoyo de los rebeldes pero éstos no intentaron marchar hacia Petrogrado atravesando el helado Golfo de Finlandia, a pesar de que allí, como hemos visto, había también un fuerte rechazo obrero a la gestión del gobierno. Éste impuso la ley marcial en Petrogrado y acumuló gran cantidad de hombres a lo largo de la costa frente a Kronstadt.

El ataque inicial de las fuerzas gubernamentales fue rechazado en el medio de una tormenta de nieve, muriendo alrededor de 2000 soldados. Los marineros entonces llamaron a una «tercera revolución» dirigida contra «la dictadura del Partido Comunista con su *Cheka* y su capitalismo de Estado, cuya soga de verdugo se cierra sobre el cuello de las masas trabajadoras». Durante poco más de dos semanas, el comité revolucionario desmanteló el aparato bolchevique y puso en marcha su propia revolución.

Ante la gravedad de la situación, el mismo Trotsky irrumpió en el medio de las deliberaciones del X Congreso logrando un apoyo unánime para el uso de toda la violencia necesaria para acabar con quienes desde su perspectiva constituyan una avanzada de la contrarrevolución. Se ordenó un ataque de 50.000 hombres, que tomó la fortaleza el 17 de marzo luego de dieciocho horas de lucha. La represión fue terrible; más de 2500 prisioneros fueron fusilados —la mayoría sin juicio— o trasladados a los campos de concentración que ya existían en el norte del país desde el comienzo de la Guerra Civil.

La experiencia de Kronstadt fue determinante para el rumbo que tomó el accionar del gobierno: el hecho de que un bastión bolchevique en 1917 desafiará el poder comunista en 1921 mostraba la imprescindible necesidad de producir cambios. La certeza de que la mayor parte de la sociedad se oponía al accionar de quienes gobernaban en Moscú constituía un factor que condicionaba toda la realidad. Sin embargo, en esta dramática ocasión nuevamente la figura y la influencia de Lenin fueron fundamentales en las decisiones que se adoptaron.

En un análisis frío, podría afirmarse que existían dos opciones políticas: la primera era el reconocimiento de que no se podía gobernar en contra de la mayoría y por lo tanto aflojar los mecanismos que habían llevado al ejercicio de un monopolio del poder; la otra consistía en preservar el dominio del partido intentando aliviar la situación general a través de medidas fundamentalmente económicas que tomaran distancia respecto del comunismo

de guerra. El vuelco hacia esta opción, que dio lugar a la llamada Nueva Política Económica, requería de un partido unido, disciplinado. De allí que en el X Congreso se decidiera la aplicación simultánea de políticas económicas liberalizadoras y la ya citada prohibición de la existencia de facciones, poniendo límites a las prácticas democráticas dentro del partido.

## La Nueva Política Económica (NEP)

No cabe duda de que el mes de marzo de 1921 fue un momento decisivo en la historia de la futura Unión Soviética: en el mismo momento en que se producía el alzamiento de los marineros de Kronstadt y se reunía el X Congreso del Partido Comunista, la situación exterior del país tendió a estabilizarse; Polonia y Rusia firmaron el Tratado de Riga, y Gran Bretaña acordó establecer relaciones comerciales con el régimen.

La Nueva Política Económica (NEP) constituía una rectificación parcial respecto de los excesos del comunismo de guerra; Lenin partía de la idea de que en la Rusia revolucionaria existían conflictos de clase entre trabajadores y campesinos. Se trataba entonces de favorecer al campesinado, otorgándole incentivos para cultivar la tierra, expandir la producción y comercializar las cosechas. El pequeño campesino debía ser ayudado, en razón de que el régimen soviético estaba «fundado en la colaboración de dos clases, los trabajadores y los campesinos». Esta vinculación se simbolizaba en la hoz y el martillo de la bandera soviética. El gobierno estableció que los campesinos deberían pagar un porcentaje de la cosecha bajo la forma de un «impuesto en especie», el que consistía en un porcentaje fijo de la producción neta, pero variable de acuerdo al tamaño de las explotaciones y a las dimensiones de la familia que se encargaba de cultivarla. Las requisas iban a terminar y todo excedente de la cosecha por encima del impuesto podía ser vendido libremente. Los campesinos en forma individual eran responsables por el pago del impuesto y la tierra, si bien era oficialmente de propiedad pública, les pertenecía para trabajar; la tenencia de la misma estaba garantizada.

Lenin definió la NEP como un «retroceso hacia el capitalismo de Estado», pero también enfatizó que Rusia estaba edificando el socialismo, ahora a través de una aproximación «reformista». Como llegó a afirmar,

nosotros los comunistas somos como una gota en el océano de la sociedad; debemos estar en condiciones de liderar al pueblo a lo largo del camino que hemos elegido.

Esta frase sintetizaba el papel que atribuía a la minoría rectora en la tarea de impulsar la revolución.

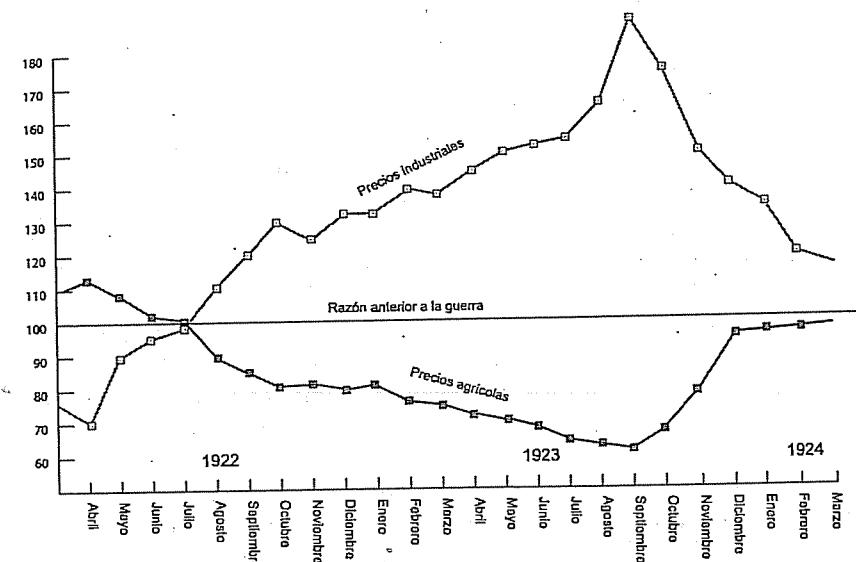
El modelo adoptado por los bolcheviques seguía tomando como base la economía de guerra implantada en Alemania: veía en esta economía planificada y centralizada la vía de transición al socialismo. La diferencia consistía en una importante «marcha atrás» en los excesos estatizadores. Sin embargo, a pesar de que los mecanismos de mercado fueron restablecidos en su funcionamiento, el gobierno retenía muchos de los instrumentos y las instituciones planificadoras que provenían del comunismo de guerra. El comercio exterior, el sistema financiero, las grandes empresas industriales, los recursos del subsuelo continuaban bajo gestión estatal. El mercado y el plan se combinaban con la importación de maquinaria y tecnología importada, que constituirían las bases de la futura economía socialista. Fascinado por el poder de la tecnología, Lenin afirmó, en una de sus frases más citadas, que «el comunismo es el poder de los Soviets más la electrificación». En su visión, la NEP era más que una concesión temporaria al capitalismo a los efectos de recuperar la economía del país: se trataba de un intento de redefinir las características del socialismo en un país atrasado, en el que la «revolución burguesa» no se había concretado en su totalidad. No obstante, de sus palabras y escritos no emergía qué tuviera claro cómo seguía el proceso; si mantenía esta economía «mixta» en la que coexistían un fuerte sector estatal junto a mecanismos de mercado, o si la nueva estrategia era efectivamente un momento de retroceso antes de continuar el avance hacia la completa socialización.

El efecto de la aplicación de las medidas introducidas por la NEP fue en algunos aspectos casi inmediato: el estímulo que dio a la libre circulación de todo tipo de mercaderías condujo a que las escaseces desaparecieran y la vida urbana se normalizara. Sin embargo, surgieron nuevos problemas: el primero de ellos se vinculó con la liberación de los precios. Una vez que desaparecieron los controles, la demanda de productos agrícolas por parte de las ciudades superó claramente la que experimentaban los campesinos por los productos industriales, situación que condujo a un desequilibrio en los precios en favor de las mercancías del sector agrario. Hacia abril de 1922 esta situación alcanzó su punto máximo, y la desfavorable coyuntura para la industria dio lugar a un nuevo tema, inexistente hasta ese momento: el desempleo. El intento de racionalizar la producción industrial llevó a que muchos de los administradores de las empresas nacionalizadas se deshicieran de los trabajadores sobrantes.

Frente a la realidad de un hundimiento industrial, la reacción de los grupos industriales estatales se orientó hacia una mejora de los métodos de comercialización y hacia una política de sostenimiento de los precios. El resultado fue que hacia julio de 1922 las relaciones entre los precios agrícolas y los precios industriales habían vuelto al equilibrio anterior a la guerra; pero a partir de ese momento estos últimos se dispararon hasta el punto de producirse lo que León Trotsky llamó «la crisis de las tijeras» (véase gráfico N° 1, en página siguiente).

GRÁFICO N° 1

**La crisis de las tijeras: movimiento de precios al por menor de los productos agrícolas e industriales**  
(base 100 = 193)



Fuente: Saborido (2002), *Las etapas de la economía soviética*, Santa Rosa.

Transcurrido algo más de un año, la situación experimentó un cambio favorable, debido a la convergencia de dos factores: una excelente cosecha y un aumento de la eficiencia de la industria; en consecuencia, las tijeras se cerraron.

El año 1925 parece haber sido el de mejores resultados de la NEP, durante el cual se alcanzaron niveles de producción significativos; podía afirmarse que la tarea de reconstrucción estaba concluyendo. Por lo demás, el incremento de los intercambios potenció el desarrollo de los intermediarios (*nepmen*), principales beneficiarios del nuevo clima económico. Estos «últimos capitalistas»,<sup>29</sup> se transformaron en un sector social a la vez odiado y envidiado. Pero a esta altura del proceso el carácter mismo de la NEP estaba sujeto a un profundo debate dentro del partido. Las discusiones alrededor de su continuidad se relacionaban con la problemática fundamental a la que hemos hecho referencia: el rumbo económico de la revolución.

Una vez concretada la recuperación tras el desastre producido por la Guerra Mundial, la revolución y la Guerra Civil, el dilema para la dirigencia residía en adoptar una estrategia que impulsara el crecimiento económico

del país. El punto de partida de las posturas propuestas era la coincidencia en dos temas centrales: 1) que la industrialización era el principal objetivo económico a alcanzar, por razones que iban desde la seguridad nacional — un país industrializado está en mejor situación para resistir el asedio de sus enemigos — hasta la preocupación vinculada con el hecho de que una revolución proletaria estaría siempre en peligro dentro de una sociedad predominantemente agraria; 2) que para el logro de ese objetivo, la Unión Soviética dependía casi exclusivamente de sus propios recursos.

A partir de esas convicciones compartidas emergían las diferencias entre dos posiciones muy claramente perfiladas, que tenían en Eugene Preobrazhenski y Nicolás Bujarin a sus expositores más rigurosos.

La izquierda partió del concepto de «ley de la acumulación socialista» elaborado por Preobrazhenski en un texto de 1926<sup>30</sup>. Su idea principal se orientaba hacia la búsqueda de los recursos necesarios para invertir en el desarrollo industrial. Era imprescindible entonces una fase inicial durante la cual tenían que concentrarse en manos del Estado grandes cantidades de capital, obtenidas de fuentes situadas fuera de la economía estatal. Dadas las escasas alternativas disponibles, la conclusión natural era que la economía campesina debía ser la proveedora de esos recursos de inversión. Por lo tanto, la solución para una rápida industrialización consistía en el traspaso de los excedentes generados por el campesinado hacia el sector industrial estatal.

Partiendo de Marx, Preobrazhenski realizó una analogía entre este período de «acumulación socialista primitiva» y el período inicial del capitalismo, la «acumulación primitiva de capital», que incluía, entre otros métodos, diferentes formas de explotación colonial. De su análisis se desprendía que la relación entre la industria estatal y la economía campesina era comparable a la existente entre la metrópolis imperial y sus colonias. La propuesta de Preobrazhenski era menos brutal: proponía que la acumulación de capital se concretase a través de un intercambio desigual entre los precios industriales y los agrícolas que diese lugar a la concentración de recursos en manos de la industria estatal.

En esos momentos, esta propuesta se convirtió en la plataforma de quienes desde posiciones de izquierda se manifestaban en contra de la política oficial, cuestionando la NEP como un factor negativo para el rápido desarrollo industrial al que se aspiraba; Trotsky era el principal referente de esta corriente.

Convertido a la muerte de Lenin en el principal defensor de la NEP, Bujarin fue el encargado de enfrentar con argumentos a la oposición de izquierda, que nucleaba tras de sí los apoyos de casi todos los dirigentes de la etapa «heroica» de la revolución, y que veían en el campesinado un aliado circunstancial y poco fiable<sup>31</sup>.

El punto central de los análisis de Bujarin era su convicción respecto de que el éxito de la revolución estaba asociado de manera estrecha al mante-

nimiento de la alianza con el campesinado. En su visión, los sucesos de 1917 fueron el resultado de la combinación de la revolución proletaria y la guerra campesina contra los grandes propietarios de tierras, por lo que consideraba un grave error político y un hecho éticamente condenable asentar la industrialización sobre la explotación del campesinado.

En el terreno estrictamente económico, sostenía que el proceso de acumulación socialista en la industria no podía concretarse sin un mercado campesino consumidor de los productos manufacturados. Los dos sectores debían estar vinculados y el resultado sería positivo para ambos: grano y cosechas industriales recibiría la ciudad del campo, y maquinarias y fertilizantes serían los productos que el campo le iba a comprar a la industria urbana; a mayores intercambios, mayor sería la eficiencia de ambos sectores.

El despliegue de esta estrategia implicaba el fomento de las actividades campesinas, en particular de los propietarios medios y de los *kulaki*, lo que constituía un elemento de enfrentamiento con la izquierda, que sólo simpatizaba con los campesinos pobres y veía en el resto la punta de lanza de una restauración capitalista. En una proclama que tuvo enormes consecuencias políticas, Bujarin exhortó así a los campesinos: «enriqueceos, acumulad, desarrollad vuestras haciendas». No pensaba que los *kulaki* constituyeran un peligro real para la revolución y sostenia que el objetivo debía ser el mejoramiento del conjunto de los campesinos.

A la hora de responder a la cuestión fundamental del origen de los fondos necesarios para la industrialización, Bujarin indicaba tres fuentes: 1) la creciente rentabilidad de la industria estatal a partir del aumento de las ventas y la disminución de los costos; 2) los impuestos aplicados sobre los elementos capitalistas subsistentes; 3) la captación por parte del aparato financiero estatal de los ahorros de los *kulaki* y de los campesinos medios beneficiados por la próspera situación del mercado. Asimismo, se pensaba que el rumbo económico adoptado iba a facilitar el acceso a capitales externos que apuntalaran el crecimiento.

La defensa de la NEP implicaba también la toma de posición respecto de dos temas muy de actualidad: la planificación y el ritmo de crecimiento económico. La idea de una planificación basada en una «racionalidad económica» diferente de la emergente del accionar del mercado entusiasmaba a la mayor parte de los dirigentes bolcheviques. Pensaban que ésta organizaría la producción de manera de impulsar el desarrollo de la industria pesada. Bujarin, por el contrario, limitaba las posibilidades de un plan «general», en tanto éste no tenía en cuenta la existencia de un sector campesino privado en el cual regían las relaciones de mercado; una economía planificada, por lo tanto, sólo podía constituirse gradualmente, al ritmo impuesto por el desplazamiento progresivo del sector privado por parte de una economía estatal cada vez más eficiente.

Además, la velocidad de crecimiento prevista por los defensores de la NEP contrastaba con las expectativas optimistas de los planificadores respecto de las posibilidades que brindaba la explotación del sector agrario. Por el contrario, sostenían que un desarrollo inicialmente más lento se iba a ver compensado en los años siguientes por la continuidad acelerada de éste a medida que aumentaran los ingresos de la agricultura.

Esta visión evolutiva se completaba afirmando que el tránsito hacia el socialismo en el campo se iba a producir a partir de la difusión de las cooperativas de comercialización y crédito. La participación creciente de los campesinos en éstas, la percepción de sus beneficios, abriría el camino hacia otras formas de organización colectiva.

La explicación que hemos hecho de las argumentaciones de Bujarin se fundamenta en el hecho de que su proyecto de transición al socialismo, descartado a fines de la década de 1920, constituyó para muchos en la década de 1980 una alternativa viable al modelo que se aplicó tras el triunfo político de Stalin.

El debate se produjo, como veremos, en el marco de una lucha política en la que, tras diferentes alternativas, Stalin se afianzó en el poder desbanando sucesivamente a sus adversarios. En el caso particular de la cuestión vinculada con la industrialización y la relación con el campesinado, Stalin estaba ciertamente más cerca de las posiciones de Bujarin, si bien mantenía un tono crítico respecto de los *kulaki*.

## Enfermedad y muerte de Lenin

El proceso de recuperación económica inaugurado por la NEP coincidió con el comienzo de la prolongada enfermedad que terminó con la vida de Lenin en enero de 1924. El desenlace se llevó a cabo en varias etapas. En mayo de 1922 sufrió un ataque cerebral que lo incapacitó durante varias semanas; pocos meses más tarde volvió a trabajar pero su resistencia física estaba seriamente disminuida. A mediados de diciembre sufrió un nuevo ataque que paralizó definitivamente su lado derecho. En los tres meses siguientes sus problemas físicos no impidieron que siguiera dictando notas y artículos sobre cuestiones del partido, incluyendo el famoso «testamento» del 25 de diciembre con el agregado redactado el 4 de enero de 1923 al que haremos referencia más adelante. Finalmente, el 9 de marzo un tercer ataque lo privó del habla y quedó en una situación casi de vida vegetativa hasta su muerte, que se produjo el 21 de enero de 1924.

A partir del último ataque, la cuestión de la sucesión pasó a primer plano, relegando a todas las otras. En principio, parecía haber cinco candidatos al liderazgo, a pesar de que todos sostenían que nadie podía reem-

plazar adecuadamente a Lenin y hablaban de un gobierno ejercido colectivamente<sup>32</sup>.

El candidato que más rápidamente surgía a la consideración de la sociedad soviética era Trotsky, visto por muchos como el brazo derecho de Lenin; sin embargo, también eran tenidos en consideración Kámenev —líder del partido en Moscú—, Zinóviev —principal dirigente de San Petersburgo y cabeza de la Komintern—, y Bujarin —el mayor intelectual del partido después de Lenin—. En esos momentos, el menos prestigioso de los dirigentes con aspiraciones era sin duda Stalin, que no tenía ninguna de las características que normalmente se esperan de un líder: carecía de carisma; todos los otros dirigentes eran mejores oradores, y su aporte intelectual era limitado. Sin embargo, desde abril de 1922 se desempeñaba, por iniciativa de Lenin, como secretario general del partido, un cargo burocrático que parecía hecho a su medida de funcionario trabajador y eficiente.

Iósiv Djugahsvili, el futuro Stalin, nació el 6 de diciembre de 1878 en la localidad georgiana de Gori<sup>33</sup>. Hijo de un zapatero de carácter violento, la aspiración de su madre fue que siguiera la carrera eclesiástica, pero Soso —ese fue su sobrenombre durante varios años— mostró capacidad para el estudio en el seminario pero una creciente rebeldía lo condujo a su expulsión. Su militancia socialista se inició en Tiflis hacia fines del siglo XIX y lo hizo desde posiciones radicales y conspirativas lindantes con la delincuencia. En abril de 1902 fue encarcelado por primera vez por el zarismo y desterrado a Siberia, donde trabó relación epistolar con Lenin. Como bien sostienen sus biógrafos, fue un «bolchevique inmediato», de los cuadros más combativos de la organización. Responsable de operaciones especiales de «expropiación» (robos, secuestros) después de la Revolución de 1905, se contaba entre los dirigentes preferidos de Lenin, aunque sus capacidades como teórico no eran excesivas<sup>34</sup>. Frente a los bolcheviques del exilio, militantes con amplia experiencia de la vida en Occidente, Stalin era el prototipo del dirigente ruso, forjado en la clandestinidad y en la cárcel.

Al producirse los acontecimientos de febrero de 1917 Stalin estaba desterrado en Siberia desde hacía algo menos de cuatro años; inmediatamente fue liberado y se trasladó a Petrogrado donde pasó a integrar el comité editorial de la publicación bolchevique, *Pravda*. Su actuación en octubre ha sido objeto de controversia<sup>35</sup>, pero lo cierto es que, como se ha indicado, cuando se constituyó el *Sovnarkom* fue designado comisario de las Nacionalidades.

Hacia fines de 1922, las relaciones entre Lenin y Stalin comenzaron a deteriorarse: el principal dirigente de la revolución reconocía las dotes de organizador de Stalin y había impulsado su ascenso dentro del partido, pero progresivamente fueron surgiendo desavenencias entre ambos<sup>36</sup>. Además de

algunas cuestiones puntuales, Lenin se mostraba preocupado por el crecimiento de la burocracia del partido y quería mantener separadas las estructuras de éste respecto de las del Estado, situación que disminuía el papel de Stalin. Fue en esos momentos cuando dictó una serie de notas confidenciales en las que esbozaba un retrato de seis dirigentes destacados —Stalin, Kámenev, Zinóviev, Bujarin, Trotsky y Piatakov—: ninguno de ellos se libraba de la crítica, lo que mostraba su convicción respecto de que nadie estaba preparado para convertirse en su sucesor. Este «testamento» fue acompañado días más tarde de un agregado en el que cuestionaba la tarea de Stalin y recomendaba su remoción del cargo de secretario general del partido<sup>37</sup>.

La situación se presentaba ideal para hundir a Stalin; sin embargo, ninguno de sus oponentes actuó para que lo propuesto por Lenin se cumpliera. A la vista de lo ocurrido, cabe preguntarse por qué las posteriores víctimas no aprovecharon una ocasión tan favorable. Las respuestas dadas por los historiadores han sido variadas: algunos sostienen que nadie lo consideraba un contendiente serio; Trotsky pensaba que su rival más peligroso era Zinóviev, por lo que eliminar a Stalin podía vigorizar la posición de éste. Por su parte, el resto temía sobre todo el ascenso de Trotsky, quien era visto como un recién llegado al partido, y de quien se recordaban sus virulentas polémicas con Lenin en el pasado. Otros han destacado el hecho de que en los momentos decisivos de la lucha por el poder Trotsky se enfermó y no presentó batalla, lo que ha llevado a sostener que su malestar era psicosomático. El caso es que Stalin fue ratificado en su puesto por la dirigencia y el «testamento» de Lenin no se conoció oficialmente en la Unión Soviética hasta varias décadas después, cuando quien rigió los destinos de la URSS desde fines de la década de 1920 ya había muerto.

## El triunfo de Stalin

La situación soviética en 1927 no mostraba signos visibles del régimen que iba a instalarse poco tiempo más tarde bajo el dominio de Stalin. El principal eje de la economía continuaba siendo el mercado y la actividad privada era importante, sobre todo en la agricultura, aunque las «palancas de comando» —el sistema financiero, el comercio exterior, las grandes empresas industriales— seguían bajo directo control estatal. Las características de la Nueva Política Económica habían conducido a la reemergencia de una estratificación social propia del capitalismo: en el campo, algunos *kulaki* adquirieron una situación privilegiada, comprando tierras y contratando mano de obra asalariada, y su número e importancia económica era uno de los problemas de parte de la dirigencia soviética, que los veían como un peligro para la estabilidad del régimen, aunque se trataba de un temor total-

mente desmesurado. En la ciudad, por su parte, la existencia de propietarios de pequeñas y medianas empresas y las desigualdades salariales también contribuyeron a marcar las diferencias sociales, aunque la expansión de la burocracia y el crecimiento cuantitativo del partido brindaban importantes posibilidades de ascenso dentro de la nueva realidad.

La vida cultural permanecía vigorosa, y a pesar de que había restricciones respecto de lo que podía hacerse o publicarse, los límites eran mucho más amplios y flexibles respecto de lo que lo habían sido durante el comunismo de guerra y de lo que iba a ocurrir en el futuro inmediato. Por lo tanto, puede concluirse que existió una profunda ruptura entre la evolución económica, social y cultural del régimen soviético durante el período de la NEP y lo que ocurrió tras el encumbramiento de Stalin.

El proceso de ascenso al poder de Stalin se desarrolló en cuatro etapas que abarcaron desde 1922 hasta 1929. A la hora de revisar el proceso es preciso destacar que el juicio negativo que sus camaradas tenían de él era profundamente erróneo: a pesar de no ser un intelectual, tenía una gran intuición política, sabía explotar las debilidades de la gente y maniobrar para aprovechar las disidencias de sus adversarios de manera de ir eliminándolos en su carrera hacia el poder.

- En una primera etapa, que se inicia con Lenin todavía vivo, Stalin se alineó con Zinóviev y Kámenev contra Trotsky, atacando sobre todo la teoría de éste de la «revolución permanente». Trotsky continuaba argumentando que el triunfo final de la revolución en Rusia estaba estrechamente asociado a su expansión por el mundo, y sobre todo en el occidente europeo. Por lo tanto, una de las tareas fundamentales de los bolcheviques era impulsar la acción revolucionaria allí donde se presentasen posibilidades. En oposición a esta concepción, Stalin impulsó la llamada «teoría del socialismo en un solo país», tomada de un artículo de Bujarin. El socialismo, argumentaba, primero debía establecerse con firmeza en Rusia, de manera de estar en condiciones de defenderse de los embates del capitalismo; sólo en una segunda etapa podía empezar a pensarse en expandir la revolución por el mundo. Además, Trotsky llamaba la atención sobre el poder que estaba adquiriendo la burocracia, reconduciendo la revolución en su beneficio. Estos desacuerdos políticos estaban acompañados de agrias rivalidades personales. La postura de Stalin triunfó en toda la línea: no sólo la idea del «socialismo en un solo país» se convirtió en la política oficial soviética sino que Trotsky fue aislado y en enero de 1925 desplazado de su cargo de comisario para los Asuntos Militares.

- Con Trotsky apartado de toda posición influyente, Stalin se volvió contra Zinóiev y Kámenev, quienes conformaban la llamada «Oposición de Izquierda», y se oponían a la política desplegada por la NEP de favorecer a los campesinos. En el XIV Congreso del partido, celebrado en diciembre de 1925, Kámenev se atrevió a criticar a Stalin, sosteniendo que se le había otorgado demasiado poder. Ya era tarde: el partido estaba controlado por los seguidores de Stalin y la moción para su desplazamiento sólo obtuvo 64 votos contra 559. Kámenev fue excluido del Comité Central y a los pocos días Zinóiev fue removido de su cargo de jefe de la organización del partido en Leningrado (el nombre que se le dio a San Petersburgo).
- La tercera etapa fue un intento desesperado de derrotar a Stalin por parte de Trotsky, Kámenev y Zinóiev, adversarios los dos últimos del primero hasta muy poco tiempo antes. Conformaron la llamada «Oposición Unida» y en julio de 1926 publicaron la «Declaración de los 13», en la que se criticaba tanto la NEP como la doctrina del «socialismo en un solo país». La respuesta de Stalin fue durísima: acusó a Trotsky de preocuparse más por las cuestiones políticas extranjeras que por las de Rusia, y ante los embates de la oposición —Trotsky lo llamó el «sepulturero» de la revolución—, los tres dirigentes fueron expulsados del partido en octubre de 1927 y Trotsky desterrado en Kazajstán.
- El último episodio en la lucha de Stalin por alcanzar el poder fue el desplazamiento de la «Oposición de Derecha», liderada por Bujarin. Constituían el principal grupo defensor de la NEP, y se vieron enfrentados con Stalin cuando éste, modificando sus posturas anteriores, decidió a principios de 1928 impulsar la colectivización. La figura de Bujarin tenía prestigio dentro del partido pero nada sirvió frente a las maniobras de Stalin, que primero lo separó a él y a sus seguidores de todos los puestos que ocupaban y luego, en noviembre de 1929, lo expulsó del Comité Central.

## Las transformaciones sociales

La sociedad soviética, luego de los agitados cambios producidos por la revolución y la Guerra Civil, se caracterizaba por la dimensión de sus contradicciones. En términos políticos, era un «Estado de los trabajadores», mientras que su economía era oficialmente un «capitalismo de Estado». En una realidad marcada por la continuidad de una mayoría de campesinos y

un escaso número de trabajadores industriales, coexistían otros grupos y clases sociales, provenientes en buena medida, aunque no todos, del pasado prerrevolucionario.

En la cúspide del poder se encontraba el escaso número de viejos dirigentes y militantes del Partido Comunista, en mayor o menor medida protagonistas de la Revolución de Octubre. Por debajo se situaba un número creciente de nuevos integrantes del partido, oficiales del Ejército Rojo y «especialistas burgueses» —empresarios, burócratas leales al régimen, intelectuales—, que conformaban los grupos dominantes. Como consecuencia del desarrollo de la NEP creció en las ciudades el número de comerciantes, viajantes, que conformaban una «nueva pequeña burguesía», decidida a aprovechar por todos los medios las oportunidades que brindaba el marco económico en vigencia. Mientras los trabajadores eran los beneficiarios de ciertos privilegios —en buena medida proclamados pero escasamente efectivizados— existían restos de la sociedad del pasado, desde nobles a clérigos pasando por profesionales e intelectuales que no simpatizaban con el régimen y carecían de lugar en la sociedad que se estaba conformando.

La situación de la clase obrera en este período pasó por varias etapas. Durante la Guerra Civil hubo una huida masiva de las ciudades como consecuencia de la escasez de alimentos, lo que dio lugar a que faltaran trabajadores para las fábricas. Esta situación fue enfrentada por el gobierno con medidas destinadas a atar a la escasa mano de obra obligándola a ocupar los puestos de trabajo vacantes. El fin de los enfrentamientos y el hambre que castigó duramente a los campesinos dio lugar a que el proceso se revirtiera, hasta el punto de que hacia 1926 la población urbana había alcanzado su nivel anterior a la guerra de 1914.

Agotados por los esfuerzos realizados durante los años posteriores a la revolución, en los primeros años de la NEP se produjeron tensiones como consecuencia de que las demandas de mayores salarios se enfrentaron con la política del gobierno, que aspiraba a bajar los costos manteniendo bajos los salarios e impulsando una disciplina quasi militar en las fábricas. Se verificó un número significativo de huelgas que dio como resultado un aumento de salarios a partir de 1924, que se prolongó hasta fin de la década.

Uno de los cambios importantes verificados en la estructura laboral como consecuencia de la Guerra Civil fue la incorporación de las mujeres, que llegaron a constituir hacia 1921 casi la mitad de la clase trabajadora, concentrada sobre todo en la industria productora de bienes de consumo. Sin embargo, la desmovilización que siguió al triunfo del Ejército Rojo devolvió al mercado de trabajo a centenares de miles de soldados, con la consecuencia de una marginación de la mano de obra femenina.

En cuanto a los niveles de salarios, la NEP acabó con el igualitarismo que había caracterizado a los primeros años de la revolución, al tiempo que

se verificaba el surgimiento de un mercado de trabajo. Los salarios eran negociados entre las empresas y los sindicatos, que adquirieron cierta independencia respecto del Estado, aunque sin poder efectivo para interferir seriamente en el funcionamiento de la actividad productiva.

En resumen: la recuperación de la industria durante la NEP, la reurbanización de las ciudades y, por supuesto, la ubicación privilegiada de los trabajadores en la concepción ideológica de los bolcheviques favorecieron la consolidación de la clase obrera tras el cataclismo de la revolución y la Guerra Civil. Pero a su vez, otros factores como el impacto de los campesinos sobre el trabajo industrial, los límites impuestos por el gobierno a la protesta, las dificultades que se presentaron para crear instituciones independientes del partido, la inexistencia de una clase antagónica de alguna significación y la apropiación por parte de representantes del Estado del rol de representantes y portavoces de la clase trabajadora, hicieron prácticamente imposible el surgimiento de una clase obrera independiente. La idea de que el poder estaba en manos del proletariado no parece haber sido percibida así por la mayoría de los destinatarios del discurso oficial.

Para revisar la situación de los campesinos es preciso puntualizar que existían 20 millones de establecimientos familiares organizados en 300.000-400.000 comunas. Los campesinos consideraban a la tierra como propiedad de la familia, sujeta a las reglas establecidas por la comuna. De cualquier forma, para la ley soviética la tierra era «técnicamente» propiedad del Estado, no podía ser comprada o vendida y los poseedores reales eran quienes la trabajaban.

El reparto igualitario de tierras realizado en los primeros años de la revolución se vio modificado durante los años de la NEP, hasta llegar a mediados de la década a una situación caracterizada por tres diferentes sectores campesinos: los que carecían de tierras o disponían de tan poca cantidad que se veían obligados a trabajar en tierras de otros; los campesinos con tierra suficiente como para subsistir con lo producido por ella, que constituyan la mayoría del total (alrededor del 60%), y los *kulaki*, una minoría cuyo número sin embargo no ha sido determinado con precisión, que contaban con recursos como para disponer de animales y alguna maquinaria, y además estaban en condiciones de contratar mano de obra. Una vez superados los enfrentamientos producidos durante la Guerra Civil, se ha verificado la existencia de dos tendencias contradictorias en el mundo campesino: grandes diferencias entre los campesinos ricos y los pobres, acompañadas de una creciente cohesión entre los tres sectores. La división de las tierras de los ricos y la unificación de quienes disponían de superficie escasa para poder acceder a unidades más extensas dieron lugar a que pueda hablarse de una suerte de «movilidad cíclica» en la comuna soviética.

A pesar de fracturas y desacuerdos, los campesinos preferían encerrarse en su ámbito: los *kulaki* no eran vistos necesariamente como enemigos de clase sino en muchos casos como líderes de la aldea. Si bien no estaban interesados en organizarse en granjas colectivas, en su vida cotidiana tenían la tendencia a repartir y compartir muchos elementos.

Luego de la opresión que sufrieron durante el período del comunismo de guerra, la presencia del Estado no resultaba significativa, y hasta la colectivización era sólo apenas percibida por quienes residían en el campo. A pesar de los intentos del gobierno, la penetración del régimen soviético en el ámbito rural fue muy escasa.

La importancia del comercio y la pequeña industria durante los años centrales de la NEP determinó el surgimiento de la ya citada clase de los llamados *nepmen*. Más de las tres cuartas partes de las transacciones que se realizaban en Rusia eran realizadas por ellos, y millones de personas producían bienes en pequeñas industrias. Los protagonistas de estas actividades no eran mayoritariamente integrantes de la burguesía prerrevolucionaria sino empleados estatales con acceso a ciertos bienes, o pequeños productores que veían la ocasión de enriquecerse. También quienes realizaban actividades profesionales —médicos, dentistas, arquitectos— pudieron desempeñarse en condiciones de relativa libertad. A pesar de que Lenin sostuvo que era «mucho lo que puede y debe aprenderse del capitalismo», el accionar de los *nepmen* siempre estuvo bajo sospecha, y a partir de 1927 los controles del Estado se incrementaron, y pocos años más tarde el comercio privado fue calificado de «especulación», un delito que podía concluir con una pena de cinco a diez años de prisión.

Uno de los interrogantes que genera la revolución en el terreno social es el de la suerte corrida por las clases dominantes y los sectores medios urbanos ante la emergencia del nuevo escenario. El tema no ha sido objeto de un tratamiento sistemático, por lo que sólo puede hacerse uso de fuentes indirectas para brindar siquiera una aproximación. En principio habría que hacer referencia a la emigración: luego de marchar durante la Guerra Civil hacia zonas situadas fuera del control de los bolcheviques —Kiev, la capital de Ucrania fue una de las ciudades preferidas—, la nobleza y la clase alta en condiciones económicas de abandonar el país en su mayoría lo hizo: las cortes europeas comenzaron a contar con la presencia de aristócratas rusos, algunos de ellos en condiciones de sostener su nivel de vida de origen al poder llevar consigo al extranjero dinero y joyas. Para sectores de la nobleza media, la alternativa, como la de muchos otros habitantes de las ciudades, fue marchar hacia el campo para poder sobrevivir ante una situación de escasez y miseria generalizada que no respetaba las antiguas jerarquías; sin

embargo, la expropiación de la tierra por parte de los campesinos determinó que no pudieran disponer de sus propiedades y en general compartieran la suerte del resto de la población.

En lo que respecta a las clases medias, el progresivo asentamiento del régimen condujo a que quienes siguieron residiendo en las ciudades debieran organizar su experiencia vital en función de esa nueva realidad y de las posibilidades que brindaba; de allí que algunos —no demasiados— se beneficiaran de las pautas impuestas por la Nueva Política Económica, otros desarrollaron tareas en las pequeñas empresas cuya actividad fue permitida, y hubo quienes optaron por ingresar al Partido Comunista, principal vehículo de ascenso social a través de las posibilidades que brindaban tanto el aparato estatal como la estructura partidaria. La necesidad de cuadros determinó que las exigencias ideológicas disminuyeran y se fuera desarrollando así una capa de funcionarios que conformó la naciente burocracia.

La Revolución Bolchevique tuvo profundas repercusiones tanto sobre la institución familiar como sobre la situación de la mujer.

Antes de 1917, el partido había hecho vagas referencias a que después del triunfo revolucionario iba a surgir un nuevo tipo de familia, basada en el mutuo consentimiento, en la igualdad entre el hombre y la mujer y en el reconocimiento de los derechos de los hijos ilegítimos. La concepción marxista respecto de la familia era expuesta de manera más o menos elemental: se enfatizaba la vinculación entre la familia y la propiedad privada, por lo que al abolirse ésta e introducirse la igualdad entre los sexos se creaban las condiciones para crear una familia en la que los miembros podrían desarrollar su vida libres de los condicionamientos materiales y de las jerarquías tradicionales.

Una vez producido el triunfo de los bolcheviques, éstos promulgaron dos decretos: uno introduciendo el matrimonio civil y otro estableciendo la libertad de ambos contrayentes para iniciar y finalizar relaciones maritales. El Código de Familia sancionado en 1918 ampliaba y detallaba los decretos anteriores, determinando que la función de los jueces se limitaba a intervenir mediando cuando hubiera conflicto de intereses entre los esposos y para proteger los derechos y el bienestar de los hijos.

La larga lucha de las mujeres dentro del Partido Bolchevique por tener una sección separada se resolvió recién en 1919 con la creación del *Zhenotdel*, organismo que asumió las tareas de difundir los logros del gobierno, reclutar militantes y brindar servicios sociales, como la atención de huérfanos y la alfabetización de las mujeres.

La más famosa de las dirigentes bolcheviques, Alexandra Kollontai, comisaria de Bienestar Social durante los primeros meses del gobierno revolu-

cionario, fue la principal impulsora de las ideas relativas a la emancipación social y sexual de las mujeres, consideradas por ella como parte integral del proceso de construcción del comunismo. Su crítica a la burocratización que se estaba verificando en el partido la llevó a vincularse con los grupos opositores a los bolcheviques, decisión que dio fin a su carrera política. De cualquier forma, su nombre está asociado a las ideas más radicales que se desplegaron en la primera etapa de la revolución.

En cuanto a la «cuestión sexual», no se trataba de un tema de importancia para la dirigencia bolchevique, y el mismo Lenin se mostraba contrario al sexo promiscuo, adoptando posturas muy cercanas a las del conservadurismo burgués. Sin embargo, entre la joven dirigencia bolchevique, en el clima de relajación posterior a la revolución, se difundió la llamada «teoría del vaso de agua», por la cual el sexo era un reflejo físico del mismo orden que la sed; de allí que en muchos ámbitos se atribuyera a los bolcheviques la defensa del «amor libre».

En diciembre de 1919, el *Sovnarkom* promulgó un decreto por el que impulsaba la desaparición del analfabetismo para «permitir a la población de la República participar de manera consciente en la vida política del país». Todo ciudadano entre ocho y cincuenta años de edad estaba obligado a aprender a leer y escribir, y las organizaciones de masas junto al Estado eran las encargadas de contribuir a esa tarea. Nadiezhda Krúpskaia, la mujer de Lenin, fue una de las principales defensoras de la educación de masas; y el esfuerzo tuvo como resultado que hacia 1927 la población alfabetizada superaba el 50%, mientras que veinte años antes no llegaba al 35%.

La alfabetización era una de las cuestiones que preocupaban a los bolcheviques: se trataba de educar a las nuevas generaciones en los valores comunistas, para lo cual la escuela constituyía uno de los temas fundamentales. El comisario de Instrucción y Arte (*Narkompros*), Anatoli Lunacharski, durante los cinco años de su gestión, además de ser quien impulsó el decreto sobre erradicación del analfabetismo, intentó la difícil tarea de desarrollar una educación humanista, entendida como un prerequisito para la construcción del socialismo<sup>38</sup>. Además de encontrar enormes dificultades económicas, su postura se enfrentó con la de Lenin, que privilegiaba el desarrollo económico y, por lo tanto, la educación orientada hacia la actividad productiva.

Con el fin de la Guerra Civil y la instalación de la NEP se modificó el *Narkompros* y comenzó la tarea de imponer una educación unificada introduciendo elementos de práctica laboral. La necesidad de formar técnicos y administradores provenientes de la clase obrera y del campesinado llevó a la creación de las Universidades de Trabajadores, que formaban adultos desde la educación elemental hasta la educación superior en un promedio

de dos años. De cualquier forma, estaban marcadas las diferencias entre este camino, en condiciones de ser transitado por obreros y campesinos, y el tradicional, seguido por quienes aspiraban a formar parte de la *intelligentsia* del partido.

Una de las ideas que orientaban la educación surgida de la obra del norteamericano Frederick Taylor relativa a la gestión «científica» de los procesos laborales, que contaron con la adhesión de Lenin. Alexei Gastov, presidente del Instituto del Trabajo, fue el principal impulsor del taylorismo en la Unión Soviética<sup>39</sup>: su objetivo era el de transferir a las máquinas las tareas de los hombres.

## Los comunistas y la construcción de una nueva cultura

En un lapso muy corto, los bolcheviques pasaron de ser un partido relativamente poco significativo a asumir la responsabilidad de gobernar una sociedad que no le era mayoritariamente adicta. Por supuesto, los análisis realizados por los dirigentes revolucionarios partían de la idea de lucha de clases y de liberación de la clase obrera, por lo que entendían que su accionar estaba orientado a buscar los mecanismos destinados a terminar con la explotación burguesa, pero además a educar y adoctrinar a una sociedad en la que la formación política era casi inexistente fuera de los ámbitos urbanos. Era el momento de la utopía, cuando a pesar de los problemas suscitados por la Guerra Civil se pensaba en la derrota de los enemigos y en el triunfo de la revolución en todo el mundo, pero también en la creación de una nueva sociedad y de un nuevo hombre. Las dimensiones de esa utopía pueden percibirse en expresiones como las de Trotsky, quien llegó a afirmar que en el comunismo «el tipo humano promedio iba a alcanzar las alturas de un Aristóteles, un Goethe o un Marx», o también en las palabras del escritor Ilya Eherenburg quien años más tarde evocaba esos primeros tiempos que siguieron al triunfo bolchevique como «un gran momento para proyectos (...) para imaginar el paraíso en la tierra». También para muchos intelectuales occidentales, la revolución era vista como la promesa de un mundo mejor: por ejemplo, «el soñador en el Kremlin», fue la expresión utilizada por el escritor H. G. Wells como título del reportaje que le hizo a Lenin en 1920, publicado en Nueva York.

Para la consecución de sus objetivos de transformación social, los bolcheviques construyeron un extraordinario aparato de propaganda y formación educativa y cultural que demandó grandes recursos, abarcó múltiples aspectos y dio lugar a la creación y desarrollo de organizaciones de masas

como el citado *Zhenotdel* y el *Komsomol* (encargado de reclutar a la juventud); este último tuvo una enorme implantación, llegando a contar con más de 1.900.000 miembros en 1927<sup>40</sup>.

Uno de los temas principales que preocupaba al gobierno en los primeros tiempos era la búsqueda de apoyo por parte de los campesinos, donde la presencia bolchevique era muy escasa y la Guerra Civil abría la posibilidad de que fueran captados por las fuerzas de los generales Blancos. A tal efecto, durante esos años, dirigentes y militantes de las ciudades marcharon al campo para realizar tareas de agitación y para intentar impulsar la organización de los soviets en las aldeas. Asimismo se enviaron trenes y vehículos destinados a apuntalar las tareas de adoctrinamiento; éstos estaban en condiciones de exhibir películas y los vagones incluso contaban con salas de lectura.

A medida que se iba asegurando el triunfo en el enfrentamiento con los Blancos, se fue intensificando la tarea de agitación y propaganda organizada institucionalmente, destinada a impulsar por medio de la educación política el proceso de construcción del socialismo pero también la formación de la élite del partido.

A pesar de la importancia de los cambios experimentados por la sociedad durante los primeros años de la revolución, no cabía duda respecto de la perduración de valores tradicionales, muchas veces en colisión con las propuestas que planteaban los bolcheviques. En ese sentido, los años de la NEP fueron un trabajoso compromiso entre la visión y el planteo de los comunistas y el atraso de la sociedad. La misma dirigencia revolucionaria, más allá de su proclamado discurso sobre la liberación de los trabajadores, operaba con harta frecuencia desplegando prácticas autoritarias que hacían recordar demasiado los tiempos del zarismo. La persistencia de estos desfasajes fue probablemente uno de los problemas más serios que la década de 1920 dejó sin resolver y sus consecuencias futuras fueron graves.

En relación con el ámbito de la «alta» cultura, los primeros años de la revolución pero sobre todo el período de la NEP fueron de un notable empuje artístico, que en alguna medida establecían la continuidad con experiencias surgidas a partir de la Revolución de Octubre, y aun antes, con la aparición en Rusia hacia 1908 de la llamada *avant-garde*. A la luz de lo ocurrido durante los años del stalinismo, la década de 1920 aparece como un momento efímero pero resplandeciente, en el que se pensó que iba a permitirse que las expresiones artísticas pudieran desplegarse con libertad.

No obstante, el impacto cultural de la revolución no se agotaba en manera alguna en esas manifestaciones: para los socialistas en general y para Lenin en particular el triunfo de la clase obrera implicaba una gigantesca tarea de construcción de una nueva cultura. La transformación del sistema económico constituía la base, la condición indispensable pero no suficiente para

la transformación de la vida de los hombres, para la conformación de un mundo que finalmente llegara a ser «verdaderamente» humano. El tema generaba más dudas que certezas, y esto ocurría incluso entre los mismos bolcheviques; los interrogantes eran importantes y las respuestas implicaban orientaciones definidas y la toma de decisiones significativas que, por supuesto, iban mucho más allá de las especulaciones utópicas a las que hemos hecho referencia. Una de esas cuestiones se resumía en este par de preguntas: ¿Debe la cultura de la clase obrera protagonista de la revolución ser purgada de toda influencia burguesa? ¿O se trata en cambio de preservar lo mejor de los logros de las generaciones precedentes?

El debate sobre este tema se desplegó con vigor durante los primeros años de la revolución. Los partidarios de una cultura específica de la clase obrera tuvieron su más caracterizado impulsor en la figura de Alexander Bogdanov, conocido dirigente que se enfrentó con Lenin por cuestiones filosóficas una década antes de la revolución, situación que lo apartó en su momento del Partido Bolchevique pero que no afectó su inquestionable vocación revolucionaria<sup>41</sup>. Sus ideas en materia cultural tuvieron ocasión de concretarse en noviembre de 1917, cuando por iniciativa del gobierno revolucionario se creó la «Asociación Cultural y Educacional del Proletariado Russo», más conocida por el nombre de *Proletkult*. Su accionar contó con el respaldo de su cuñado, Anatoli Lunacharski. En las palabras del mismo Bogdanov, el objetivo de la asociación era crear «laboratorios de cultura proletaria» que definieran e impulsaran los valores de la clase obrera. La definición de éstos se realizaba en cierto modo por oposición a los valores burgueses —colectivismo frente a individualismo, cooperación frente a competencia, materialismo frente a idealismo, democracia frente a autoritarismo—, y es importante destacar que algunos de ellos pasaron a formar parte de la ortodoxia cultural durante el período del stalinismo. Se creó una universidad obrera y se editó una *Enciclopedia socialista* como punto de partida para la edificación de la nueva civilización proletaria; en su época de apogeo, la asociación llegó a contar con más de 400.000 miembros. El ideal de la construcción de un «hombre nuevo» guiaba su accionar que, en su versión más radical, debía prescindir de todo aporte cultural del pasado. Las acusaciones que se le formulaban a *Proletkult* se centraban en su falta de efectividad, porque estaba conducida por representantes de la burguesía, gente sin vínculos con el ámbito obrero ni con la creatividad proletaria. A pesar de la validez de estas críticas, el intento se inscribe entre las iniciativas más creativas que surgieron en esa época turbulenta de los primeros años de la revolución.

Frente a esta posición se alzaba la defendida por Lenin, quien a lo largo de sus escritos otorgó diferentes significados a la palabra «cultura», pero que en principio establecía una distinción entre la cultura (en el sentido de «alta» cultura), que no pertenecía a ninguna clase, y la ideología, que en el

proletariado la constituía el marxismo. Así como consideraba que la prensa debía estar en manos del Estado, y la libertad de prensa en un escenario caracterizado por el triunfo de la revolución significaba fundamentalmente «liberar a la prensa del yugo del capital», en cambio consideraba que, por ejemplo, la literatura, no tenía por qué atenerse a las normas del partido, coincidiendo en un sentido amplio con Trotsky, mucho más interesado en estas cuestiones, quien afirmaba que la creación era «un dominio en el que el partido no tiene que mandar». Por lo tanto, en las mismas palabras de Lenin, «la cultura proletaria era el lógico desarrollo que el conocimiento humano ha acumulado a lo largo de la historia»; de lo que se trataba no era de destruir los valores artísticos y culturales del pasado, sino de «destruir la ideología, las bases en las cuales esos valores se desarrollaron».

Esta polémica encubría otra de mayor significación política, que era la discusión respecto de si era factible permitir (e incluso fomentar) el desarrollo autónomo de un ámbito cultural que, como *Proletkult*, escapaba al tutelaje directo ejercido por el Estado. Las posiciones extremas conducían a formular la cuestión en términos de una opción de hierro entre «rígido centralismo» y «anarquía», de acuerdo a quien juzgara la opción contraria; la realidad, por el contrario, era mucho más matizada.

El enfrentamiento se manifestó en el curso de la Guerra Civil y tuvo su punto más alto en el Primer Congreso Russo de *Proletkult*, celebrado en octubre de 1920. La propuesta de ampliar la presencia de estas instituciones llevó a Lenin a la acción: su idea, compartida por la mayor parte de los dirigentes comunistas, era la de extender el control político a todos los ámbitos de la sociedad. En efecto, al colocar en primer plano de la agenda el concepto de cultura proletaria, *Proletkult* tornó imposible ignorar las dimensiones culturales de la revolución, y además dio lugar a que surgiera la posibilidad de construir la misma por fuera de la influencia del poder político. Por lo tanto, Lenin reaccionó haciendo uso de su poder, y pretextando que se intentaba destruir de manera rápida y violenta los tesoros y valores culturales existentes, procedió a recortar en gran medida la autonomía de *Proletkult* a fines de 1920, y subordinó sus actividades al Comisariado de Instrucción y Arte.

Sin lugar a dudas, detrás de estas polémicas aparecía otro tema: el de la construcción de una sociedad socialista, y en este terreno Lenin no estaba dispuesto a que las cuestiones vinculadas con la eliminación del atraso de las masas pudieran desarrollarse independientemente del control político.

Se atribuye a Lenin la frase «de todas las artes, para nosotros el cinematógrafo es la más importante», y ésta, más allá de haberla pronunciado o no, se refería a las posibilidades de utilizar este medio como instrumento de agitación y propaganda. A principios de la década de 1920, cuando la radio recién iniciaba su camino y la televisión aún no existía como medio

público, el cine aparecía como el vehículo ideal para transmitir mensajes visuales a una audiencia. Un dirigente soviético comentó que «el cine es el único libro que incluso los analfabetos pueden leer».

Sin embargo, los primeros tiempos de la revolución estuvieron caracterizados por enunciaciones teóricas sin posibilidades materiales de ponerlas en práctica. La Guerra Civil destruyó la industria cinematográfica: los estudios fueron dañados, el sistema de distribución dejó de funcionar, la mayor parte de los actores se marcharon y los teatros y salas de exhibición dejaron de existir como tales. En 1919 la industria cinematográfica fue nacionalizada pero se trató de muy poco más que un gesto ya que no se disponía de recursos para hacer efectiva la medida. Hasta 1921 la exhibición de filmes se limitó a noticieros y películas de propaganda proyectadas en distintos ámbitos públicos, incluyendo hasta estaciones de tren. Todavía en 1923 Trotsky afirmaba que el hecho de no haber aprovechado las posibilidades del cine en seis años de revolución mostraba que «somos, para decirlo con franqueza, estúpidos».

No obstante, la situación comenzó a modificarse a partir de la instalación de la Nueva Política Económica: empresas privadas, semiestatales y el mismo gobierno se manifestaron dispuestos a aprovechar las posibilidades emergentes de la nueva realidad, que incluía la importación de películas y el manejo de las salas de exhibición. Luego de varios intentos organizativos, el Sovnarkom montó a principios de 1925 una compañía, Sovkino, con participación de varias empresas estatales, a la que se le atribuyeron variadas responsabilidades.

En cuanto a la producción filmica, desde 1923 se estaban realizando películas que trascendían el nivel de la mera agitación, pero las principales obras se realizaron desde 1925 en adelante. Un grupo de jóvenes y talentosos directores, entre los que se destacaron Sergéi Eisenstein y Vsévolod Pudovkin, marcaron un hito en la filmografía de la época. En particular, Eisenstein dirigió películas como *La huelga* (1924), que narraba la brutal represión zarista de una huelga desencadenada antes de la Primera Guerra Mundial, y sobre todo *El acorazado Potemkin* (1925), cuyo argumento es un episodio de la Revolución de 1905, que ha pasado a la historia como modelo de narración y montaje, anticipando muchos de los avances que el cine produjo en los años siguientes.

## La revolución y el mundo exterior

El triunfo de Octubre, el tratado de Brest-Litovsk y la cruenta Guerra Civil que se desarrolló en los años siguientes, fueron factores que condicionaron la relación de los comunistas con el exterior. En particular, la ya citada presen-

cia de las potencias extranjeras en territorio soviético y las expectativas de una cercana revolución mundial, concretadas con la fundación de la III Internacional determinaron que los vínculos exteriores fueran inicialmente muy escasos. Sin embargo, el gobierno de Moscú no se negó a establecer contactos con los gobiernos de los países occidentales: Lenin mismo era un decidido impulsor de estos acercamientos, y esta actitud se manifestó con mayor fuerza a medida que se hacía lejana la posibilidad de un triunfo revolucionario en Occidente, y las necesidades económicas de los rusos se tornaron acuciantes. No se trataba en principio de renunciar a la exportación de la revolución pero sí de percibir que el camino tenía que ser recorrido más lentamente.

En marzo de 1921 se firmó un tratado comercial con Gran Bretaña, que incluía una cláusula en la que las partes se abstendían «de toda propaganda oficial, directa o indirecta», contra la otra.

Asimismo, el gobierno de Moscú asistió a la Conferencia de Génova, celebrada en marzo y abril de 1922, de la que participaron representantes de 34 países. La delegación soviética fue encabezada por Georgi Chicherin, que había reemplazado a Trotsky como comisario de Asuntos Exteriores, y a pesar de las expectativas favorables, poco es lo que se pudo obtener: el primer ministro británico Lloyd George reclamó en duros términos el reconocimiento de las deudas de la época zarista y la compensación a quienes habían perdido sus propiedades durante la revolución.

Si alguna lección extrajeron los bolcheviques de la Conferencia es que los acuerdos multilaterales eran muy difíciles de alcanzar, pero en cambio era factible llegar a beneficiosos arreglos bilaterales, y eso fue lo que se hizo con Alemania.

El acercamiento a la recién creada República de Weimar se basó en cuestiones políticas: ambos países se oponían a los acuerdos de París y mostraban común antipatía por las aspiraciones polacas. Por lo tanto, cuando se desvanecieron las expectativas de revolución en la convulsionada Alemania de posguerra se crearon las condiciones para negociar algún tipo de acuerdo. Tras algunas tratativas, en abril de 1922, se firmó el tratado de Rapallo, en el que tuvo participación el ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, Walter Rathenau. El contenido que se hizo público no era nada excepcional: incluía la renuncia mutua a reclamaciones financieras, colaboración económica a largo plazo y el establecimiento de relaciones diplomáticas, pero sin embargo produjo un fuerte impacto en la escena internacional. Pero hubo más: se establecieron contactos que dieron lugar a intercambios de grano ruso por maquinaria alemana, y en un protocolo secreto se autorizó el entrenamiento de pilotos alemanes en territorio soviético violando las disposiciones del tratado de Versalles.

Junto con la introducción de la NEP fue avanzando la idea de que la situación del país exigía actuar diplomáticamente para defender los intereses de

Rusia y al mismo tiempo reconducir la estrategia de los partidos comunistas occidentales, impulsando acercamientos con otros sectores de izquierda: se trataba de la llamada estrategia de «frente único».

El intento de establecer relaciones con los países occidentales experimentó dificultades en 1923. Por una parte, un entredicho con el gobierno británico estuvo a punto de que éste anulara el tratado firmado en 1921; por otra, la crítica situación económica alemana, que condujo a un estallido hiperinflacionario, intentó ser aprovechada por los comunistas para planear una insurrección que terminó en un rotundo fracaso. No obstante, las relaciones con el gobierno alemán no se vieron afectadas; Moscú no se podía permitir el apoyo a los comunistas locales si eso afectaba su búsqueda de socios y aliados a nivel internacional.

En los años siguientes se fue efectivizando el reconocimiento del gobierno soviético por parte de Gran Bretaña y Francia, pero la estabilización del capitalismo tras los problemas surgidos en los primeros años de la posguerra acen-tuó el aislamiento de la Unión Soviética: fue el momento del triunfo de la postura del «socialismo en un solo país» y la consolidación de la política de frente único; seguían existiendo las referencias a la revolución pero en la práctica cotidiana se buscaban alianzas con agrupaciones de izquierda que sostenían posiciones alejadas de las sustentadas por los comunistas. De cualquier forma la presencia soviética vinculándose con dirigentes del movimiento obrero británico tuvo como resultado que el gobierno de Londres rompiera relaciones con Moscú en mayo de 1927, un hecho de enorme significación debido a la importancia de Gran Bretaña en el concierto internacional.

También en esos años se produjeron acontecimientos importantes en China, cuyo partido gobernante, el Kuomintang, mantenía estrechas relaciones con Moscú. La cooperación con los movimientos nacionales para enfrentar al imperialismo era el complemento de la política de «frente único» aplicada al ámbito colonial.

El Partido Comunista Chino, compuesto por un escaso número de militantes, no tenía demasiada influencia; de hecho, sus integrantes formaban también parte del Kuomintang, aunque sus objetivos no eran totalmente coincidentes: una cosa era la lucha contra las potencias extranjeras instaladas en China pero otra eran los cambios sociales a realizar en el país, sobre todo en el tema agrario. A la muerte del principal dirigente nacionalista, Sun Yat-Sen, comenzaron los problemas para los comunistas: el nuevo hombre fuerte del Kuomintang, Chiang Kai-Shek, adoptó políticas cada vez más antisoviéticas y en abril de 1927 organizó en Shanghai una matanza generalizada de comunistas y dirigentes obreros. La insistencia hasta último momento del Kremlin en mantener el apoyo a China tuvo consecuencias nefastas para los comunistas chinos y mostró los problemas de la estrategia de frente único.

## CAPÍTULO IV

# Establecimiento y consolidación del stalinismo

Una vez desaparecidos los principales obstáculos que limitaban su poder, Stalin estuvo en condiciones de ejercer un control total sobre la sociedad soviética, e impulsó una serie de cambios, cuyos aspectos principales fueron las transformaciones económicas y sociales, y la aplicación a escala masiva de la represión, el «Gran Terror».

## Planificación y colectivización

El encumbramiento de Stalin implicó en el terreno político el control de los resortes fundamentales del poder soviético por parte de la burocracia surgida del dominio ejercido por los comunistas sobre la sociedad desde el triunfo de la revolución, y que se plasmó en una progresiva identificación entre partido y Estado. El crecimiento de esta corriente burocrática se vincula con circunstancias externas —la defensa de la revolución frente a la agresión exterior—, y también internas —la necesidad de gobernar una sociedad sobre la cual se ejercía un control monopólico—; el accionar de Stalin en la secretaría del partido lo llevó a controlar en medida importante el proceso de cooptación de nuevos miembros, imprescindible en virtud de la necesidad de cuadros dirigentes, dado que la «vieja guardia» era poco numerosa y además se vio disminuida en su número por la Guerra Civil. La importancia de la burocracia y su papel en el rumbo seguido por la revolución fue, como se ha indicado, uno de los argumentos desplegados por Trotsky estando todavía con vida Lenin, para enfrentarse con el poder que estaba adquiriendo Stalin. Durante la década de 1920, los diferentes cuadros dirigentes del partido y de la administración conformaron una significativa base social cuyos intereses coincidían con los del grupo que en la cúpula de la organización lideraba Stalin<sup>1</sup>.

Una acelerada industrialización autárquica asentada en el papel central del Estado; la continuidad en la utilización de mecanismos represivos para solventar las diferencias políticas e ideológicas y para afrontar los problemas sociales; la reducción a cuestiones administrativas de la mayor parte de

los problemas suscitados en el ámbito del Estado, constituyeron las características más destacadas de la corriente burocrática que protagonizó el viraje económico y social dirigido por Stalin<sup>2</sup>.

Más allá de la coyuntura estrictamente política, desde 1926 la Nueva Política Económica entró en un período de renovadas dificultades. En principio se verificó una situación en la que el Estado seguía interviniendo en el proceso de formación de los precios, buscando mantenerlos artificialmente bajos, y esto concluyó afectando la provisión de bienes. Sin embargo, el problema central residía en que era mayoritario el rechazo de la esencia misma de la NEP por parte de los dirigentes del partido, a lo que se sumó el clima de cuestionamiento de toda nueva iniciativa que introdujo el triunfo del stalinismo, afectando el accionar de quienes dinamizaban la economía desde el ámbito privado.

Fue imponiéndose así la idea de organizar la vida económica por medio de un plan orientado hacia una rápida industrialización, asumiendo las posiciones de la derrotada Oposición de Izquierda. Al impulso de esta estrategia contribuyó una vez más el miedo: Stalin primero denunció una intervención económica exterior y luego la existencia de una conspiración: «Camaradas, nuestros enemigos de clase existen y quieren actuar para acabar con el poder soviético»; a mediados de 1928 fue descubierta una vasta conspiración que involucraba a ingenieros de la región minera de Donbass (el *affaire Shakty*)<sup>3</sup>. De esta manera se creaba un ambiente de tensión favorable para la adopción de estrategias radicales.

El Plan Quinquenal puesto en marcha en 1928 fue la concreción de la idea de superar la etapa dominada por el mercado, para retornar a situaciones de severo control estatal estableciendo, además, optimistas tasas de crecimiento en las diferentes ramas de la actividad económica. El plan estaba compuesto de una versión mínima y otra óptima, basada esta última en condiciones favorables como cosechas abundantes, un aumento del intercambio comercial con el resto del mundo y una reducción del gasto militar como consecuencia del aflojamiento de la tensión internacional.

La nueva realidad basada en la planificación se enfrentaba de lleno con el funcionamiento de la agricultura. A partir de diciembre de 1927, al llamar la atención sobre los problemas del sector agrario, Stalin sostuvo que la solución consistía en transformar las pequeñas explotaciones campesinas en grandes granjas colectivas; se trataba de volver a la tradicional visión socialista de la problemática agraria, y si bien no había referencias a un proceso de realización inmediato, el desafío al sector campesino estaba lanzado.

Como respuesta a las manipulaciones de precios realizadas por el Estado, los campesinos optaron por disminuir su oferta de cereales, con las siguientes consecuencias para el conjunto de la actividad urbana. Frente a

esta actitud de los cultivadores, el accionar gubernamental se orientó hacia la confiscación de excedentes, retornando a prácticas propias del comunismo de guerra. Se organizaron grupos de militantes urbanos que fueron enviados a los Urales y al oeste de Siberia a recolectar grano secundando a los soviets locales y a las autoridades del partido; el resultado fue exitoso pero generó la oposición de los propietarios más eficientes y destruyó la confianza de los campesinos en las intenciones del gobierno. Este episodio de principios de 1928 —llamado «método Ural-Siberia»— fue el antecedente inmediato y el modelo de la colectivización, que se implementó desde fines del año siguiente<sup>4</sup>.

El proceso lanzado por Stalin consistió en la brutal puesta en ejecución de una decisión adoptada desde las más altas esferas del poder, justificada por una supuesta voluntad de los campesinos pobres de ocupar la tierra de los propietarios «ricos». Para impulsar este proceso de «liquidación de los *kulaki* como clase» y de colectivización masiva fueron reclutados miembros de la vanguardia del partido, activistas con experiencia durante la revolución y la Guerra Civil. El objetivo de esta operación, que involucró a más de 25.000 militantes cuidadosamente seleccionados, fue representar los intereses del gobierno en un ámbito en el que los funcionarios rurales eran percibidos como incompetentes o políticamente sospechosos. Los militantes enviados fueron simultáneamente la avanzada de una «revolución desde arriba» y la última expresión del fervor revolucionario de la vanguardia obrera que tomó el poder en 1917<sup>5</sup>. Su tarea principal consistió en administrar las primeras granjas colectivas utilizando su experiencia como trabajadores fabriles, respondiendo a las instrucciones recibidas desde el gobierno.

El accionar de estos enviados condujo a que la colectivización consistiera en el despliegue extremo de la estrategia orientada hacia el desarrollo industrial a expensas del campo, que había sido el núcleo de las posturas económicas de quienes se oponían a Stalin. El resentimiento de muchos dirigentes bolcheviques hacia el campesinado individual, considerado tradicionalmente el enemigo de la revolución, y la actuación de sectores marginales que aprovecharon el caos en su beneficio personal condujeron a que la colectivización constituyera una tremenda tragedia.

La apertura de archivos realizada en la ex Unión Soviética tras los sucesos de 1989-91 ha permitido a los investigadores disponer de abundante material relacionado con esa realidad. La primera etapa, desarrollada con gran rapidez, consistió en la liquidación de los sectores más prósperos del campesinado, divididos en tres categorías de acuerdo a su postura política respecto del régimen: un número relativamente reducido —alrededor de 50-60 miles de personas catalogadas como «activistas contrarrevolucionarios»— fue condenado a muerte o encarcelado. Una segunda categoría, aproxima-

damente un cuarto de millón de familias definidas como poco adictas, fueron deportados al norte de Rusia, a Siberia y a Asia central; miles murieron durante el traslado. El resto —entre 400.000 y 850.000 campesinos—, considerado relativamente «leal al poder soviético», sufrió sin embargo la confiscación de sus tierras y la reubicación en parcelas de menor tamaño y productividad.

Para el resto del campesinado, el proceso se desarrolló en principio de manera acelerada: en octubre de 1929 el número de campesinos colectivizados era de alrededor de 2 millones; seis meses más tarde este número había crecido hasta 15 millones, pero en ese momento (marzo de 1930), el caos que se generó condujo a una disminución en el ritmo, originada por un artículo escrito por Stalin, titulado «El aturdimiento del éxito», en el que afirmaba que el tránsito al socialismo podía considerarse asegurado pero llamaba la atención sobre las distorsiones que producía una operación realizada de manera tan vertiginosa. Con mucho cinismo argumentaba que el éxito de la colectivización residía en que era un proceso voluntario, y en adelante se autorizaba a que los campesinos abandonaran las granjas colectivas si así lo deseaban. Sin embargo, se trataba solamente de un respiro destinado a asegurar que se recogiera la cosecha. En los dos años siguientes, se concretó lo que Conquest ha denominado «el fin del campesinado libre»<sup>6</sup>; la presión sobre quienes todavía no se habían incorporado a las granjas se tornó insoportable.

Esta política soviética se enfrentó con una vigorosa oposición en varias regiones, con la participación de más de 2 millones de campesinos; la mayor parte de ellos sentía que estaba sufriendo una situación de servidumbre comparable a la que habían experimentado sus antecesores. Entre 1929 y 1930 el gobierno informó de la existencia de más de 22.000 actos terroristas<sup>7</sup>. Se trataba, de acuerdo a las investigaciones actuales, de la continuidad de la resistencia que se había manifestado a principios de la década de 1920. Años más tarde, Stalin comparó la guerra de esos años contra los campesinos con la experiencia de la guerra con los alemanes.

En el medio de este enfrentamiento, la política de abastecimientos se desequilibró: en 1932, la confiscación de buena parte de la producción dispuesta por el gobierno terminó generando un hambre que alcanzó niveles catastróficos —se afirma que es la mayor hambruna producida en Europa en tiempos de paz—, potenciado por los mediocres resultados de la cosecha en ese año. Los cálculos trepan en algún caso hasta más de 5 millones de víctimas, fruto además de la política deliberada de explotar al campo para alimentar al ejército y desarrollar la industria, incluso exportando cereales para disponer de divisas<sup>8</sup>.

A principios de 1935 el campo estaba casi totalmente colectivizado: 240.000 granjas colectivas —granjas cooperativas (*kolj佐i*) y granjas estatales (*sov佐i*)— habían reemplazado a las 20 millones de parcelas familiares

existentes en 1929; la resistencia campesina se había quebrado y el Estado asumió con todas sus consecuencias el objetivo de impulsar la industria pesada; el sector agrario se limitó a proveer alimentos baratos sin posibilidad de equiparse para alcanzar un aumento significativo de la productividad. Asimismo, la producción de bienes de consumo y el comercio fueron pasando de manera progresiva a manos gubernamentales.

La revisión del tema no puede completarse sin hacer referencia al hecho de que el sector campesino pudo sobrevivir al proceso de colectivización gracias a que fue tolerado y luego reglamentado el cultivo de las parcelas privadas que mantenía en su poder cada familia colectivizada, y cuya producción podía venderse en un mercado libre. La importancia de los recursos obtenidos por esta vía no ha sido objeto de cálculo fiable pero constituyó un elemento que ha aparecido en los debates sobre los mecanismos del proceso de financiación del desarrollo industrial.

Con la colectivización del campo y la puesta en marcha de la planificación, la Revolución Bolchevique tomó un rumbo definido, el «gran salto adelante», que se caracterizó por el comando centralizado de la economía. Los rasgos principales de éste fueron: el carácter imperativo y detallado del plan; el uso de una administración centralizada que operaba como un sistema de racionamiento; el papel subordinado de los mecanismos de mercado, incluso en los temas vinculados con la provisión de trabajadores; una organización jerárquica en la conducción de las empresas; la presencia coercitiva del Estado como organizador de la economía, manifestada en sus amplios controles sobre todas las esferas de la vida de los ciudadanos. Es preciso además puntualizar que el proceso se llevó a cabo en una situación de aislamiento casi total respecto del mundo capitalista, lo que limitó en gran medida el acceso a la tecnología avanzada que se utilizaba en los procesos productivos occidentales<sup>9</sup>.

Los resultados del Primer Plan Quinquenal (1928-1932) están fuertemente afectados por las limitaciones de las estadísticas, que tienden a «inflar» los valores como consecuencia de la metodología empleada, situación que dio como resultado, para poner sólo un ejemplo, que se superaron las previsiones en el sector de maquinarias, mientras la producción de metales y petróleo estuvo muy por debajo de las cifras del plan original, de manera que en realidad no existieron los elementos necesarios para fabricar el número inusitado de máquinas que supuestamente se habían producido<sup>10</sup>.

De cualquier manera, no quedan dudas respecto de que la industrialización experimentó un gran impulso: rubros como turbinas, tractores, máquinas-herramientas, crecieron de manera impresionante. El aumento de la producción de carbón y petróleo, y la construcción de una red de centrales eléctricas aportaron la energía suficiente para apuntalar ese crecimiento.

miento. La ejecución de proyectos monumentales fue una de las características destacadas: se construyó la central hidroeléctrica más grande del mundo en el río Dnieper, la mayor planta siderúrgica en la ciudad de Magnitogorsk, y se excavó, en tiempo récord, el canal del Mar Blanco, que comunicó a éste con el Mar Báltico.

Como surgía del plan, se produjeron profundos desequilibrios entre la expansión en la fabricación de bienes de equipo y la de bienes de consumo: la participación del sector industrial en la producción total pasó del 34,8% en 1928 al 45,3% en 1932 (y al 62,7% en 1940); a su vez, la relación entre la fabricación de bienes de producción y de bienes de consumo favoreció rotundamente a los primeros: constituyan el 40% del total de la producción industrial en 1928, el 53% en 1932 y el 60% en 1940<sup>11</sup>.

Las cifras globales llevaron al gobierno a sostener que el Primer Plan Quinquenal había sido un éxito. La dinámica industrializadora condujo a que en pocos años desapareciera el desempleo, absorbiendo la industria y la construcción gran cantidad de trabajadores. Asimismo, adquirió un volumen excepcional el empleo de mano de obra femenina demandada por la expansión, aumentando del 24 al 39 su porcentaje respecto del total de trabajadores entre 1928 y 1940.

Una de las preguntas inevitables —¿cómo se financió la industrialización?— ha dado lugar a intensos debates todavía vigentes. La explicación convencional sobre el tema era que la colectivización fue la aplicación de las ideas de Preobrazenski, a la que se le sumó la coerción para asegurar el «éxito». Como consecuencia, pudo concretarse la utilización de los excedentes campesinos para apuntalar el crecimiento de la industria. En un texto muy difundido publicado a principios de la década de 1960, titulado *¿Stalin fue realmente necesario?*, el conocido experto en economía soviética Alec Nove defendía esta interpretación sosteniendo que la colectivización fue la única vía posible para desarrollar el proceso de industrialización.

La respuesta, concretada unos años más tarde, provino de un investigador norteamericano, James Millar, y de otro soviético, A. A. Barsov, por lo que se habla de la hipótesis «Millar-Barsov»<sup>12</sup>. Ambos, por caminos diferentes, impugnaron lo que Millar denominó «la interpretación standard», afirmando que «la agricultura soviética no contribuyó de manera significativa al proceso de industrialización durante el Primer Plan Quinquenal». A partir de sus estudios sostienen que la evolución de los términos de intercambio entre los precios industriales y los agrarios durante la colectivización no fue desfavorable para estos últimos, y en algunos casos incluso resultaron favorables. La acumulación de capital que impulsó el desarrollo industrial, en sus análisis, provino fundamentalmente de la explotación de los trabajadores urbanos, incluidos quienes emigraron a las ciudades provenientes del campo.

El debate tomó un nuevo rumbo con motivo de la discusión respecto de la viabilidad de la NEP como camino para concretar la industrialización. Partiendo de la búsqueda de posibles alternativas a la planificación stalinista, los estudios cuantitativos realizados por Hunter y Szrymer<sup>13</sup>, destinados a probar la compatibilidad de la NEP con la industrialización a largo plazo, reforzaron la argumentación de la «hipótesis Millar-Barsov» al afirmar enfáticamente, luego de sus análisis, que «la agricultura colectivizada no generó un excedente que pudiera contribuir a la financiación de la industria pesada».

Un aporte reciente es el realizado por Robert C. Allen<sup>14</sup>, quien desplegó elaborados argumentos de orden cuantitativo para fundamentar algunas hipótesis «fuertes», entre las cuales, en relación con el tema que estamos tratando, se destaca la que afirma que si bien la colectivización en sí misma realizó «una modesta contribución al crecimiento», la presión impositiva ejercida sobre los campesinos produjo una transferencia neta de recursos del sector agrario al Estado a los efectos de financiar la industrialización; de esta manera retomaba el tema desde la perspectiva de Preobrazhenski.

El período comprendido entre 1933 y junio de 1941, fecha en que se produjo la invasión alemana a la Unión Soviética, estuvo caracterizado por la continuidad de la estrategia basada en la planificación. En alguna medida, el hambre de 1933 y los excesos de exigencias que surgieron de las presiones para el cumplimiento del Primer Plan Quinquenal llevaron a que el Segundo Plan se propusiera objetivos más realistas: no sólo los niveles de producción se moderaron en su crecimiento sino que también la tasa de inversión en la industria fue reducida por primera vez desde la década de 1920. En la declaración de intenciones del plan se destacaban tres principios: la consolidación de los logros alcanzados, el incremento de la formación de los trabajadores para un uso adecuado de la tecnología, y la mejora en los niveles de vida. En este último aspecto, las privaciones a las que se vio sometida la población llevaron a que se pensara en mitigar los excesos de la colectivización y se planteara un significativo aumento de los salarios reales en la industria. Sin embargo, la realidad mostró que si bien lo peor respecto de la situación de los trabajadores ya había sido superado, los planes referentes a los bienes de consumo, las viviendas y los salarios reales no se cumplieron, poniéndose el acento nuevamente en la industria pesada, potenciada por el rápido aumento de los gastos militares impulsado desde 1933.

De cualquier manera, tras el freno verificado en ese año, los tres siguientes se caracterizaron por una espectacular expansión (véase más adelante cuadro N° 2, en página 140), fundamentada en la puesta en operaciones de muchas de las fábricas instaladas durante el período inmediatamente anterior, y en una parcial recuperación de la agricultura tras el desastre de los años de la colectivización.

La diversificación en la producción industrial permitió limitar la importación de maquinaria, que había sido una de las características del Primer Plan. Otro de los rasgos de esos años fue el aumento de la productividad del conjunto de la economía. Este logro significativo está directamente relacionado con la profundización de políticas ya aplicadas en los años anteriores como el establecimiento de salarios diferenciales, el otorgamiento de incentivos, y la puesta en ejecución de programas destinados a la formación profesional de la mano de obra. Uno de los factores que contribuyó a la mejora de la productividad fue el llamado movimiento *stajanovista*. Se trata sin duda de un fenómeno complejo, cuyo origen se encuentra en las características que tomó el régimen laboral durante el Primer Plan Quinquenal<sup>15</sup>. La cuestión estaba muy claramente definida: si se aspiraba a cumplir un acelerado programa de producción debía aumentarse la tasa de explotación de la fuerza de trabajo. Las otras opciones, equipamiento tecnológico y mejoramiento de la eficiencia, no fueron posibles: lo primero porque los recursos para importar maquinaria no alcanzaron un nivel significativo —la tecnología soviética estaba por demás retrasada—, y lo segundo porque el accionar de los trabajadores limitaba al máximo cualquier intento de aumentar la productividad. Éstos, impedidos de reaccionar de manera colectiva, lo hicieron en forma individual aprovechando las deficiencias del sistema —tardanza en la llegada de materias primas, falta de coordinación en la tarea productiva— para limitar su aporte laboral escapando parcialmente a las exigencias disciplinarias provenientes de la superioridad<sup>16</sup>. El camino fue entonces profundizar lo que se llamó la «competencia socialista», alentando una mayor producción y una disminución de costos. El nombre del movimiento proviene de un minero de la región de Donbass, Alexi Stajanov, que en septiembre de 1935 llegó a superar con un trabajo organizado de la cuadrilla a su mando, catorce veces lo que establecía la norma de producción. El gobierno captó las posibilidades que emergían de la situación y entre los principales dirigentes del partido surgió la idea de extenderla a otras ramas de la industria. De esta manera el régimen encontró un camino para intensificar la producción, ante la falta de otros medios para forzar la disminución de los costos. La propaganda insistía en que a favor de la mayor productividad brindada por la difusión de los métodos del *stajanovismo*, la Unión Soviética se transformaría en «el país más próspero del mundo». En otro orden de cosas, su aplicación generalizada amplió aún más las diferencias entre los sectores trabajadores, potenciando la existencia de un sector de privilegiados que constituían los arquetipos del «socialismo triunfante».

Los años de vigencia del Tercer Plan Quinquenal (1938-1942), interrumpido por la invasión alemana, estuvieron caracterizados en el terreno económico por dos circunstancias extraeconómicas: las «purgas» realizadas

por el régimen en los años 1937-38, que incluyeron el arresto masivo de economistas, administradores de empresas y operarios calificados afectando el desarrollo de la producción, y el incremento de los gastos de guerra a causa de la creciente tensión internacional ocasionada por la amenaza nazi. Las consecuencias fueron variadas: un freno en el crecimiento económico ocasionado por la desorganización del sistema de planificación frente a las necesidades de desplazar la producción industrial hacia los armamentos; un reforzamiento de los lazos de sujeción de los trabajadores por medio de una legislación laboral extremadamente dura; una declinación general en los niveles de vida, y asimismo la continuidad de una política agraria subordinada a los intereses de la industria y de los consumidores urbanos de alimentos.

En junio de 1941, finalmente se concretó uno de los temores que había llevado a los bolcheviques a plantearse el objetivo de una rápida industrialización: la invasión por parte de una potencia capitalista. La decisión de Hitler le otorgó valor profético a un discurso pronunciado por Stalin en 1931, cuando afirmó que la brecha respecto de los países capitalistas avanzados debía cerrarse en no más de diez años porque en caso contrario serían arrasados.

Las estadísticas disponibles dan cuenta de los favorables resultados de la industrialización stalinista. El cuadro N° 2 (en página siguiente) no sólo muestra el crecimiento acelerado del PBI entre 1928 y 1940 sino que también ilustra cómo, en el marco de la profunda crisis experimentada por el capitalismo en la década de 1930, se produjo un acortamiento de la distancia que separaba a la URSS respecto de los Estados Unidos, proceso que se detuvo y comenzó a cambiar de signo como consecuencia del efecto favorable que tuvo la Segunda Guerra Mundial sobre la economía estadounidense. En cuanto al PBI por habitante la tasa de crecimiento entre los mismos años alcanzó el 3,4% anual, un porcentaje inusitadamente alto en un período de profunda crisis mundial<sup>17</sup>.

Sin embargo, es fundamental precisar las bases sobre las que se asentó ese éxito de la planificación «despótica» implantada por Stalin para percibir con claridad las limitaciones que con tanta fuerza se manifestaron más tarde. Ellas fueron:

- 1) la utilización masiva de mano de obra incorporada al mercado de trabajo a muy bajo costo, incapaz, a pesar de las dimensiones de la demanda, de oponer en el largo plazo resistencia en forma organizada a las presiones orientadas a intensificar su trabajo;
- 2) la disponibilidad de enormes cantidades de capital, obtenido por medio de los diferentes mecanismos que hemos descrito, que per-

CUADRO N° 2  
Evolución del PBI de la Unión Soviética y de Estados Unidos, 1928-1940  
(Miles de millones de dólares de 1990)

Año	URSS (1)	EE.UU. (2)	Rel. (2)/(1)
1928	231.886	794.700	3,42
1929	238.392	843.334	—
1930	252.333	768.314	—
1931	257.213	709.332	—
1932	254.424	615.686	—
1933	264.880	602.751	—
1934	290.903	649.316	2,23
1935	334.818	698.984	—
1936	361.306	798.322	—
1937	398.017	832.469	—
1938	405.220	799.357	1,97
1939	430.314	862.995	2,00
1940	420.091	929.737	2,21

Fuente: Maddison (2003).

mitió el despliegue de una industrialización de base «extensiva» dirigida a la fabricación de bienes de capital, caracterizada además por una preocupación excluyente por sus aspectos técnicos con descuido total de sus implicancias sociales;

- 3) la utilización abusiva de los amplios recursos naturales disponibles, llevándola hasta el extremo de producir un tremendo e irreversible deterioro del medio ambiente.

### El «Gran Terror»

El proceso que condujo a Stalin a la dictadura y al ejercicio sistemático del terror se extendió a lo largo de varios años. A principios de la década de 1930 los cuestionamientos a la colectivización y a la industrialización provenientes de dirigentes del partido eran respondidos removiéndolos de sus puestos, y en algunos casos procediendo a encarcelarlos, pero en general se cumplía la máxima de Lenin de que la pena de muerte no era aplicable a los camaradas del partido de alto nivel<sup>18</sup>. El «caso Ryu-

tin» fue el de mayor repercusión: se trataba de un grupo formado alrededor del dirigente M. N. Ryutin, quien a mediados de 1932 dio a conocer un extenso documento en el que, desde un punto de vista cercano al de Bujarin, calificaba a Stalin de «genio del mal de la Revolución Rusa que, motivado por su ansia de poder y venganza, ha llevado a la revolución al borde de su destrucción»<sup>19</sup>. Pese a que éste intentó castigarlo con la pena de muerte, la mayoría del *Politburó*, aparentemente liderada por Sergei Kirov (primer secretario del partido en Leningrado), se negó, y únicamente fue expulsado del partido, aunque dio la excusa para la realización de una primera purga dentro de éste. Evidentemente, en esos años había un numeroso núcleo de dirigentes dispuesto a oponerse a Stalin, y en la cúpula del partido su política dura no era mayoritaria; además, entre la sociedad —sobre todo en el campo— era muy impopular.

La ya utilizada técnica de utilizar el sabotaje como argumento para justificar todos los problemas existentes se convirtió en un elemento fundamental para impulsar la represión. Stalin afirmaba que «a medida que se avanzaba hacia el socialismo se hacía más evidente el carácter contrarrevolucionario de toda tendencia opositora». Se creó una atmósfera de sospecha y temor en la que todos fueron incitados a denunciar a los «enemigos del pueblo»: 800.000 miembros del partido fueron expulsados en 1933 y 340.000 más durante el año siguiente.

Algunos autores<sup>20</sup> han destacado últimamente el profundo impacto que produjo en Stalin el suicidio de su segunda esposa, Nadezhda Alliluyeva, que le había manifestado con frecuencia el disgusto que le producía el rumbo que había tomado la situación con la colectivización forzosa. Se afirma que a partir de ese acontecimiento Stalin endureció aún más su carácter y se mostró dispuesto a impulsar un incremento casi sin límites de la actividad represiva.

A partir de 1934, cuando la situación económica experimentó una mejora, se produjo una relajación en la persecución política: los dirigentes más moderados, entre los que se destacaba claramente Kirov, impulsaron una serie de concesiones que buscaban mejorar las relaciones entre el gobierno y la sociedad, cuyo resultado visible fue un incremento de la popularidad de Stalin.

Sin embargo, en la cúpula continuaban los enfrentamientos, y en ellos Stalin no siempre resultaba triunfador; la figura de Kirov concitaba un amplio consenso entre la dirigencia, y en las elecciones realizadas en 1934 para renovar el Comité Central del partido, Stalin sacó apenas el número de votos necesario para mantenerse como integrante; daba toda la impresión de que la estrella del líder estaba declinando.

El 1º de diciembre de 1934 un joven integrante del partido, Leonid Nikolaev, asesinó en Leningrado a Kirov en circunstancias sospechosas, y ese acontecimiento fue el punto de partida para el desencadenamiento del llamado «Gran Terror», aunque los años más terribles estaban aún por llegar. Stalin

utilizó ese crimen como prueba para afirmar que había un extendido complot que no sólo había acabado con Kirov sino que también estaba dirigido contra él; en las semanas siguientes fueron ajusticiados trece integrantes del llamado «Centro de Leningrado», incluido al mismo Nikolaev. Las sospechas respecto de la responsabilidad de Stalin en este crimen han dado lugar a una abundante bibliografía<sup>21</sup>, y aunque las pruebas no resultan concluyentes resulta difícil evitar la conclusión de que el crimen lo favoreció: no sólo desapareció su principal competidor sino que le dio la oportunidad de desplegar su política de destrucción de quienes sospechaba que podían oponerse a su poder. Durante los cuatro años siguientes se llevó a cabo una campaña de represión que, inicialmente dirigida hacia los principales dirigentes del partido, se extendió luego hacia todos los ámbitos de la sociedad soviética.

Las interpretaciones de los historiadores del Gran Terror pueden dividirse en dos grandes corrientes: 1) la concepción denominada por algunos «intencionalista», y por otros «totalitaria», que atribuye toda la responsabilidad a Stalin y su ambición de poder; el objetivo del terror masivo fue entonces el de generar obediencia en los sobrevivientes y consolidar la posición del líder en el marco de una dictadura totalitaria<sup>22</sup>; 2) por el contrario, desde el punto de vista «revisionista», asimilable a las interpretaciones «estructuralistas» del fenómeno nazi, se ha argumentado que las purgas fueron una forma extrema despiadada, de lucha política; la importancia de Stalin en todo el proceso es reducida al sostener que fueron los temores obsesivos de todos los líderes los que generaron el terror<sup>23</sup>. En esa línea, se pone el acento en el hecho de que la mentalidad revolucionaria se construye a partir de la sospecha de que enemigos externos e internos están continuamente conspirando, y en este clima particular se está dispuesto a aceptar la idea de que es preferible matar a diez inocentes antes que dejar libre a un culpable. En los últimos años de su vida Molotov defendía la represión con el argumento de: «era extremadamente difícil llegar a la verdad. Obviamente, uno o dos de cada diez fueron erróneamente condenados pero el resto recibió su justo castigo»<sup>24</sup>.

La posibilidad de acceder a documentos antes ocultos a la investigación ha permitido realizar en los últimos años estudios de importancia sobre el tema, que aclararon ciertas cuestiones en discusión y dieron lugar al surgimiento de otros argumentos explicativos<sup>25</sup>, aunque la teoría totalitaria continúa manteniendo sus defensores<sup>26</sup>. Existe, sin embargo, un consenso bastante amplio sobre algunas cuestiones:

- no queda duda alguna respecto de la responsabilidad directa de Stalin en la organización de la represión;
- se afirma que su comportamiento —compartido por la dirigencia— estuvo motivado por la necesidad de acabar con todo potencial ene-

migo interior —la «quinta columna»— frente a la eventualidad de una guerra con las potencias capitalistas;

- la intensificación de la represión se vincula asimismo con los problemas económicos que emergieron a partir de 1936, incluida la peor cosecha desde 1932-33, en tanto activó la lucha contra presuntos saboteadores;
- el Gran Terror fue la particular manera por la que Stalin intentó resolver el tema de la lucha de clases en la URSS, «derrotando a los restos de las antiguas clases dominantes y defendiéndose de la agresión imperialista»;
- por medio de la represión masiva se realizó una renovación de la élite encargada de la gestión política; el líder se aseguró así la desaparición de los restos de la «vieja guardia bolchevique».

Las primeras víctimas importantes de la persecución fueron Zinóiev y Kámenev, acusados de complicidad en el asesinato de Kirov, a lo que siguieron miles de arrestos y deportaciones. Nuevos y rotundos castigos fueron establecidos para los «enemigos del partido y de la clase trabajadora», incluidos la pena de muerte para mayores de 12 años por delitos tan «graves» como abandonar sus lugares de residencia sin permiso.

Todos los especialistas coinciden en sostener que la etapa más dura del Gran Terror se inició a mediados de 1936, cuando Stalin ordenó a la policía secreta soviética la puesta en marcha de un nuevo juicio político contra el «bloque contrarrevolucionario trotskista-zinovievista», un vasto complot supuestamente liderado por Trotsky, que incluía a estudiantes, dirigentes y viejos bolcheviques. Protagonista principal en esos años fue Nicolái Yezhov, designado comisario del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), en septiembre de 1936<sup>27</sup>, quien le imprimió un tono particularmente arbitrario a todo el operativo, hasta el punto de que algunos autores afirman que su tarea fue fundamental en el desencadenamiento del Gran Terror. La mayor parte de las evidencias fueron fabricadas pero resultaron suficientes para desencadenar una persecución, que se inició con dirigentes como Kámenev y Zinóiev, quienes ya estaban encarcelados, a los que ahora se los acusó de complicidad con Trotsky. Obligados a confesar, ambos fueron condenados a muerte junto con varios familiares.

Poco tiempo más tarde, bolcheviques de la primera hora como Mijaíl Tomski —que se suicidó—, Pyatakov —citado por Lenin en su Testamento—, Sokolnikov —firmante del Tratado de Brest-Litovsk y luego comisario de Finanzas durante el Primer Plan Quinquenal—, así como otros protagonistas relevantes de los primeros años de la revolución, fueron juzgados y ajusticiados, acusados de pertenecer a un «Centro Antisoviético Trotskista»; la conspiración parecía llegar a todos los ámbitos de la sociedad.

Otro objetivo de Stalin fueron las fuerzas armadas: a partir de junio de 1937 numerosos oficiales fueron encarcelados, torturados y ejecutados. La existencia o no de un complot militar ha sido objeto de largo debate y no hay evidencia definitiva; lo concreto es que con estas operaciones el dictador previno cualquier posibilidad de desestabilización por parte de los hombres de armas. Se ha dicho que Stalin mató más generales y comandantes de los que murieron en la Segunda Guerra Mundial: 15 (de 16) generales del más alto rango; 60 (de 67) comandantes con mando sobre cuerpos; 136 (de 199) comandantes de división. Además, 37.000 oficiales fueron arrestados y enviados a campos de concentración.

El clímax del Gran Terror se alcanzó a principios de 1938 con el llamado «juicio a los 21», que incluía a Bujarin, Rykov y un grupo de lo que había constituido a fines de la década de 1920 la oposición de derecha. Para que el primero confesara todos los crímenes que se le achacaban —desde participar de un complot para matar a Lenin y Stalin en los primeros tiempos de la revolución hasta asesinar a Kirov— se amenazó a su mujer y a su hijo. Finalmente, 19 de los 21 acusados fueron ajusticiados, incluyendo a quien, como Bujarin, había sido uno de los más respetados dirigentes de la revolución.

Los juicios dirigidos en contra de dirigentes relevantes del partido o prestigiosos generales eran sólo la «punta del iceberg»: cientos de miles de ciudadanos soviéticos en todo el territorio fueron encarcelados por diferentes motivos, y muchos de ellos ejecutados. Asimismo, fueron objeto de ataque dirigentes de las diferentes repúblicas soviéticas, consumando la subordinación de éstas al gobierno de Moscú.

La apertura de los archivos de la ex Unión Soviética ha permitido conocer porciones de esa realidad menos visible. Existió una avalancha de denuncias, acusaciones, detenciones; como afirmó un dirigente, el objetivo era «desenmascarar a todo aquel que haya tenido vinculaciones con el trotskismo en el pasado, sin importar si estas conexiones han sido directas o indirectas». Esposas, hijos, hermanos, amigos, fueron detenidos y enviados a la cárcel.

En el XVIII Congreso del partido celebrado en marzo de 1939, Stalin anunció el fin de las purgas, incluso pudo hablar allí de los excesos cometidos por Yezhov, reemplazado en diciembre de 1938 por Lavrenti Beria. A pesar de que se conservaban las formas políticas, el partido era muy diferente respecto del XVII Congreso de 1934: 98 de los 139 dirigentes elegidos en el Congreso de ese año habían sido eliminados; el 60% de los integrantes del partido ya no pertenecían a él, y sólo el 19% había ingresado al partido antes de 1921. Era el triunfo completo de la nueva generación creada por Stalin y la desaparición física de la vieja guardia bolchevique.

Los estudios cuantitativos respecto de la represión han permitido fijarse una idea de las dimensiones de ésta para el conjunto de la sociedad

soviética. En este aspecto, las cifras más ajustadas provienen de las fuentes de la KGB, dadas a conocer a principios de la década de 1990; de acuerdo con ellas, en los años 1937-1938 fueron ejecutadas 681.692 personas. En un registro más amplio, entre 1930 y 1953 fueron condenadas por actividades contrarrevolucionarias o delitos contra el Estado 3.778.234 personas, de las cuales 786.000 fueron condenadas a muerte<sup>28</sup>.

Mucho más difícil es establecer con cierta precisión el número de personas que en algún momento fueron detenidas por el régimen: como se aprecia más abajo, las cifras correspondientes a quienes pasaron por el Gulag se han establecido con cierta precisión, pero no está incluida la cantidad de ciudadanos soviéticos que fueron privados de su libertad a lo largo del casi cuarto de siglo dominado por la figura de Stalin.

#### EL GULAG

El acrónimo Gulag («Administración Central de los Campos») designa el amplio sistema de prisiones, campos de concentración, hospitales psiquiátricos y laboratorios especiales que alojaban a los millones de prisioneros del stalinismo. El organismo fue creado en 1929, aunque la existencia de los campos de concentración es anterior<sup>29</sup> y dependió desde 1934 del Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos.

El objetivo de la creación del Gulag fue la utilización de los prisioneros como mano de obra sometida a regímenes de trabajo forzado a los efectos de desarrollar grandes obras y explotación de recursos en zonas remotas de la URSS. La economía basada en la utilización de mano de obra convicta alcanzó gran impulso a partir de la construcción del canal que unía el Mar Báltico con el Blanco: el hecho de que este gigantesco emprendimiento se terminara en dos años, utilizando más de 100.000 trabajadores, mostró las «ventajas» del sistema e impulsó la multiplicación de los campos. En buena medida, puede decirse que el Gulag fue consecuencia de la colectivización, de las grandes purgas y de las repercusiones de la Segunda Guerra Mundial sobre la actividad económica. Stalin vio la oportunidad de extraer excedentes de la gran cantidad de reclusos —en algún momento llegó a ser aproximadamente el 2% de la fuerza de trabajo total de la URSS— de la misma manera que se obtenía de los campesinos.

El número de reclusos alojados en los campos y en las colonias<sup>30</sup> fue variable (véase cuadro N° 3, en página siguiente):

La distribución de los campos se realizó vinculándola con proyectos de construcción de canales, tendido de vías férreas o la explotación de recursos mineros.

El control de esta enorme cantidad de mano de obra puso en primer plano el problema de la seguridad. Cuantos más prisioneros eran demandados para

CUADRO N° 3  
Informe sobre el número de prisioneros en campos de la NKVD  
Confidencial

Año	Al 1º de enero	Promedio anual
1930	179.000	190.000
1931	212.000	245.000
1932	268.700	271.000
1933	334.300	456.000
1934	510.307	620.000
1935	725.483	794.000
1936	839.406	836.000
1937	820.881	994.000
1938	996.367	1.313.000
1939	1.317.195	1.340.000
1940	1.344.408	1.400.000
1941	1.500.524	1.560.000

Fuente: Khlevniuk (2004).

trabajar, con la movilidad consiguiente, menor era la seguridad de la empresa; los que eran contratados para trabajar en instituciones y empresas civiles eran los más difíciles de cuidar y de mantener aislados del resto de la población.

El conocimiento de la realidad de los campos se debe en buena medida a las obras de Alexander Solzhenitsyn. Tanto *Un día en la vida de Iván Denisovich*, publicada durante la época de Kruschov, como *Archipiélago Gulag*, del año 1973, se convirtieron en testimonios tremendos de los métodos de represión del stalinismo, y cuya verdadera magnitud sólo pudo ser percibida por la sociedad soviética una vez producida la muerte del dictador.

La revisión reciente de la documentación vinculada con el Gulag y, su consecuencia, la publicación de importantes obras sobre el tema<sup>31</sup>, han permitido detectar dos rasgos característicos de su funcionamiento: 1) su estructura y estrategia estuvo dictada por la estrategia política del régimen (estos, de Stalin); 2) hubo una tensión continua provocada por el hecho de que por un lado se encontraba su función económica —la provisión de trabajadores a bajo costo—, y por otro la necesidad de aislar a los reclusos del resto de la sociedad y evitar las huidas.

Por supuesto, la existencia e importancia del Gulag introdujo en los ámbitos académicos y políticos el debate respecto de su comparación con los cam-

pos de concentración nazis. La equiparación Gulag=Auschwitz resultaba enormemente atractiva para quienes veían en el comunismo la encarnación misma del mal, y forma parte de la interpretación «totalitaria» del stalinismo (véase más adelante el apartado «El stalinismo en la historiografía»).

## La Constitución de 1936

Mientras el «Gran Terror» se encontraba en su fase más dramática y represiva, el régimen puso manos a la obra en la discusión y promulgación de un nuevo instrumento constitucional que reflejara los avances que supuestamente se habían producido en el tránsito hacia el socialismo. Las propuestas, presentadas por Stalin, Radek y Bujarin, fueron sometidas a debate a mediados de 1936, y seis meses más tarde la sancionó un Congreso extraordinario de los Soviets. La Constitución de 1936, «la más democrática del mundo», en palabras de Stalin, establecía un sistema bicameral, compuesto por el Soviet de la Unión y el Soviet de las Nacionalidades, denominados colectivamente Soviet Supremo de la URSS. Los diputados que integraban el Soviet de la Unión eran elegidos por los ciudadanos (1 diputado por cada 300.000 votantes), mientras que el Soviet de las Nacionalidades estaba compuesto por representantes de la repúblicas, y de las diferentes administraciones autónomas. Asimismo, inmediatamente después se encontraba el *Presidium* (también llamado *Politburó*), un organismo integrado por 33 miembros elegidos por el Soviet Supremo que conformaban una especie de «Jefe de Estado Colegiado»<sup>32</sup>. Ambos estaban encargados de la función legislativa, mientras que el Poder Ejecutivo recaía sobre el Consejo de Ministros, órgano supremo del poder del Estado.

La nueva constitución establecía que habían sido sentadas las bases del socialismo y que las clases explotadoras habían dejado de existir, reemplazadas por dos clases fraternalmente vinculadas, la clase obrera y el campesinado, en coexistencia armoniosa con la *intelligentsia*, que constituía un estrato antes que una clase, dado que carecía de propiedades.

Es importante destacar que el sistema soviético se define como «popular» en lugar de «proletario», lo que implicaba la renuncia al objetivo comunista de fusionar a obreros, campesinos e intelectuales en una sociedad sin clases.

En el texto se garantizaba la libertad personal, la libertad de prensa, de asociación y de ejercicio del culto; asimismo se establecía el carácter electivo de los cargos a todo nivel. Sin embargo, tras estas enunciaciones de carácter profundamente democrático, se escondía una realidad muy diferente: dado que los comunistas representaban los intereses del conjunto de la sociedad, no había espacio para otros partidos políticos, considerados ilegales, y el derecho a designar candidatos para las elecciones a los soviets correspondía «a las organizaciones de la clase trabajadora», el núcleo diri-

gente del Estado proletario. Por otra parte, las libertades «garantizadas» resultaban una ficción frente a una realidad cotidiana atravesada por diferentes formas de represión.

## La política exterior de Stalin hasta 1941

La respuesta de Stalin a la situación creada en 1927 por la ruptura de relaciones por parte de Gran Bretaña y el desastre sufrido en China, fue doble: por una parte, la idea de una hostilidad internacional apuntó la decisión de impulsar una industrialización acelerada e incrementar el gasto militar. Pero además, la *Komintern* puso en marcha una estrategia más radicalizada, denominada «clase contra clase», uno de cuyos aspectos destacados fue la negativa a establecer alianzas con la socialdemocracia, caracterizada como «socialfascismo».

A lo largo de la década de 1930, la política exterior de la Unión Soviética se vio enfrentada a dos cuestiones: cómo enfrentar al nazismo en el oeste y a Japón en el este. En ambos casos, la seguridad soviética llevó a la búsqueda de alianzas con otros Estados; uno de los problemas residía en que no había unanimidad respecto de quiénes debían ser esos aliados mientras dirigentes como Maxim Litvinov defendían la aproximación a los países capitalistas occidentales, otros, entre los cuales cabe destacar a Víacheslav Molotov, eran partidarios de una aproximación táctica a la Alemania hitleriana.

Los eventos de los primeros años de la década del treinta colocaron a la Unión Soviética en una situación difícil: Japón se embarcó en 1931 en una política expansionista con la anexión de Manchuria, arrebatada a China, lo que constituyó una amenaza para su territorio oriental. A su vez, el ascenso al poder de Adolfo Hitler en enero de 1933 no sólo tuvo como consecuencia la emergencia de una dictadura represiva sino que el régimen nazi aparecía como potencialmente expansionista, y el avance hacia el este era un objetivo conocido del Führer.

Frente a esta realidad internacional amenazadora, Stalin se inclinó hacia la búsqueda de fórmulas de cooperación con los potenciales enemigos de Alemania y, en consonancia, a impulsar desde 1935 en la *Komintern* una política de alianzas destinada a enfrentar el peligro nazi-fascista. La orientación hacia la formación de «frentes populares» tuvo efectiva plasmación en España y Francia, y contribuye a explicar la ayuda soviética a la República Española cuando se produjo el estallido de la guerra civil en 1936. Sin embargo, la cuantía y oportunidad de esa ayuda estuvo siempre condicionada por la evolución de la coyuntura política y los cálculos de Stalin respecto del comportamiento de Francia y Gran Bretaña.

Los sucesos internacionales inmediatamente posteriores, dominados por la política de «apaciguamiento» del nazismo implementada por el gobierno británico, que tuvo su principal concreción en septiembre de 1938 con el Tratado de Munich —por el que los ingleses junto con Francia aceptaban la ocupación alemana de la región de los Sudetes (Checoslovaquia)— llevaron a Stalin a la convicción de que los países occidentales estaban dispuestos a sacrificar a la Unión Soviética, por lo que impulsó una negociación con la Alemania hitleriana, con quien nunca había roto las relaciones comerciales iniciadas en la década anterior.

El pacto de no agresión nazi-soviético, también denominado acuerdo Molotov-Ribbentrop, fue firmado el 23 de agosto de 1939, con un protocolo secreto aprobado por las partes el 28 de septiembre. El documento inicial tenía como núcleo central el Artículo 1º, por el que «las dos partes firmantes acuerdan abstenerse de toda acción agresiva o cualquier ataque en perjuicio de la otra, ya sea en forma individual o aliada con otras potencias». Los aspectos más importantes, sin embargo, se encontraban en el protocolo secreto, en el que se delimitaban las esferas de influencia en Polonia y en la región de los Estados del Báltico.

Sorprendente para muchos, el pacto tuvo un enorme impacto en Occidente. Los partidos comunistas, embarcados de lleno en su estrategia antifascista, de repente se encontraron con la consigna de que el enfrentamiento era una lucha entre dos imperialismos, de la cual había que mantenerse al margen.

El 1º de septiembre el Ejército Alemán invadió Polonia, dando comienzo así a la Segunda Guerra Mundial. Una quincena más tarde, el Ejército Rojo inició su avance sobre el territorio polaco que le había correspondido en el acuerdo con Alemania. Desde esos momentos hasta el 22 de junio de 1941, fecha de la invasión alemana que dio fin al pacto Molotov-Ribbentrop, la política de la Unión Soviética estuvo condicionada por el accionar del ejército de Hitler. Stalin siempre estuvo convencido de que una guerra con Alemania era inevitable, pero sobre todo después del rápido triunfo sobre Francia estuvo dispuesto a mantener a toda costa buenas relaciones con Hitler porque consideraba que necesitaba tiempo para que el Ejército Rojo estuviera en condiciones de combatir con éxito. Las dificultades que mostraron los soviéticos en la invasión de Finlandia, que obligaron a la firma de un tratado de paz sin haber logrado un éxito militar importante, le indicaban que el ejército, afectado por las purgas de los años anteriores, no estaba convenientemente preparado.

La idea de no provocar a Alemania llevó a Stalin a creer realmente que Hitler no iba a atacar de manera inmediata por lo que cometió el error de desoir los informes que advertían desde fines de 1940 sobre los preparativos para la invasión; incluso hasta días antes del operativo el comercio entre ambas potencias se mantuvo activo.

## La sociedad soviética y el stalinismo

¿Cuáles fueron las repercusiones de la implantación del stalinismo en la sociedad soviética?

De acuerdo con los censos de 1926 y 1939, la población aumentó de 148,5 millones a 168,9 millones. Este escaso incremento poblacional ha sido objeto de análisis, llegándose a la conclusión de que hubo un «exceso de defunciones» —hombres, mujeres y niños que murieron prematuramente— de aproximadamente 10 millones de personas (8,5 millones en el período 1927-1936 y 1,5 millones en 1937-1938). Esta debacle demográfica está sin duda asociada a las trágicas dimensiones de la colectivización y del Gran Terror.

Otro de los aspectos a destacar es el incremento de la población urbana, que pasó de 26 millones (18% del total) en 1926, a 56 millones (33%) en 1939. De ese aumento, algo más del 60% estuvo conformado por el fenómeno de la migración campesina, pese a que a partir de 1933 se intentó controlar los movimientos de población por medio de la concesión de pasaportes.

La colectivización iniciada en 1929 tuvo repercusiones profundas: desde la perspectiva del gobierno, el objetivo de las granjas colectivas era garantizar la provisión de granos y eso se consiguió, aunque a un nivel muy modesto, pero el intento afectó a la sociedad campesina de manera mucho más profunda. El encargado de la granja colectiva era generalmente una persona proveniente del exterior, y el campesino pasó a depender también de instituciones estatales como el nuevo distrito rural (*raion*) y las Estaciones de Maquinarias y Tractores que les alquilaban las máquinas para la realización de las tareas agrícolas. Los campesinos se encontraron entonces inmersos en una realidad social más amplia: el proceso de *deskulakización*, las presiones para aumentar la producción y las posibilidades de obtener trabajo en las industrias urbanas explican la importancia alcanzada por el movimiento migratorio hacia las ciudades.

Por su parte, para obtener resultados positivos en el ámbito fabril era indispensable un control estatal estricto sobre la fuerza de trabajo, atacando la cohesión y solidaridad del proletariado. La represión y la política de rígido disciplinamiento fueron los medios empleados para esa tarea. El control centralizado de las empresas quitó toda posibilidad a los trabajadores de participar en las decisiones vinculadas con la producción. Surgió así de manera progresiva una realidad en la que las nuevas generaciones de trabajadores se encontraron en una situación política, económica y laboral en la que se hizo imposible la actuación colectiva en defensa de sus intereses. Habría que agregar que la respuesta articulada por los obreros frente a una realidad

represiva fue la de aprovechar individualmente las posibilidades que emergían de una coyuntura en la que la mano de obra escaseaba: se ejerció un cierto control sobre los procesos de trabajo —organización de las tareas, velocidad en su realización, calidad de los productos— que los administradores debieron aceptar, con el consiguiente estancamiento en los niveles de productividad.

Frente a este panorama, se pusieron en práctica iniciativas como el establecimiento de salarios diferenciales, tomando distancia respecto de las concepciones socialistas tradicionales que insistían en el «igualitarismo». Asimismo, y como vimos, se produjo la introducción de incentivos materiales y no materiales: el fenómeno más conocido fue el *stajanovismo*, cuya difusión por parte del gobierno hizo de los obreros que actuaban de manera similar ejemplos del «nuevo hombre» soviético, héroes civiles que con su accionar señalaban el camino hacia el socialismo. Estas prácticas reforzaron el establecimiento de estructuras jerárquicas entre la clase trabajadora; se verificó entonces una situación en la que miembros individuales de la clase trabajadora, cooptados por el régimen, comenzaron a actuar ejerciendo el control sobre sus antiguos camaradas. De cualquier manera, la industrialización en gran escala significó para millones de personas la inserción en una realidad laboral y profesional que les permitió acceder a nuevas tareas; el bajo nivel económico y social de la mayoría de la población facilitó este ascenso.

Justamente, una de las transformaciones sociales más significativas que se verificaron durante los años del stalinismo fue la emergencia de una nueva élite o *intelligentsia*, si utilizamos esta última expresión para designar a quienes, a partir de una educación diferenciada, ocuparon cargos de dirección en los ámbitos políticos y económicos. Ya desde el Primer Plan Quinquenal hubo un intento consciente de promover una dirigencia que reemplazara a la diezmada «vieja guardia», reclutada entre la clase obrera y el campesinado. Se trataba de crear un nuevo experto, ideológica y técnicamente preparado para conducir el país hacia el socialismo.

Es preciso destacar que en principio era un proceso inevitable, en tanto la industrialización acelerada y la modernización impulsada y dirigida por el Estado dieron lugar a la creación de miles de puestos de trabajo en la administración central y en la dirección de las empresas; la novedad residía en el énfasis en la formación marxista-leninista. Se produjo entonces el comienzo de un importante movimiento de ascenso social que constituyó otro de los cambios importantes que se verificaron durante el período stalinista.

La nueva realidad social dio lugar a lo que algún especialista ha denominado «Big Deal»<sup>33</sup>, un tácito acuerdo establecido entre el régimen y las nuevas clases medias emergentes, que implicaba una postergación de los ideales igualitarios del socialismo en beneficio de los valores materialistas

que eran portados por quienes estaban adquiriendo nuevas posiciones en la estructura social. La acumulación de riqueza personal no sólo se tornó aceptable sino que fue defendida oficialmente contra el cuestionamiento social. Por supuesto, continuó manteniendo su vigencia el discurso comunista de la glorificación del autosacrificio, el colectivismo y el igualitarismo, pero en cada pronunciamiento estos objetivos, como por ejemplo la distribución pública de bienes y servicios, eran trasladados a un futuro que no se vislumbraba cercano.

Los estudios de historia social realizados en las últimas décadas modificaron la visión ampliamente difundida de la época stalinista como una sociedad estática, controlada de forma totalitaria. Una mirada en profundidad permite apreciar que aunque en parte esto es verdad, y sin duda se trataba de uno de los objetivos del régimen, una de las características del período es la existencia de una realidad por demás compleja.

Algunas obras surgidas a partir de la utilización de una nueva y amplia documentación, insisten, desde diferentes perspectivas, en que el Estado stalinista estaba atravesado por numerosas tensiones y contradicciones internas. En otros trabajos se ha argumentado tanto sobre el apoyo con que contaba Stalin en la sociedad, incluso en las tareas de represión, ya que muchos ciudadanos estaban predispuestos a creer que se estaban castigando verdaderos culpables, como en la existencia de diferentes manifestaciones de disconformismo que dieron lugar al surgimiento de una «cultura en la sombra» que sobrevivió incluso en los momentos más duros de la represión estatal<sup>34</sup>. De cualquier manera, estas reacciones eran situaciones excepcionales que se producían en un escenario dominado por la conformidad y la obediencia exterior.

Una de las constantes de la vida cotidiana durante el período dominado por la figura de Stalin fue la escasez generalizada. Las colas se convirtieron en un componente normal del paisaje urbano, y no sólo para la provisión de alimentos. La concentración de la actividad económica en el desarrollo de la industria pesada en perjuicio de la producción de bienes de consumo, y la sucesión de malas cosechas que caracterizó a la década de 1930, empezando por el hambre que agobió a la población en 1932-1933, constituyen una explicación parcial de esta situación. Pero hubo otro factor importante: el rápido crecimiento de la población urbana superó la oferta de alimentos y además generó enormes desajustes en el proceso de distribución. Esta realidad dio lugar al desarrollo de una economía «sumergida», que en cierto modo era una continuación del comercio privado que se desarrolló durante la NEP. La «segunda economía» abarcaba desde operaciones a gran escala que incluían el desvío de gran cantidad de bienes a partir de la implicación

de responsables de las unidades de producción, hasta el accionar de individuos que compraban y vendían distintos productos para obtener un pequeño beneficio. Los mercados de los *koljosi* constituyan un ámbito favorable para la realización de estas operaciones, ya que los productores estaban autorizados para comercializar lo que producían en las porciones de tierra que detentaban de forma individual.

Otro de los recursos con los que los ciudadanos soviéticos intentaban cubrir sus carencias era el uso del sistema conocido en ruso como *blat*, una red informal de personas que, a favor de su influencia en determinados ámbitos, intercambiaban favores, lo que permitía acceder a bienes y servicios —desde alimentos, vestimenta, certificados médicos, plazas en un hospital— que en condiciones normales hubieran sido casi inalcanzables<sup>35</sup>.

El crecimiento de la población urbana además agravó enormemente el problema de la vivienda. El soviet de cada ciudad tenía poder para expulsar residentes y también para ubicar a nuevos residentes en casas ocupadas; como consecuencia, muchas familias que vivían en departamentos considerados demasiado amplios los vieron convertidos en departamentos «comunitarios», compartiendo baños y cocinas.

En la segunda mitad de la década de 1930 la situación pareció mejorar: la provisión de alimentos se incrementó y el racionamiento fue abolido en 1936. El abastecimiento barato de comida en los comedores de fábrica y la entrega de ropa de trabajo fueron beneficios que alcanzaron a la clase obrera. La idea de la existencia de una suerte de «Estado del bienestar» parece la más adecuada manera de definir lo que caracterizó al stalinismo en esos años, aunque dejando en claro las restricciones que imponía a sus beneficiarios.

El stalinismo tuvo también repercusiones en otros terrenos de la vida social, algunas de ellas fuertemente contradictorias:

1) Se produjo un fortalecimiento de la familia tradicional, en abierta contradicción con lo ocurrido, como vimos, durante los primeros años de la revolución, y a pesar de que las mujeres constituyeron una parte importante de la nueva fuerza de trabajo urbano.

En los años del stalinismo, la cultura oficial glorificaba a la familia numerosa y a la maternidad, al tiempo que se hacían difíciles los trámites para el divorcio y el aborto estaba legalmente prohibido. Algunos dirigentes llegaron a afirmar que temían que la desintegración de la familia y la «frivolidad sexual» atentaran contra la construcción del socialismo<sup>36</sup>. Pero la defensa de la familia no implicaba su revalorización: al insistir en la defensa de la vida familiar como instrumento para neutralizar problemas sociales e inculcar disciplina a los ciudadanos, se transformó en una institución destinada

a servir al Estado más que en una esfera privada separada de la intromisión estatal.

Asimismo, los nuevos valores que se intentaba inculcar incluían la higiene, la sobriedad, el trabajo eficiente; en conjunto las normas implantadas desde el poder apuntaban al objetivo de asegurar la salud y capacidad física de la población.

2) Hubo un retorno a los métodos educativos tradicionales dejando de lado algunas de las experiencias innovadoras de los primeros años de la revolución, como parte de un proceso de gran expansión del sistema educativo y de modificación de los métodos de enseñanza. En un país donde a pesar de los avances realizados, el analfabetismo alcanzaba niveles elevadísimos, el gobierno impulsó la enseñanza a todos los niveles, y logró sin duda resultados exitosos en términos cuantitativos. La disciplina y el respeto a los profesores eran valores promovidos desde el poder, con el objetivo mil veces repetido por la propaganda de la construcción del «nuevo hombre soviético», educado de acuerdo a valores —sentido colectivo, solidaridad— opuestos a los que caracterizaban a la sociedad capitalista.

3) A pesar de que la educación atacaba los valores religiosos —la ciencia y la racionalidad iban a triunfar sobre la religión—, de hecho se produjo un incremento de la tolerancia respecto de la Iglesia ortodoxa, lo que se verificó sobre todo, como veremos, cuando en la época de la guerra se utilizó el nacionalismo ruso como arma propagandística para derrotar al invasor nazi.

## La «revolución cultural» del stalinismo

El impacto del stalinismo sobre la sociedad, e incluso sobre la ciencia soviética, fue enorme. La vida cotidiana estuvo atravesada por la presencia del Estado, que intentaba controlar la mayor parte de las actividades de los ciudadanos. La educación, el empleo, la posibilidad de contar con una vivienda, la información, pero también la diversión, el acceso a la cultura, las prácticas religiosas eran todos ámbitos de actuación estatal. Los comunistas se habían propuesto erradicar el «atraso», lo que implicaba atacar el analfabetismo, pero también el comercio privado y la cultura de la pequeña burguesía. El nuevo hombre soviético debía ser educado y «culturizado», y ésta no sólo era tarea de los maestros y profesores sino que también le competía a artistas y escritores atacar con su obra los valores burgueses produciendo obras que glorificaran el sistema soviético; en palabras de Stalin, debían ser «ingenieros del alma». Esta función colocaba a los creadores en situación difícil, ya que no siempre era claro lo que resultaba «socialista» y aceptable para el líder.

En el período 1928-1931, conocido como la «revolución cultural», expresión utilizada por el mismo Stalin, el régimen comenzó a movilizar sistemáticamente a los escritores, artistas y músicos para enfrentar a los «intelectuales burgueses». En ese escenario, la censura se convirtió en uno de los pilares del régimen, desempeñada por una organización específica, la *Glavit* (Administración General de Asuntos Literarios y Editoriales). Una de las características de la censura soviética es que no sólo prescribía *cómo* había que escribir sino que señalaba qué se *tenía* que escribir. La mayoría de la sociedad no sólo escribía sino que, como consecuencia del adoctrinamiento sistemático, también pensaba como el gobierno deseaba que lo hiciera.

La expresión creada como teoría para la esfera del arte fue la de «realismo socialista», que constitúa un código estético normativo del cual no era posible apartarse sin ser castigado. Más allá de definiciones más o menos abstractas, su esencia era, más que su carácter revolucionario o proletario, la subordinación de la creatividad artística a los gustos y objetivos de quienes ejercían el poder, de los círculos burocráticos que lideraban el partido. La novela *La madre*, de Máximo Gorki, fue considerada el primer ejemplo de «realismo socialista», pero todos los grandes escritores del pasado, en mayor o menor medida, eran señalados como precursores. Este énfasis en la literatura remite a otra cuestión: el hecho de que constituía el centro de la preocupación estética stalinista.

En el ámbito de la literatura, existían en la década de 1920 dos grupos enfrentados: la Asociación Rusa de Escritores Proletarios, compuesta por comunistas convencidos dedicados justamente a promover el «realismo socialista» y los «valores de la clase obrera», y la Unión Panrusa de Escritores, conformada por quienes habían alcanzado notoriedad antes de la revolución y aspiraban a mantener apartada la literatura de la política; sus adversarios los llamaban despectivamente «compañeros de viaje».

La Asociación inició en 1929 una campaña contra la Unión, acusándola de publicar trabajos antisoviéticos en el exterior; el gobierno la consideró culpable y procedió a disolverla, reemplazándola por la Unión de Escritores Soviéticos, a la que sólo pudieron acceder como miembros quienes estaban dispuestos a aceptar las directivas estatales. Sin embargo, las cosas no fueron tampoco fáciles para los miembros de la Asociación, en tanto Stalin consideraba que no se podían publicar textos críticos respecto de la «línea» del partido; finalmente las dos instituciones fueron disueltas, reemplazadas por la Unión de Escritores Soviéticos, a cuyo frente fue colocado Máximo Gorki, quien en una conferencia pronunciada en el Primer Congreso de la Unión destacó que la literatura soviética debía organizarse «como un potente instrumento de cultura socialista».

A lo largo de todo el período stalinista la situación de los escritores fue muy difícil: si no producían obras aceptables para el régimen corrían serio riesgo de ser encarcelados. Cuando comenzó el proceso de desestalinización, las autoridades informaron que al menos 600 escritores habían muerto en la cárcel o en los campos de trabajo.

Curiosamente, luego de la obsesión inicial por el realismo socialista, el régimen reivindicó la obra de los grandes escritores rusos del siglo XIX. León Tolstoi, Antón Chéjov, Nicolai Gogol, Alexander Pushkin —la única excepción fue Fiódor Dostoevski— fueron considerados «demócratas revolucionarios» y sus obras aceptadas y difundidas.

En las artes plásticas y en la música, la actitud del gobierno fue similar. En pintura y escultura el arte abstracto fue rechazado, y la tarea encomendada a los artistas consistía en pintar trabajadores mientras realizaban su tarea con esfuerzo y contribuían así a la consolidación del comunismo, o escenas de la revolución o la Guerra Civil, de estilo fotográfico.

A su vez, la Asociación Rusa de Músicos Proletarios condenó a principios de los años 30 el «modernismo» de la música occidental contemporánea, abarcando desde la música atonal hasta el jazz y el fox-trot, situación que se modificó parcialmente en los años siguientes. Durante este período, Rusia contó con dos compositores de enorme prestigio internacional: Sergei Prokofiev y Dimitri Shostakovich. El primero había abandonado Rusia poco después de la revolución pero retornó en 1933 y sus obras fueron simultáneamente exitosas y aceptadas por el poder, lo que no ocurrió siempre con Shostakovich, una de cuyas obras fue criticada por el mismo Stalin y cayó temporalmente en desgracia. No obstante, durante la guerra fue rehabilitado, componiendo la «Sinfonía Leningrado» en honor a los defensores de la ciudad frente al Ejército Alemán.

Fue significativa la evolución del cinematógrafo. Stalin, al igual que Lenin y Trotsky, consideraba que era probablemente el medio de comunicación más importante, y el advenimiento del cine sonoro incrementó sus posibilidades. En 1928 el partido exigió a los cineastas la elaboración de películas que fueran entendidas por las masas, entretenidas, instructivas y que sirvieran como vehículos de transmisión de los valores socialistas. Se cerraba así el camino a los filmes de tono político pero experimentales que se habían rodado en la década del veinte. Además, era objetivo del régimen incrementar el número de salas de proyección, llegando hasta los más remotos rincones de la URSS.

El encargado de organizar la industria cinematográfica, Boris Shumyatsky, luego de hacer una visita a Hollywood, propuso la creación de un centro similar en Crimea pero el gobierno se negó a proveer los fondos nece-

sarios para hacer realidad el proyecto. Shumyatsky fue también víctima de las purgas en 1938.

A lo largo de la década del treinta se filmaron más de 300 películas: tanto las de mayor calidad como el resto portaban un mensaje optimista: la vida en la Unión Soviética era mejor y más alegre que en cualquier otra parte del mundo. La preocupación por la transmisión correcta de ese mensaje incluso llevó a Stalin a participar directamente en la redacción de guiones.

En el terreno científico, la presencia del stalinismo se manifestó inicialmente en mucha menor medida que en las artes pero después del *affaire Shakhty*, comenzaron a descubrirse «elementos burgueses» en muchos laboratorios. A mediados de la década del treinta pocas teorías científicas podían darse a conocer sin una aprobación previa del secretario general, a menos que «sirviera» a la defensa o construcción del socialismo.

El caso más conocido de interferencia del partido en las cuestiones científicas se verificó en agronomía, genética y biología, y está asociada a la figura de Trofim Lysenko, extendiéndose desde la década de 1930 hasta principios de los años sesenta<sup>37</sup>. La cuestión crucial del debate residía en el tema de la herencia y las variaciones de los organismos vivos. Frente a los conceptos clásicos provenientes de los estudios de Mendel y otros investigadores, Lysenko, secundado por un grupo de colaboradores, inició una ofensiva en la que la genética tradicional y aceptada en los ámbitos académicos de todo el mundo aparecía como una ciencia «burguesa» y «metafísica». En su lugar se negaba la existencia de los genes, afirmándose que las características adquiridas podían heredarse, un concepto conocido como «neolamarckismo». Sus ideas tuvieron éxito porque el mismo Stalin las compartía, convencido de que en las condiciones adecuadas podían producirse cambios «milagrosos» que, por ejemplo, contribuyeran a resolver los problemas de la agricultura soviética.

En nombre de una «ciencia proletaria» que contó con el apoyo de Stalin y del partido, se convocó en 1948 a un cónclave científico en Leningrado a los efectos de discutir las bases de la biología. Allí se delimitaron con claridad dos campos: el de la ciencia «burguesa», basada en leyes inmutables que orientan al hombre hacia la resignación, y el de la ciencia «socialista», creativa y opuesta a la «falsa» objetividad, que ayudaría a marcar el camino hacia la liberación de la humanidad. Poco después de la reunión, el Comité Central declaró *ex catedra* que Lysenko tenía razón. Su influencia en la ciencia soviética se extendió hasta que cayó en desgracia en 1965, y sus investigaciones causaron un enorme daño al desarrollo de la ciencia soviética.

Puede afirmarse, como comentario final, que el stalinismo constituyó un intento de construir «desde arriba» y apelando a la violencia una nueva sociedad y una nueva cultura, despojada de los valores propios de la civili-

zación «burguesa». Ese formidable intento de «ingeniería social», se llevó a cabo por medio de una represión masiva y despiadada y de la consolidación de una dictadura de tipo personal por lo que es prácticamente imposible reivindicar lo ocurrido en la Unión Soviética desde fines de la década de 1920 hasta la muerte de Stalin en 1953.